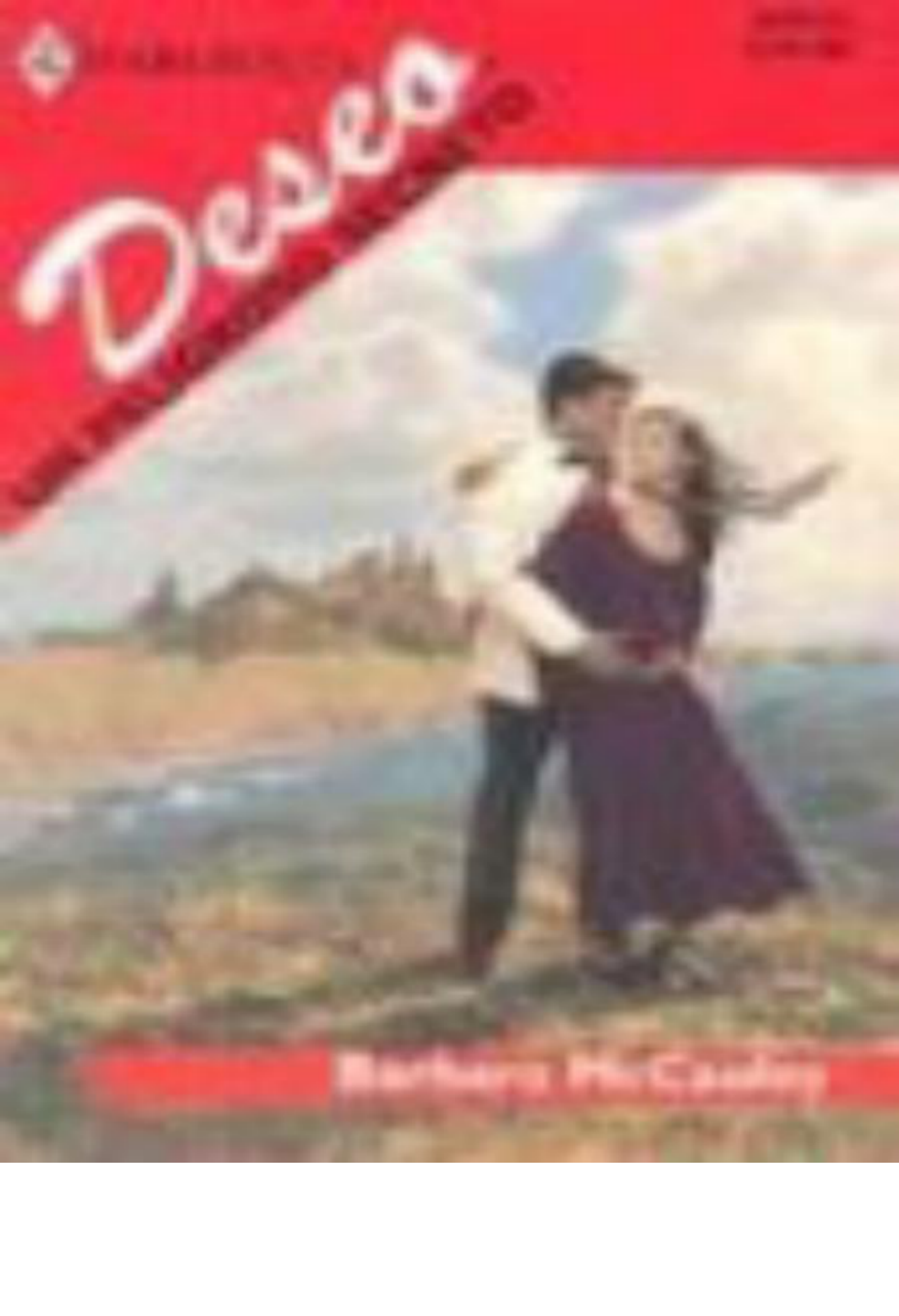

Deseo

Un peligroso secreto (2004)
Título Original: Royally Pregnant
Serie: 9º Multiserie Corona y gloria
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dylan de Penwyck y Emily Bridgewater

Argumento

Con la falsa identidad de un playboy, el príncipe Dylan de Penwyck rescató a una encantadora doncella; pero al ayudar a la dulce Emily no sospechaba que habia llevado el peligro al palacio real. La joven afirmaba sufrir amnesia, sin embargo estaba allí para descubrir las flaquezas de la familia real…

Aunque su intención inicial era la de seducir al príncipe, los abrazos de Dylan estaban haciendo que le resultara muy difícil seguir mintiendo. Emily seguía creyendo que Dylan la protegería hasta con su propia vida, pero, ¿qué pasaría cuando se enterara de que aún guardaba otro secreto… uno que podría convertirse en heredero al trono de Penwyck?

Capítulo Uno

—Tiene que parecer un accidente.

Emily Bridgewater no se dio la vuelta al oír aquellas palabras, se mantuvo con la espalda recta, la cabeza levantada y la mirada perdida en el agua del mar, donde se reflejaban unas enormes nubes negras que parecían procedentes del mismísimo infierno. Multitud de barcos, tanto de pesca como de paseo, se apresuraban a regresar a puerto; sólo un loco se atrevería a permanecer en alta mar desobedeciendo los avisos de la Madre Naturaleza.

Emily se estremeció, pero no por la brisa helada que acababa de golpearle el rostro, sino por la desesperación. ¿Qué ventaja podría aportarle el engaño? Durante los últimos tres días se había repetido aquella pregunta cientos de veces y siempre había obtenido la misma respuesta: ninguna.

Pero tampoco había conseguido encontrar otra solución.

—¿Me has oído, Emily? —Le gruñó aquel hombre—. Tienes que asegurarte de que ese tipo piense que ha sido un accidente.

Por fin se dio la vuelta para enfrentarse al rostro de su interlocutor. Sabía poco más de él aparte de que se llamaba Sutton, aunque dudaba mucho de que ése fuese su verdadero nombre. Parecía tener unos cuarenta años, al menos veinte más que ella.

Era alto e iba vestido de negro de pies a cabeza, llevaba la cabeza afeitada y en su rostro había una expresión tan dura como las costas de la Isla de Penwyck. En su bíceps derecho se podía ver un tatuaje de una pequeña daga negra.

Emily no tenía la menor idea de quién era la persona de la que él recibía las órdenes, de lo que sí estaba segura era de que Sutton no estaba al mando de aquello. Era obvio que no era él el que tomaba las decisiones ni podía negociar; más bien se limitaba a hacer lo que le ordenaban sin hacer preguntas.

Y eso mismo era lo que se esperaba de ella.

—Haré lo que quiera.

Él sonrió ante tal acto de rebeldía al mismo tiempo que disminuía con una gran zancada la distancia que los separaba. Emily sintió el deseo de salir corriendo cuando notó que con una mano la agarraba del brazo mientras le ponía la otra en la barbilla. Tuvo que morderse la boca y hacer un esfuerzo para no obedecer su deseo de huir.

—No harás nada de eso —aquellos ojos grises se pasearon por la cara de Emily y después por su escote—. Sabes perfectamente qué pasará si no haces lo que te decimos, ¿no es así, querida Emily?

El corazón se le encogió dentro del pecho.

—Sí.

Sutton se sacó una pequeña fotografía del bolsillo de la camiseta y se la enseñó.

—Échale un último vistazo, para asegurarte de que no haya ningún error.

Volvió a mirar la foto a pesar de que ya la había visto por la mañana: pelo corto de color castaño oscuro, ojos azules y en sus facciones una mezcla de majestuosidad y aspereza. Miraba a la cámara sin sonreír; con una expresión que denotaba inteligencia y un ligero toque de irritación.

«Dios mío, ¿cómo voy a poder hacerlo?».

—No se preocupe, no habrá ningún error —aseguró alejándose de él.

Entonces sonó el teléfono móvil que Sutton llevaba colgado del cinturón y él se dio media vuelta para contestar, escuchó lo que le decían durante sólo unos segundos y colgó enseguida.

—Es la hora.

Ella miró a la carretera que se extendía al lado de los árboles bajo los que se encontraban, sabía que el coche aparecería por aquella curva en tan sólo unos minutos. Se le aceleró el pulso.

«No puedo hacerlo». Sentía cómo el pánico comenzaba a apoderarse de ella. «No puedo». Al notar que titubeaba, Sutton volvió a agarrarla del brazo y tiró de ella hacia la bicicleta de alquiler que se encontraba apoyada en un árbol.

—¿Y qué pasará si algo sale mal? —preguntó ella casi sin aliento.

—Más te vale que no sea así —respondió él tajantemente—. Ahora monta en la bici.

—Pero si no me pasa nada, si…

Vio acercarse el puño a su cara tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar; sus nudillos le golpearon el pómulo con una fuerza brutal. Empezó a ver estrellitas que daban vueltas a su alrededor y por un momento llegó a pensar que iba a perder la poca comida que había tomado a lo largo del día. Habría caído de bruces si él no hubiera estado sujetándola.

—Se acabaron los peros, Emily. ¡Móntate en la bici!

Se retiró las lágrimas de dolor que le empañaban los ojos y se subió a la bicicleta intentando no hacer caso del zumbido de oídos que le había provocado el puñetazo.

Al oír el sonido de un coche que se acercaba, puso los pies en los pedales y apretó bien las manos al manillar.

Esperó aguantando la respiración.

—Ésta va a ser muy mala, Alteza. Claro que ya lo decía mi padre:

noche de cervezas es noche de mujeres —desde el asiento trasero de la limusina, Dylan Penwyck echó un vistazo a Liam McNeil, que lo miraba a través del espejo retrovisor. Liam había nacido en Irlanda pero llevaba en la Isla de Penwyck desde los ocho años y conduciendo para la familia de Dylan desde hacía más de veinte. Con sus cuarenta y pocos años Liam estaba lleno de ingenio y humor típicamente irlandeses, aunque en él también había una buena dosis de desfachatez.

—Estoy seguro de que no lo diría delante de tu madre.

Liam se echó a reír con una carcajada de una profundidad alimentada por años de tabaco y whisky.

—Sólo si quería recibir un buen sartenazo en la espalda.

Dylan intentó imaginar a su propia madre golpeando a su padre con una sartén, pero la idea de la Reina Marissa persiguiendo al Rey Morgan por todo el palacio era demasiado descabellada.

A pesar de haber sido arreglado por otros, el matrimonio de sus padres había resultado bastante feliz. Jamás había oído a su madre levantarle la voz a su padre... ni a él ni a nadie; seguramente porque con una sola mirada, la reina era capaz de mover montañas. Aunque nadie se atrevía a decirlo con tantas palabras, todo el mundo sabía quién era la que mandaba no sólo en aquel matrimonio, sino en el palacio.

Pero ahora el padre de Dylan estaba enfermo; el Rey Morgan por fin acababa de despertar del coma en el que había caído hacía más de cinco meses, pero todavía le quedaban muchos meses, incluso años, de rehabilitación y terapia. Desde que Broderick, el tío de Dylan, había asumido el poder, en el reino se había impuesto el caos más absoluto. A pesar de que Broderick ya había sido relevado de su responsabilidad en el trono, todavía quedaban muchas cosas por hacer para restaurar el orden.

Dylan llevaba tiempo odiándose por no haber estado allí en los últimos meses, por haberse escondido tanto que ni su familia había podido localizarlo.

Sin embargo había regresado y esa vez era para quedarse.

Esa mañana le había pasado a su hermana Meredith la invitación a una fiesta en honor de la directora del colegio público de Penwyck y, en su lugar, él había pasado una agradable mañana con el Barón y Lady Chaston. Blair, la hija de ambos, había hecho todo lo posible para convencerlo de que se quedara a comer con ellos; hasta lo había mirado fijamente con aquellos enormes ojos azules cuando él le había dicho que tenía una importante reunión en palacio. Aquello era una burda mentira, por supuesto, pero Dylan sabía que Blair estaba

empeñado en casarse con alguien de la realeza y, desde que su hermano gemelo, Owen, se había casado con Jordán Ashbury, Blair tenía las miras puestas en él.

Lo cierto era que se trataba de una mujer bella, al menos eso era lo que decía la gente, además reunía todas las cualidades de la esposa de un príncipe. El problema era que la simple idea de despertarse cada mañana junto a aquella joven superficial hacía que Dylan sintiera escalofríos.

Se había pasado los últimos dos años negando los deberes y responsabilidades con los que había nacido. Sus padres sufrirían un ataque de nervios si se enteraran de que su hijo era miembro de las fuerzas especiales de una organización llamada Graystoke, dedicada a rescatar a altos dignatarios y ejecutivos que habían sido secuestrados en Europa Central. El trabajo había sido peligroso y muy emocionante, en cada misión cabía la posibilidad de que no consiguiera volver a casa con vida o, peor aún, que él mismo acabara secuestrado.

Ésa era la razón por la que Dylan había falsificado su documentación, además de dejarse barba y ocultarle a todo el mundo su verdadera identidad. Si cualquiera de los hombres con los que había trabajado hubiera sabido que en realidad era el Príncipe Dylan Penwyck, jamás le habrían encomendado ninguna misión.

Con esos pensamientos en la cabeza, Dylan perdió la mirada en el paisaje que se extendía al otro lado de la ventanilla del coche mientras subían la carretera camino al palacio. El cielo estaba cubierto por unas enormes nubes negras que en el horizonte se juntaban con el océano. Desde su regreso a Penwyck hacía sólo unas semanas, el invierno se había ido instalando poco a poco. Cualquiera que hubiera pasado algún tiempo en la isla sabría lo impredecible de su climatología, y eso era algo que caracterizaba el lugar en cualquier estación.

Era muy curioso, pero había necesitado pasar dos años lejos de allí para darse cuenta de que Penwyck era el lugar al que pertenecía. Sabía que jamás llegaría a ser rey, pero serviría a su país y a su familia a cualquier precio.

—Los chicos y yo tenemos partida esta noche —le dijo Liam—. ¿Se apunta?

—No me importaría echar un par de manos —respondió él encogiéndose de hombros—. Así a lo mejor recupero parte de lo que me quitaste la otra noche.

—Con todo respeto, Alteza —comenzó a decir Liam con una risilla —. Mi madre jugaría mejor de lo que lo hizo usted. No puede culpar a nadie de su pérdidas excepto a sí mismo.

Liam tenía razón y Dylan lo sabía. Había jugado de un modo

desastroso, seguramente porque tenía la cabeza en cualquier sitio menos en la partida. Estaba preocupado por la salud de su padre, por el abuso de poder de su tío, por el secuestro de su hermano Owen, el embarazo de su hermana y la noticia de que Owen tenía un hijo cuya existencia no conocía nadie hasta hacía un par de semanas.

Y eso era sólo el principio. En resumen, el palacio y el país habían estado sumidos en un verdadero torbellino de acontecimientos.

—Como vuelvas a llamarme «Alteza» —empezó a advertirle Dylan apoyándose en el respaldo del asiento del conductor—, no te vuelvo a dejar ni una sola partida más.

—¿Dejarme ganar? ¿A mí? —Respondió el chofer con una carcajada al tiempo que daba una curva muy cerrada—. Jamás podría...

—¡Cuidado!

Más tarde, Dylan conseguiría llegar a hacerse a la idea de lo sucedido, pero entonces no tuvo tiempo de pensar ni de responder. De pronto, la mujer de la bici estaba delante de ellos, en medio de la carretera. Liam pegó un frenazo que hizo que los neumáticos derraparan sobre el asfalto a pesar de que no iban deprisa. Pudo ver la cara de susto de la mujer en el momento en el que la limusina golpeaba su bicicleta lanzándola al otro lado de la carretera.

Dylan salió del coche antes incluso de que se detuviera por completo. Allí estaba ella tendida en el suelo con el pelo largo y oscuro cubriéndole el rostro. Se arrodilló junto a ella rezando con todas sus fuerzas para que estuviera bien. Le puso la mano en el cuello con mucho cuidado y comprobó aliviado que tenía pulso normal.

—¡Por Dios! —Exclamó Liam al salir del coche—. Dígame que no la he matado, por favor.

—No, no la has matado —aseguró Dylan en tono tranquilizador a pesar de que el corazón estaba a punto de salírsele por la boca. La mujer tenía unos rasguños en el brazo y la mano derecha, además de una herida en el pómulo izquierdo. Tanto la blusa como la falda que llevaba estaban manchadas y rasgadas.

Volvió a mirarla a la cara. Era guapa, ésa fue su primera impresión. Cuando abrió los ojos con un gemido de dolor, rectificó: era bellísima.

Tenía unos preciosos ojos verdes con ligeros toques grises, la piel pálida y lisa como la porcelana. Dylan tenía la sensación de que una mano lo tuviera agarrado por el cuello, una mano que lo apretó aún más cuando se fijó en aquella boca de labios carnosos y rosados. Una boca que parecía estar pidiendo a gritos que la besaran. Pero entonces volvió a mirarla a los ojos y vio en ellos dolor y confusión.

—¿Qué…? —Empezó a decir llevándose la mano a la frente—…, ¿qué ha pasado?

—Nuestro coche le ha dado un golpe mientras cruzaba la carretera en bici —Dylan comprobó aterrorizado que tenía sangre en la frente —. ¿Le duele algo?

—La cabeza —murmuró ella.

Cerró los ojos sólo unos segundos durante los cuales Dylan pensó que se había desmayado, pero enseguida volvió a abrirlos y él respiró aliviado.

—Póngase esto —le dijo Dylan tendiéndole un pañuelo que finalmente él mismo le puso en la frente—. Voy a llamar a una ambulancia.

—No, no hace falta —aseguró ella intentando incorporarse—. Sólo necesito un minuto.

—Tiene que quedarse quieta. Vamos a comprobar que no le falta nada… Vaya, le va a resultar un poco difícil seguir montando en bici con una sola pierna —bromeó intentando hacerla sentir mejor—. Seguro que una de madera la saca del apuro —añadió tocándole los tobillos—. ¿Nota esto?

—Sí —respondió moviendo los pies—. Tiene las manos calientes.

—Voy a comprobar que no tiene nada roto —la avisó subiéndole la falda vaquera hasta las rodillas. Tenía piernas de bailarina, o de corredora… El caso era que eran estilizadas y suaves como la seda—. Después podrá abofetearme por ser tan descarado.

Al levantarle la mano se fijó en que llevaba un pequeño anillo con un rubí y un diamante. Entonces comenzó a soplar un frío viento del este que trajo las primeras gotas de lluvia justo al tiempo en el que se oía un fuerte trueno.

—Está a punto de descargar —anunció Liam.

—No podemos quedarnos aquí —convino Dylan—. Voy a llevarla al coche.

El siguiente relámpago sonó mucho más cerca y sólo unos segundos después el cielo se abrió sobre sus cabezas como acababa de predecir Liam y empezó a caer una verdadera tromba de agua. Dylan levantó a la mujer en brazos con la mayor suavidad posible y, cuando estuvo pegada a él, notó cómo temblaba, así que la apretó contra sí y la llevó al coche a toda prisa.

El interior de la limusina era cálido y silencioso. La tumbó en el asiento trasero y el se sentó a su lado.

—¿Salgo por su bici? —preguntó Liam.

—Después, volveremos cuando haya amainado —le dijo Dylan. En los pocos segundos que habían tardado en meterse en el coche, a la

mujer se le había empapado el pelo, así que Dylan sacó una manta de un compartimiento lateral y la cubrió con ella—. Avisa al doctor Waltham —le pidió a Liam—. Dile que nos espere, que vamos hacia allá.

Liam condujo mientras hacía la llamada; Dylan cerró el cristal que separaba el asiento delantero de la parte posterior para que la herida no oyera nada. Se podía ver el dolor en sus ojos, pero no podía hacer nada por ella hasta que llegaran al palacio.

—No tardaremos nada en llegar —dijo para tranquilizarla a ella y a sí mismo—. ¿Está cómoda?

—Lo siento —susurró ella con un hilo de voz casi inaudible—. Lo siento mucho.

A Dylan lo confundió la intensidad de su mirada y la desesperación que denotaba su tono de voz.

—No tiene por qué disculparse —aseguró arropándola bien—. Hemos sido nosotros los que la hemos atropellado.

Ella apartó la mirada. La herida del pómulo estaba cada vez más oscura y la de la frente seguía sangrando.

—¿Cómo se llama? ¿Quiere que llamemos a alguien?

Volvió a mirarlo muy despacio. Dylan vio el miedo en sus ojos, el miedo y la confusión.

—No... no lo sé.

—¿No sabe si quiere que llamemos a alguien?

—No —dijo cerrando los ojos—. No sé cómo me llamo.

Capítulo Dos

Lo que debería haber sido un itinerario de cinco minutos hasta llegar a palacio, se convirtió en unos interminables quince minutos. Dylan maldijo cada bache de la carretera, cada golpe de viento que hacía que Liam tuviera que girar el volante. Sabía que con la lluvia torrencial que estaba cayendo era imposible conducir más rápido, pero eso no evitaba que sintiera una enorme frustración.

Al menos en el interior del coche estaban a salvo del frío, pensó Dylan mientras estudiaba a la mujer que se encontraba a su lado. Presionó ligeramente el pañuelo contra la herida que tenía en la frente y después frunció el ceño al ver el trozo de tela teñido de sangre. A pesar de la enorme cantidad de sangre que había visto en los últimos dos años, incluyendo la suya, por algún motivo aquello era muy diferente; aquella mujer parecía tan frágil, tan delicada.

Y él era el responsable de lo ocurrido.

Había examinado la herida con detenimiento y había comprobado que no era profunda, de hecho ella había intentando incorporarse un par de veces afirmando que se encontraba bien, pero él no se lo había permitido. No estaba bien, claro que un coche acababa de atropellarla, y había sido su coche.

¿De dónde había salido aquella mujer que había aparecido de pronto en mitad de la carretera? Y sobre todo, ¿quién era?

Lo inquietaba enormemente que no hubiera podido contestarle a esa pregunta, pero también era comprensible que se sintiera confundida y desorientada después del golpe.

Había algo en ella que le resultaba extrañamente familiar, si bien era incapaz de decir exactamente qué. Era como una melodía que no hubiera escuchado en años, podía oírla a lo lejos en su cerebro pero se negaba a dejarse percibir con total claridad.

Intentó deshacerse de aquella sensación, seguramente no la había visto nunca. Quizá fuera una turista. La costa de Penwyck era impresionante y llegaban visitantes de todo el mundo para fotografiar sus acantilados y sus bosques... Aunque no llevaba ninguna cámara, ni siquiera llevaba bolso. En ese momento la luz de un relámpago iluminó el interior del coche e hizo que la mujer se estremeciera asustada.

—Tranquila, no pasa nada —le aseguró Dylan en tono tranquilizador aunque en realidad no las tenía todas consigo; la veía demasiado pálida y con la respiración demasiado agitada—. Llegaremos a palacio en un par de minutos.

—¿A palacio? —abrió los ojos y lo miró confundida.

—El palacio de Penwyck, ahí es adonde nos dirigíamos cuando usted apareció en la carretera. ¿Recuerda adonde iba?

—Pues... —titubeó unos segundos antes de contestar—. No.

Se puso a temblar de nuevo, Dylan le agarró las manos para transmitirle todo el calor que pudiera. Tenía los dedos delgados y las uñas cortas y cuidadas. No llevaba más adorno que la sortija que ya le había visto antes, ni rastro de anillo de casada.

Otro relámpago se hizo sentir con fuerza y provocó otro espasmo en ella.

—Tranquila —le dijo estrechándole las manos.

—Tiene las manos... tan calentitas —dijo ella mirándolo.

—Es porque usted las tienes muy frías.

Una tímida sonrisa se asomó a su rostro, pero enseguida desapareció.

—Ha sido muy amable conmigo y yo ni siquiera sé cuál es su nombre.

—Dylan —dijo al tiempo que comprobaba que la herida de la frente había dejado de sangrar—. Dylan Penwyck.

La muchacha frunció el ceño en un gesto de incomprensión.

—Se llama igual que el palacio que ha mencionado antes. ¿Es miembro de la familia real?

A pesar de que llevaba toda la vida intentando mantenerse alejado de la atención pública, todo el mundo en la isla sabía que Dylan Penwyck era el hijo del Rey Morgan. No todos sabían exactamente qué aspecto tenía, especialmente después de la desaparición de los últimos dos años; no obstante, su nombre era perfectamente conocido entre la población del país.

Claro que quizá esa mujer no fuera de Penwyck, o quizá el golpe en la cabeza le había afectado la memoria más de lo que había creído cuando había dicho que no recordaba cómo se llamaba.

Dylan no tuvo tiempo de contestar a su propia pregunta porque nada más acercarse al palacio, vio que el médico estaba esperándolos en la puerta cubierto por una gabardina y un enorme paraguas. En cuanto el coche estuvo parado se acercó a abrirles la puerta y Dylan supo que, por el momento, las preguntas tendrían que esperar. Levantó a la mujer en brazos y la llevó a la enfermería del palacio tan deprisa como pudo. Eso sí, no podía dejar de preguntarse cuál sería el nombre de aquella belleza y qué la habría llevado hasta allí.

Treinta minutos después Dylan miró contrariado al reloj de la sala de espera. ¿Por qué demonios tardaban tanto? Durante ese tiempo, Liam había informado a la reina de lo ocurrido; seguramente el doctor Waltham ahora tendría ya algo más concreto que decirles.

Recordó por vigésima vez el ruido ocasionado por el coche al chocar contra la bicicleta y la expresión del rostro de la mujer justo antes de ser despedida contra el suelo. Y todas las heridas que había sufrido y la sangre.

Dylan apretó los puños con rabia, se puso en pie y se dirigió a la puerta de la sala donde la estaban examinando. Ya había esperado suficiente y no estaba dispuesto a seguir haciéndolo. Levantó el puño para llamar a la puerta, pero se abrió antes de que llegara a hacerlo; se encontró con Mavis Weidermeyer, la enfermera del doctor Waltham.

Vaya, tenía que ser precisamente Mavis, la única empleada de palacio con la que no había aprendido a relacionarse; con aquella mujer nada funcionaba, ni sonreír ni ser estricto, nada. Los rumores afirmaban que en realidad no era humana, sino un experimento militar.

—Alteza —lo saludó la enfermera saliendo y cerrando la puerta tras de sí—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Me gustaría hablar con el doctor Waltham —anunció poniéndose recto para ganar algo de esfuerzo ante la enorme enfermera.

—Ya le he dicho que el doctor hablará con usted cuando haya terminado de examinarla —informó Mavis con firmeza—. Por favor, siéntese en la sala de espera, lo llamaré en cuanto pueda hablar con el médico.

Y diciendo eso se dio media vuelta antes de que él tuviera ocasión de contestar. Dylan se quedó mirando la espalda de la enfermera. Se suponía que era él el que daba órdenes allí; sin embargo, regresó a la sala de espera y tomó asiento. Por su parte Mavis se puso ante el ordenador y comenzó a teclear. Entonces llegó Liam con la preocupación dibujada en el rostro.

Bien, pensó Dylan, al menos tenía refuerzos para enfrentarse a Mavis.

—¿Cómo está la muchacha? —preguntó el chofer tendiéndole una taza de café caliente.

—No lo sé, Aula no me ha dejado entrar —le contó Dylan entre dientes—. Me vendría bien que la distrajeras un poco.

—Ésa es precisamente mi especialidad —aseguró él riéndose—. Mavis, cariño —la saludó cruzando la habitación hacia ella—. Mi mujer me ha preguntado por qué no vas a coser con ellas.

La enfermera lo miró con desconfianza.

—Jamás he ido a coser con nadie, Liam McNeil. Clair ya lo sabe.

Liam se rascó la cabeza frunciendo el ceño.

—Entonces sería el club de jardinería o...

Mientras titubeaba se le escurrió la taza de café de la mano y cayó sobre el escritorio de Mavis. La enfermera se puso en pie de un salto emitiendo una especie de rugido. Dylan aprovechó que ambos estaban recogiendo el desaguisado para colarse en la consulta. Llamó a la puerta y no tardó en oír:

—Adelante.

Al abrir la puerta vio a la mujer sentada al borde de la camilla; llevaba puesta una bata azul que le dejaba las piernas y los pies al aire. La visión de los rasguños y moratones volvió a encogerle el corazón.

—Pensé que era la enfermera —le dijo al verlo en la puerta.

—Tenía que hacer algo fuera y me ha pedido que viniera a ver qué tal estaba —mintió acercándose a ella sin poder dejar de mirar el golpe que tenía en la cara.

—¿La enfermera Mavis le ha pedido que venga a ver qué tal estoy? —le preguntó con incredulidad.

—Bueno, en realidad he tenido que pedirles a dos guardias de palacio que la ataran para poder pasar.

Ella sonrió tímidamente, pero enseguida volvió a mirar hacia abajo.

—Siento muchísimo todos los problemas que le he ocasionado. Tendría todo el derecho del mundo a estar enfadado conmigo por haber tenido tan poco cuidado.

—Le aseguro que si estuviera enfadado ya se habría dado cuenta —entonces se fijó en que tenía tapada la herida de la frente—. ¿Le han dado puntos?

—No, el doctor Waltham creyó que cerraría bien sin necesidad de puntos.

Le agarró la barbilla con mucha suavidad y le alzó el rostro para que lo mirara a los ojos, ella tenía los suyos llenos de dolor y él tuvo que morderse el labio para no lanzar el exabrupto que tenía en la punta de la lengua.

—¿Qué tal se encuentra?

—Bien.

—Mentirosa.

Volvió a bajar la mirada, sus enormes pestañas cayeron como un telón.

—Pues… me siento como si me hubiera caído desde el último peldaño de una escalera. El doctor ya me ha dado algo para el dolor.

Sabía que debía retirar la mano de su cara, pero la dejó allí unos minutos más. Tenía la piel tan suave… Al bajar la vista hasta los labios se dio cuenta de que se le aceleraba el corazón y enseguida se alejó.

—¿Dónde está el médico?

—Está mirando las radiografías, no creo que tarde —lo miró fijamente durante sólo un instante—. Príncipe Dylan... quiero decir, Alteza...

—Llámeme Dylan —odiaba aquellos títulos grandilocuentes, odiaba que la gente comenzara a tratarlo así en cuanto se enteraban de quién era. Eso era lo que más había apreciado de los últimos dos años, la gente lo aceptaba por quién era, no por su condición de miembro de la realeza—. Yo, por el contrario, no sé cómo llamarla. ¿Se ha acordado ya de su nombre?

—No —admitió rodeándose con sus propios brazos.

—Entonces supongo que tendremos que intentar refrescarle la memoria —sugirió Dylan—. ¿Agnes le resulta familiar?

—¿Tengo pinta de llamarme Agnes?

—Puede que no. ¿Hortense?

Lo miró con la ceja levantada.

—Pues no.

—¿Irma? ¿Sibyl? ¿Chloe? ¿Cornelia?

—¿Emily quizá?

Dylan se dio media vuelta al oír la voz de Waltham, que acababa de entrar a la habitación, la enfermera Mavis se encontraba detrás de él. El veterano doctor se dirigió hacia su paciente mostrándole algo muy pequeño que llevaba en la mano. Era la sortija que Dylan le había visto antes puesta.

—Se la hemos quitado para limpiarle las heridas —le dijo el médico—. Tiene una inscripción, pero hemos tenido que utilizar una lupa para poder leerla.

La mujer miró al médico con un nudo en la garganta.

—¿Una inscripción?

—«A mi querida Emily» —le recordó devolviéndole el anillo—. Claro que eso no significa que ése sea su nombre, pero podemos utilizarlo hasta que sepamos algo más de usted. A menos que tenga alguna objeción.

—No. Yo... —Dylan tuvo la sensación de que se le humedecían los ojos al agarrar el anillo—. Emily está bien.

—La mala noticia es que sufre amnesia, pero es normal después de un traumatismo como el que ha sufrido. Lo lógico es que vaya recuperando la memoria poco a poco a lo largo de los próximos días y semanas —le contó el doctor con dulzura—. La buena noticia es que no se ha roto nada y las heridas no son de importancia. Puede que haya sufrido una pequeña contusión y un buen golpe en el hombro. Le voy a pedir que se quede aquí en observación varios días.

—¿Varios días? —preguntó Emily alarmada—. Pero yo no puedo quedarme aquí, ni siquiera...

Dejó de hablar porque estaba perdiendo el equilibrio, afortunadamente Dylan corrió a su lado para sostenerla y evitar que cayera al suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó suavemente a sólo unos centímetros de su rostro.

—Sí. Lo siento, sólo me he mareado un poco, pero estoy bien.

—Seguramente sea por los analgésicos —dedujo el doctor Waltham acercándose a ella—. No obstante, déjame echar un vistazo.

Dylan se alejó de ella sin demasiadas ganas y se quedó a un lado viendo impaciente cómo le tornaba el pulso y después le pedía que siguiera su dedo con la mirada.

—Sólo necesita descansar un rato. Vamos a prepararle una cama y así...

—Haré que le preparen la habitación de invitados que está al lado de mis dependencias —intervino el príncipe.

—Alteza, no creo que sea nece...

Dylan interrumpió al médico con un tono de voz que no solía utilizar con nadie, un tono que no dejaba lugar a la discusión.

—Estará más cómoda en una cama de verdad. Si quiere, puede mandar a alguien a que compruebe que está bien cada cierto tiempo.

Diciendo aquello salió de la sala sin mirar atrás. Emily era ahora responsabilidad suya y, a pesar de lo que pensaban algunos, Dylan Penwyck jamás había dejado de lado sus obligaciones.

Lo primero que sintió al despertar fue el olor de las gardenias y el suave resplandor del sol de la mañana. Emily hundió la cabeza en la suavidad de la almohada deseando que todo hubiera sido un sueño. Las gotas de lluvia que caían sobre el cristal de la ventana no tardaron en demostrarle que nada de lo sucedido había sido un sueño; realmente estaba en el palacio de Penwyck, metida en una cama con dosel propia de un rey.

Apenas recordaba el momento en el que la condujeron a aquel dormitorio, los analgésicos no sólo habían hecho que desapareciera el dolor, también la habían sumergido en un profundo sueño. Evidentemente el efecto de las medicinas había pasado, por eso le dolía el cuerpo entero con sólo pestañear: el hombro, la espalda y sobre todo la cabeza...

Intentó olvidarse del dolor observando la habitación, era elegante y acogedora, con muebles de estilo Victoriano y flores por todos sitios;

junto a la ventana había un jarrón con rosas amarillas de tallo largo, la mesita redonda que llenaba uno de los rincones estaba adornada por otro jarrón, éste con claveles blancos y definíos morados. Y, por último, junto a la cama en un plato de porcelana, había dos gardenias de un blanco inmaculado.

Al ver la belleza de aquellas flores se le llenaron los ojos de lágrimas. Todo el mundo había sido tan amable con ella desde su llegada al palacio. Liam, el doctor Waltham, hasta la enfermera Weidermeyer, aunque también tenía que admitir que aquella mujer daba un poco de miedo.

Y Dylan. En la limusina había sido tan amable, y luego, en la enfermería, la había mirado con esos penetrantes ojos azules llenos de preocupación por ella. Cuando le había tocado la barbilla tan suavemente, el corazón se le había acelerado descontrolado. El roce de sus manos ásperas sobre su piel le había causado tal sensación que casi había olvidado que estaba sentada medio desnuda frente a él, un segundo más y habría olvidado por qué estaba allí.

Lo que más le pesaba era que él se culpara de lo sucedido, cuando había sido ella la que había provocado el accidente. Ojala pudiera volver atrás en el tiempo y deshacer lo que había hecho, entonces haría bien las cosas.

Pero eso era imposible, ya no podía cambiar nada. Era demasiado tarde, ahora ya sólo podía seguir adelante.

Emily trató de incorporarse al oír que alguien llamaba a la puerta, pero el más mínimo movimiento le provocaba una tremenda descarga de dolor. Se apoyó como pudo en la almohada y contestó casi sin aliento:

—Adelante.

Se abrió la puerta y apareció una muchacha de pelo castaño y extremadamente delgada; llevaba un carrito con el desayuno. El delicioso olor a té con hierbabuena y a beicon le recordó que llevaba casi veinticuatro horas sin probar bocado.

—Buenos días, señorita Emily —dijo la joven en tono jovial—. Soy Sally, espero no haberla despertado.

—No —dijo ella con cierto esfuerzo mientras intentaba sentarse—. Tranquila, ya estaba despierta.

—Permítame que la ayude —se ofreció Sally acercándose rápidamente para ponerle otro almohadón—. La enfermera ha ido a buscar las medicinas y el médico vendrá enseguida a ver qué tal está. ¿Quiere que le prepare el baño?

—Todavía no, gracias —respondió Emily tratando de sonreír—. No quiero causar molestias, no hay ninguna necesidad.

—Claro que la hay, señorita Emily —corrigió la muchacha—. No es que yo esté en contra, por supuesto, pero el príncipe Dylan ha dado instrucciones muy claras —le contó mientras le acercaba la bandeja.

—¿Qué instrucciones?

—Dijo que le proporcionáramos todo lo que necesitara y que si había el más mínimo problema, debíamos informarle al instante. ¿Quiere el té con azúcar?

—No, gracias —contestó ella al tiempo que buscaba una postura un poco más cómoda—. Pero estoy segura que Dy... el príncipe Dylan tiene cosas mucho más importantes de las que ocuparse.

—La verdad es que el palacio se ha convertido en un caos desde que el rey Morgan cayó enfermo.

—¿El rey está enfermo?

—Madre mía, sí. Está muy enfermo, dicen que es encefalitis. Afortunadamente ya está fuera de peligro y va a recuperarse; además ha sido de mucha ayuda que el príncipe Dylan haya vuelto a casa.

—¿Es que se había ido? —preguntó Emily inocentemente antes de dar un sorbo al té.

—¿No lo sabe? —Sally la miró estupefacta y entonces se llevó la mano a la boca como si acabara de darse cuenta de algo—. Claro, me habían dicho que había perdido la memoria, pero no pensé que... Entonces, ¿no recuerda nada? ¿Ni de dónde es o cómo se llama...?

El dolor de cabeza se intensificó con la pregunta de Sally. Se limitó a cerrar los ojos y mover la cabeza para responder.

—Vaya, siento mucho haberla molestado —se disculpó con toda sinceridad—. Se supone que tengo que cuidarla y lo único que hago es empeorar las cosas.

—No se preocupe, no ha hecho nada de eso —aseguró con una sonrisa forzada—. Cuénteme más cosas del príncipe Dylan.

El rostro de la muchacha se iluminó antes siquiera de contestar.

—El príncipe Dylan es... increíble.

Emily intentó no sonreír, pero era obvio que la joven estaba fascinada con Dylan. No era de extrañar, ¿qué mujer de menos de ochenta años no habría caído rendida a los pies de un hombre tan encantador? ¿Acaso no había sentido ella misma que el corazón se le salía del pecho al estar cerca de él?

—Dijo que había estado fuera —le recordó Emily.

—Casi dos años, pero nadie sabe exactamente dónde o qué ha estado haciendo. Algunos dicen que ha estado en África, cazando animales salvajes; otros dicen que estaba navegando por todos los océanos, conociendo los puertos y las damas más exóticas. Hay gente que habla incluso de una condesa italiana, dueña de una villa —

añadió con un suspiro—. Está claro que es todo un conquistador; tan guapo y con esa sonrisa que podría derretir a cualquiera.

—Estoy segura de que el mundo estará lleno de víctimas de sus encantos —comentó Emily, algo rabiosa de haber sido una de esas mujeres «derretidas».

—Hay otros rumores —confesó acercándose a ella—. Pero es tan escandaloso que no debería contárselo.

—No —dijo Dylan desde la puerta, la ira inundaba su rostro—. Realmente no debería.

Capítulo Tres

—¡Príncipe Dylan! —exclamó Sally profundamente avergonzada—. Creí que estaba en la reunión con el almirante Monteque.

Dylan resistió el impulso de aflojarse la corbata que llevaba anudada al cuello, odiaba tener que llevar esos chismes incluso para asistir a una reunión informal.

—Es dentro de una hora —informó con sequedad.

La muchacha comenzó a tartamudear, sabía perfectamente que acababa de cometer una falta que podría ser motivo de despido.

—Lo... lo siento muchísimo, Alteza. No pretendía... yo jamás...

—No te preocupes, Sally —dijo el príncipe sin querer perder más el tiempo—. Ahora, si no te importa, me gustaría hablar con Emily.

Sally se cruzó de brazos y sonrió.

—No, claro que no me importa.

—A solas —tuvo que matizar Dylan.

—Ah... claro, perdón —se disculpó empujando el carrito hacia la puerta—. Volveré dentro de un rato para ayudarla a bañarse, pero si necesita cualquier cosa no dude en llamarme; aunque también puedo esperar fuera, o...

—¡Sally!

La muchacha pegó un respingo al oír la llamada de atención de Dylan y salió de la habitación sin levantar la mirada del suelo y haciendo una ligera reverencia antes de desaparecer.

El príncipe se quedó mirando a la puerta unos instantes. Era increíble cómo después de toda una vida viendo a la gente hacerle reverencias, todavía no se había acostumbrado ni había conseguido que le gustara. Había aceptado tal formalidad porque era consciente de que formaba parte de las obligaciones que había heredado, pero eso no quería decir que le agradara lo más mínimo.

Había veces que sentía verdadera gratitud hacia su hermano porque él había sido nombrado heredero al trono. Ya desde niños Owen había estado mucho más capacitado para dirigir Penwyck; siempre había tenido más paciencia y más interés en la política del país, mientras que a Dylan le resultaba difícil permanecer un tiempo en el mismo lugar o acatar la multitud de normas a las que estaba sometida la familia real. Su mal genio le había ocasionado más de un problema, algo que su madre lamentaba enormemente.

Sin embargo, había momentos en los que se preguntaba si podría cambiar si tuviera que ser rey, si sería capaz de dejar de lado su genio y gobernar con el cerebro en lugar de con las emociones.

Pero eso ya no importaba. Owen sería el próximo rey de Penwyck

y Dylan no se lo reprochaba en absoluto. Sabía que su hermano sería un buen rey y su esposa, Jordán, una magnífica reina. Su familia y toda la población de Penwyck se sentirían orgullosos de ellos.

Dylan centró su atención en Emily. Estaba sentada con la espalda muy recta apoyada en varios almohadones y tenía la bandeja del desayuno apoyada en las piernas. Lo miraba con una extraña expresión, mezcla de precaución e incomprensión. Tenía que admitir que algo se le movía por dentro con sólo mirarla: el pelo oscuro le caía sobre el rostro y los hombros de piel pálida, y el contraste entre ambas cosas le daba una imagen más cercana a la fantasía que a la realidad.

Entonces se percató de la herida que lucía en el pómulo y tuvo que volver a la realidad. Bien era cierto que la inflamación había bajado desde la noche anterior, pero el color del moratón había oscurecido ostensiblemente.

—Buenos días, Alteza —le dijo cuando él comenzó a acercarse a la cama—. Espero que me perdone que no pueda hacerle una reverencia; me temo que me ha pillado en baja forma.

—Pues a mí me parece, y cualquier hombre estaría de acuerdo contigo, que tu aspecto está muy lejos de parecer en baja forma.

Emily se sonrojó tanto que el rubor le alcanzó hasta el escote y Dylan no pudo menos que fijarse en la curva que formaban sus pechos, coronados por unos pezones cuyo bulto se adivinaba a través del fino pijama. Ya no era que algo se le moviera por dentro al mirarla, lo que ocurría ahora era que le hervía la sangre.

—¿Qué… qué tal te encuentras? —consiguió preguntar Dylan olvidándose de los pensamientos que se le pasaban por la cabeza.

—Como si mi cabeza fuera un bosque y hubiera un hombrecito cortando árboles con una sierra mecánica.

—Voy a llamar inmediatamente a la enfermera —dijo echando mano del teléfono que había en la mesilla de noche.

—Es sólo un dolor de cabeza —aclaró Emily agarrándolo del brazo para que no llamara, pero no tardó en darse cuenta de lo que estaba haciendo y retiró la mano—. Perdone, Alteza. No debería haber…

—Déjalo —le pidió muy serio justo antes de acercar una silla a la cama para sentarse enfrente de Emily—. Ya te dije ayer que cuando estemos solos me gustaría que me llamaras Dylan.

—Bueno… si eso es lo que quiere… quieres.

—Eso es exactamente lo que quiero.

Dylan se dio cuenta de que había muchas otras cosas que quería de ella. La mayoría de las mujeres que había conocido se habrían puesto histéricas después de todo lo sucedido y habrían tenido a todo el personal de palacio corriendo de un lado a otro, y sin embargo allí

estaba ella, ruborizada e incómoda de haber atraído tanta atención. A pesar de que eso decía mucho de su personalidad, lo cierto era que todavía no sabía quién era ni de dónde venía.

Le agarró la mano con fuerza y, al notar la suavidad de sus dedos, se preguntó si sería tan suave la piel del resto del cuerpo.

—¿Has recordado algo?

Aquella pregunta provocó un destello de pánico en su mirada y Dylan se odió a sí mismo por haberla presionado. El doctor Waltham ya le había explicado el día anterior lo traumática que era la amnesia para el que la sufría, aunque se tratara de una amnesia parcial. Era obvio que aquella mujer ya lo estaba pasando bastante mal sin sus preguntas. Además, sabía que no tardaría en saber toda la verdad puesto que le había pedido a Pierceson Prescott que tratara de averiguar la verdadera identidad de Emily.

Sólo esperaba que no lo averiguara demasiado rápido porque sabía que en cuanto supiera quién era y quién era su familia, Emily se marcharía. Le resultaba difícil admitirlo pero todavía no estaba preparado para dejarla marchar.

—Come —le soltó la mano e hizo un gesto señalando la bandeja—. El chef Boudreau es uno de los pocos lujos que eché verdaderamente de menor cuando estuve fuera. Ese hombre es un genio.

—Creo que sólo voy a tomar el té —dijo ella dando un sorbo.

—Y la comida —añadió Dylan cargando el tenedor con huevo revuelto y llevándolo hasta la boca de Emily—. No discutas, es una orden.

—¿Una orden? —Repitió levantando una ceja—. Pensé que cuando estábamos solos eras simplemente Dylan.

—Eso será sólo si atiendes a razones —bromeó él un segundo antes de que ella aceptara la comida. Al notar la fuerza de sus labios en el tenedor, Dylan sintió un sobresalto.

—Bueno —le dijo con voz suave al tiempo que le quitaba el tenedor—, creo que puedo comer sólita. A lo mejor si tú también comieras algo, no me daría tanta vergüenza.

Sólo con el fin de hacerla sentir más cómoda, Dylan agarró un bollito de la bandeja y se dispuso a comerlo recostado en su silla. La tormenta había amainado ligeramente, ya sólo se oía el lento caer de algunas gotas de lluvia despistadas y ése fue el único sonido que hubo en la habitación durante varios minutos.

Emily comía con delicadeza y mientras tanto, Dylan no podía dejar de mirarla aunque lo hacía sentirse culpable fantasear de aquella manera con una mujer que se encontraba herida en la cama, especialmente porque había sido él el causante de aquellas heridas.

Pero después de todo, él ya estaba más que acostumbrado a sentirse culpable.

—Sally me ha contado que has estado fuera dos años —comentó Emily tras el intenso silencio—. Es mucho tiempo para pasar separado de la familia, has debido echarlos mucho de menos.

—Sí —de hecho no se había dado cuenta de cuánto los había añorado hasta que había regresado—. Aunque mis hermanas se han puesto pesadísimas regañándome por haber estado tanto tiempo fuera y porque resultara tan difícil localizarme.

—¿Y dónde estuviste... en la selva, en el mar o en la villa italiana?

—¿Cómo?

—Lo siento —se disculpó limpiándose las comisuras de la boca con una servilleta—. No debería haberlo preguntado.

—Ah, los rumores. Sabía lo de la selva y lo del mar, pero lo de la villa italiana es nuevo.

—Pues se supone que es donde has estado escondido con tu amante, la condesa.

Dylan no recordaba ninguna mujer con la que hubiera estado más de dos semanas, así que mucho menos dos años.

—Ah, esa villa —bromeó él tomando otro mordisco del bollito—. Lo había olvidado... ha habido tanto de eso.

—¿Villas o mujeres? —preguntó Emily arqueando una ceja.

—Rumores.

Demasiados, pensó Dylan para sí mismo. Los rumores no habían cesado desde su decimoséptimo cumpleaños; allá donde fuera, siempre había periodistas escondidos hasta en los lugares más insospechados. Si alguna vez llegaba a mirar a alguna mujer, resultaba que ya eran novios y estaban locamente enamorados. Si uno hacía caso de las revistas del corazón, Dylan Penwyck había estado prometido, e incluso casado en secreto, con más de tres o cuatro mujeres. Su chismorreo preferido era el de un testigo que afirmaba haberlo visto en una capilla de Las Vegas poniéndole el anillo de boda a una famosa modelo mientras un tipo vestido de Elvis presidía la ceremonia.

No obstante, él había optado por no prestar la menor atención a los titulares, a pesar de que en ciertas ocasiones habían llegado a ser realmente indignantes. Sólo uno había llegado a afectarlo de verdad, el que aseguraba que era padre de un niño a cuya madre había abandonado en la más absoluta pobreza mientras él se dedicaba a cenar en restaurantes de lujo con hermosas rubias. El recuerdo de aquel artículo seguía poniéndole los pelos de punta. Ésa había sido la única ocasión en la que se había visto obligado a hacer una declaración pública para negar la noticia y, eso sí, después había

hecho una visita al periódico para «sugerirles» que hicieran una importante donación a un centro de ayuda a madres solteras.

—Lo siento mucho —dijo Emily—. Te he hecho enfadar.

Dylan centró su atención en la mujer que se encontraba frente a él y que lo miraba con preocupación; su aspecto frágil y delicado le hizo olvidar la rabia que sentía.

—Me temo que los rumores son parte de mi cargo. Pero debes aprender que no puedes creer todo lo que leas. Las cosas no suelen ser lo que parecen.

—Vaya —empezó a decir ella entretenida—, parece que el príncipe Dylan es un cínico.

—Sólo me hago preguntas —respondió acercándose un poco más a ella—. Sobre todo en lo que se refiere a hermosas mujeres con amnesia.

—¿Eso es un cumplido? —Le preguntó ruborizada—, ¿o es que está intentando sonsacarme algo de información, Alteza?

—Dylan —le recordó de nuevo—. Y si tengo que decirte que es un cumplido, entonces también será verdad que he estado en la selva.

—¡O sea que era verdad lo de la selva!

El príncipe se encogió de hombros antes de contestar:

—La selva, el océano, Italia, Las Vegas… ¿Qué más da? El caso es que ahora ya estoy en casa. Lo único que me importa es ayudar a mi familia y servir a mi país.

Emily retiró la mirada rápidamente, pero no lo suficiente para evitar que él viera las enormes lágrimas que le cayeron de los ojos. Dylan le rozó la barbilla ligeramente y le movió el rostro para que lo mirara.

—Lo siento —le dijo él en un susurro—. Debe de ser muy difícil para ti, no saber si tu familia está por ahí buscándote, preguntándose si estarás bien.

—Yo… —hizo una pausa y tragó saliva antes de continuar—: No podría soportarlo si creyera que he causado algún daño a alguien que quiero.

Una lágrima le cayó en la mano a Dylan, que se quedó muy sorprendido por el efecto que tuvo en su corazón algo tan nimio. El llanto de una mujer jamás había causado la más mínima sensación en él. Impulsado por un miedo que no reconocía, retiró la mano y recurrió al comportamiento que reservaba para las ocasiones públicas.

—Deberías descansar un poco, la enfermera Mavis hará que me fusilen si se entera de que he hecho que te cansaras. Si necesitas algo, sólo tienes que descolgar el teléfono y marcar cero.

—Gracias, eres muy amable —le dijo mirándolo a los ojos. Dylan

se puso en pie y, cuando estaba ya casi en la puerta, se dio media vuelta al oír su nombre—. ¿Y qué pasa si es a ti a quien necesito?

Se quedó tan sorprendido y conmovido que no supo qué contestar, así que se limitó a mirarla.

—Quiero decir… si necesito hablar contigo —corrigió inmediatamente, ruborizadísima.

—Marca asterisco veinticuatro y me llamarás al busca, y con el veinticinco estarás llamando a mi teléfono privado.

Salió de allí sin darle oportunidad de decir nada más, aunque lo hizo sobre todo para no tener tiempo él mismo de decir nada de lo que pudiera arrepentirse.

—Parece que lo hubieran diseñado para ti, Emily. Con ese pelo y esa piel, seguro que te queda fantástico. Vamos, pruébatelo.

Emily tuvo que morderse la lengua para no contestar, pero si volvía a oír aquellas palabras, «vamos, pruébatelo», esa mujer iba a saber lo que pensaba realmente. Devonna Demetrius era una costurera que acababa de incorporarse a la plantilla de empleados del palacio y que se había presentado en la habitación de Emily hacía dos horas arrastrando un carro cargado con todo tipo de ropa. Había desde prendas deportivas hasta vestidos de noche, pasando por un sinfín de lencería y complementos.

El día anterior una simple llamada de Dylan había puesto en marcha la Operación Vestuario. Devonna, que era la ayudante de las costurera de la princesa Megan, había pasado casi todo el día en su dormitorio tomándole medidas, de nada habían servido las objeciones de Emily, ni sus argumentos intentando demostrar que no necesitaba todo aquello. Todas sus protestas habían sido inútiles. Si el príncipe lo había ordenado, Emily tendría su nuevo vestuario, quisiera o no.

Por su parte, la costurera estaba entusiasmada de que el príncipe le hubiera dado carta blanca, pero la joven se sentía como un hueso que acababa de ser entregado a un perro hambriento. Aquello era una exageración, pero era sólo una de tantas que Emily no comprendía. Ya se encontraba mucho mejor y no entendía que todo el mundo estuviera tan pendiente de ella y tan empeñados en servirla. No necesitaba que Sally le preparara el baño todos los días, ni que la enfermera Mavis fuera cada hora para comprobar si estaba bien y, desde luego, no necesitaba un nuevo vestuario. Por muy bonita que fuera toda aquella ropa, cuando todo terminara, volvería a ponerse su falda vaquera y su camisa y se marcharía.

—Señora Demetrius…

—Llámame Dee Dee —le pidió mientras le ponía una americana

sobre los hombros—. ¡Madre mía! No me digas que no te queda como un guante.

Era cierto, era perfecto, pensó Emily con un suspiro. En realidad todo lo que había llevado era precioso. ¿Qué mujer no estaría emocionada con tal cantidad de ropa bonita y carísima? En ese momento Emily se dio cuenta de que no podía más y aprovechó que Dee Dee estaba buscando unos zapatos a juego para derrumbarse sobre el sillón. Ella no merecía tal cantidad de amabilidad y atenciones, pensó con profunda tristeza mientras observaba su magullada cara en el espejo. «Mentirosa».

Aquella palabra retumbó en su cabeza como un martillo. Eso era lo que era: una mentirosa, un fraude... Todo eso y mucho más.

Había necesitado toda la fuerza de la que disponía para seguir adelante con el terrible engaño después de ver lo amable que estaba siendo Dylan con ella. Odiaba a las personas, más bien monstruos, que la habían obligado a hacer algo tan despreciable. Nunca se había sentido tan impotente y tan frustrada.

Hacía seis días había sonado el teléfono de su casa mientras se encontraba corrigiendo los exámenes de sus alumnos de primero y esperando a que llegara su abuela; aquella llamada le había cambiado la vida para siempre:

—Si haces exactamente lo que te decimos —le había susurrado un hombre al otro lado de la línea—, no le pasará nada a tu abuela.

El miedo había inundado el cuerpo de Emily al instante. Tenía que ser un chiste.

—¿Quién es usted? —había preguntado.

—No necesitas saberlo —le había contestado una voz profunda y amenazadora—. Sólo necesitas saber lo que ya te he dicho.

—¿Dónde está mi madre? —Insistió Emily—. O me lo dice ahora mismo o llamo a la policía.

—No llamarás a nadie si no quieres que tu abuela sufra un terrible accidente.

¡Dios! Aquello no podía estar pasando realmente. ¿Qué podrían querer de ella o de su abuela?

—Tiene que haber un error —había dicho débilmente—. Creo que no soy quien usted cree.

—Eres Emily Bridgewater y tu abuela es Olivia Bridgewater. Necesitamos que hagas algo por nosotros, Emily. Mientras cuidaremos de tu abuela.

¿Quién demonios era esa gente? ¿Para qué la necesitarían?

—Ahora voy a pasarle el teléfono ,a tu abuela —le había dicho aquel hombre—. Debes hacerla creer que no hay ningún problema y

que vendrás a estar con ella en cuanto puedas.

—No entiendo nada, por favor...

—Vaya, Olivia, ahí estás —la voz del hombre se había vuelto repentinamente amable—. Emily está al teléfono y le gustaría saludarte.

—Emily, qué buena eres por haberme preparado un regalo tan estupendo —le había dicho su abuela con entusiasmo—. El hotel es un lujo y todo el mundo es muy amable. Sobre todo Frederick, no me ha dejado sola ni a sol ni a sombra.

—Abuela —le dijo ella intentando ocultar el miedo—, ¿estás bien?

—Claro, cariño. ¿Cómo no iba a estarlo en un sitio tan maravilloso? Yo...

Y entonces se había cortado la línea. Sin dejar de temblar ni un segundo, Emily había colgado el teléfono y había tenido que salir corriendo hacia el baño para vomitar.

Olivia Bridgewater era el único familiar que le quedaba. Cuando tenía sólo diecisiete años había perdido a su padre en un accidente de la mina en la que trabajaba y tres años después había perdido a su madre a consecuencia de un cáncer. A sus setenta y tres años, su abuela era toda energía y felicidad, aunque a veces sufría algunas confusiones relacionadas con el tiempo y el espacio. Emily quería a su abuela más que a su propia vida y no sabría qué hacer si algo malo le sucedía.

Por eso no le había quedado más remedio que hacer lo que esos granujas le habían pedido. Eso sí, en cuanto su abuela estuviera a salvo, haría todo lo que estuviese en su mano para ayudar a que atraparan a esos tipos.

—¡Aquí están! —la exclamación de Dee Dee pilló por sorpresa a Emily, que dio un bote en el sillón—. Querida, estás pálida como la pared. Voy a llamar a la enfermera.

—No —le pidió agarrándole la mano—. Estoy bien, de verdad. Es sólo un poco de cansancio.

—Te he abrumado con todo esto, ¿verdad? —Dedujo la mujer con un enorme sentimiento de culpabilidad—. Lo siento muchísimo. Vamos a quitarte esa ropa para que puedas volver a la cama.

Emily se puso en pie y dejó que le quitara la ropa como si no fuera más que una muñeca de trapo. Allí se quedó en el centro de la habitación, sólo cubierta por una pequeña combinación de seda blanca mientras Dee Dee le buscaba un pijama limpio.

Justo entonces llamaron a la puerta exterior y la costurera salió del vestidor dejándola sentada en el sillón. En cuanto se quedó sola, Emily se puso en pie para ponerse algo encima, pero al hacerlo se mareó

tanto que se vio obligada a sentarse en el suelo antes de caerse redonda.

—Emily, tienes que... ¡Madre mía!

No pudo decirle a Dee Dee que no había pasado nada, que sólo se había levantado demasiado deprisa; sólo unos segundos después notó unos fuertes brazos que la levantaban del suelo. Era Dylan.

—Vaya a buscar a la enfermera Mavis.

Capítulo Cuatro

—Dylan, por favor, déjame en el suelo. Estoy bien.

—A menos que estuvieras practicando yoga, no creo que estés tan bien como dices.

El príncipe además estaba preocupado porque él tampoco se encontraba del todo bien, tenía los nervios algo alterados desde que había visto a Emily en ropa interior sentada en el suelo. En circunstancias normales Dylan jamás habría entrado de esa manera al vestidor de una mujer, pero al oír el sobresalto de la costurera, no se había detenido a pensar si era apropiado o no.

—Es que me he levantado demasiado rápido y se me ha ido la cabeza, por eso he tenido que sentarme —le explicó poniéndole una mano en el pecho—. De verdad, no me pasa nada.

A juzgar por su aspecto, Dylan tenía que darle la razón. A pesar de la situación, debía admitir que no había podido evitar fijarse en el increíble aspecto que tenía vestida sólo con esa diminuta combinación. Tenía los pies pequeños y las uñas pintadas de rosa pálido. Deslizó la mirada por las esbeltas piernas cuya magnífica visión sólo se veía interrumpida por las heridas del accidente, que ya habían empezado a cicatrizar. Incapaz de detenerse, Dylan siguió la línea de las piernas hasta donde la piel se encontraba con la seda blanca.

Se le quedó la garganta seca y el calor empezó a correrle por las venas. La situación no hizo nada más que empeorar cuando su mirada se detuvo en aquellos pechos perfectos que tenía apretados contra él. Su piel emanaba un delicioso aroma de lavanda que lo estaba volviendo completamente loco. No habría podido moverse ni aunque su vida hubiera dependido de ello, así que se quedó allí inmóvil, con aquel maravilloso cuerpo en sus brazos. Estaba seguro de que con la mano que tenía en su pecho estaría notando cómo le latía el corazón.

—Voy a llevarte a la cama —murmuró con los ojos clavados en los suyos y, al dejarla sobre la mullida cama, sorprendió a ambos besándola suavemente en los labios—. Emily, la próxima vez que te diga que voy a llevarte a la cama significará algo muy diferente.

—Dylan, yo...

—¿Qué ha pasado? —La enfermera Mavis irrumpió en la habitación como un torbellino—. Quítese y déjeme verla.

Dylan se quitó de su camino sin poder apartar la mirada de los ojos de Emily, que habían pasado de la excitación al nerviosismo.

—Estoy bien, de verdad no era necesario que...

—¡Señorita Demetrius! —llamó a la costurera, que había entrado

inmediatamente después de ella—. Tráigale una bata a la señorita Emily inmediatamente.

Dee Dee fue corriendo a hacer lo que le habían ordenado mientras Mavis examinaba a Emily. Con la llegada de Sally el dormitorio terminó de convertirse en un verdadero caos en el que las tres mujeres corrían de un lado a otro llevándole cosas a Emily, arropándola en la cama, todo ello a pesar de que ella no paraba de insistir en que no era necesario porque se encontraba bien.

Seguramente Dylan debería haberse marchado puesto que no era correcto que se encontrara en la habitación de una mujer mientras el personal la atendía. Sobre todo tratándose de una mujer con la que no tenía ninguna relación; no era su esposa, ni siquiera su amante. Al menos por el momento. A Dylan siempre le había resultado muy fácil tomar decisiones, ya de niño había tenido una enorme habilidad para decidir qué hacer en cada momento, una habilidad que había ido perfeccionando con el paso de los años, sobre todo cuando se había visto obligado a tomar decisiones de vida o muerte en segundos. Por supuesto había habido veces que se había equivocado, esos eran los riesgos de la vida; pero entonces siempre había aceptado sus errores y había seguido adelante.

Probablemente Emily fuera uno de esos riesgos, y quizá uno de esos errores. No obstante, ya había tomado la decisión: la deseaba y se había propuesto conseguir tenerla.

Era obvio que ella también se sentía atraída por él, aunque no había insinuado lo más mínimo ni había hecho nada que diera a entender que quisiera seducirlo. De hecho, había hecho todo lo posible para esconder el interés que pudiera sentir por él. Pero había notado cómo temblaba al tenerla en sus brazos y había visto el deseo en su mirada.

Todavía no la había calado del todo y eso debería darle motivos para mantenerse alejado de ella. Sabía que había algo oculto tras su apariencia, algo que todavía no sabía identificar. No creía que estuviera mintiendo pero sí tenía la sensación de que no le había dicho toda la verdad. Eso lo intrigaba aún más; era como un desafío que despertaba su interés.

—Por favor —exclamó Emily poniéndose las manos en las sienes y deteniendo al instante la tremenda actividad que había desatado—. Por favor, no me pasa absolutamente nada.

Las mujeres siguieron con lo suyo haciendo caso omiso a las palabras de Emily. Dee Dee estaba desdoblando un pijama nuevo de seda blanca, Sally estaba recogiéndole el pelo y Mavis estaba tomándole el pulso. Emily recurrió a Dylan con una mirada de súplica,

pero cuando él estaba a punto de poner fin a aquella situación una enérgica voz femenina se lo impidió.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

Todos se volvieron a mirar a la puerta y al instante se quedaron helados.

Emily se asomó por el hueco que había entre Mavis y Sally y, al ver quién había entrado, se quedó sin respiración. Era la mismísima reina Marissa. Aquella mujer era tan bella en persona como parecía en televisión y en las fotos que Emily había visto de ella. Tenía los ojos de un azul intenso como los de su hijo y a pesar de tener más de cincuenta años, tenía una elegancia y una sofisticación que hubiera llamado la atención incluso aunque no hubiera sido reina de ningún país.

Dylan la saludó con un movimiento de cabeza mientras que las otras tres mujeres, incluida Mavis, hicieron una reverencia. Emily no sabía qué hacer, todavía no se había recuperado de la sorpresa del beso y ahora la mismísima reina estaba frente a ella. Hizo el amago de levantarse a hacerle una reverencia, pero la reina la detuvo con un gesto.

—No te muevas, querida —entonces miró a las demás—. Déjennos un momento, por favor.

En una milésima de segundo la habitación se quedó tranquila y sólo quedaron Dylan, la reina y

Emily.

—Madre, permíteme que te presente a Emily —dijo Dylan con formalidad—. Emily, mi madre, la reina Marissa Penwyck.

—Yo... —el pánico se apoderó de ella—. Es un honor conocerla, Majestad.

—Gracias —respondió acercándose a su cama—. ¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor, gracias —Emily se resistió a la tentación de meterse bajo las sábanas; si Mavis le hubiera tomado el pulso en aquel momento, habría insistido en llevarla a la UCI—. Han sido muy amables al dejarme estar aquí.

—No podíamos dejarte en mitad de la carretera, especialmente después de haberte atropellado con la limusina de palacio. Eso habría sido muy inapropiado.

—Gracias, Majestad. Pero yo soy la única responsable del accidente. Fui muy descuidada.

Marissa enarcó una ceja.

—No está bien llevarle la contraria a la reina.

—Lo... lo siento muchísimo —farfulló Emily.

—Está bromeando, Emily —aseguró Dylan dulcemente al tiempo que sonreía a su madre—. De vez en cuando la reina hace gala de un gran sentido del humor.

—Con tres hijas, dos hijos y un marido como el rey Morgan, el sentido del humor es algo realmente necesario —entonces ella también le lanzó una sonrisa a su hijo—. El príncipe a veces también tiene un poco. Cuéntale lo de aquella vez que le pusiste una pequeña corona de oro a una rana y la soltaste en el despacho de tu padre.

Era evidente que entre ambos reinaba un profundo amor, y eso le recordó a su abuela y cuánto la quería. Sabía que no estaban tratándola mal, pero sólo con imaginar que pudieran hacerle daño se veía obligada a afianzarse en la decisión que había tomado.

Quizá no le pareciera bien lo que la habían obligado a hacer pero, hasta que diera con otra solución, no tenía otra opción.

—Siento mucho lo que le ha ocurrido al rey —dijo Emily titubeante—. Espero que ya se encuentre mejor.

—Bueno, ya está fuera de peligro, gracias. Esta mañana ha gritado como un loco cuando el doctor le ha sacado sangre, yo creo que eso es buena señal —entonces se dirigió a su hijo—. ¿Vas a cenar con la familia esta noche?

Dylan negó con la cabeza.

—Tenemos que ultimar los detalles de la alianza entre Drogheda y Marjorco. Owen tiene que reunirse mañana con los embajadores de ambos países.

—¿Tú no vas a acompañarlo? —le preguntó Marissa.

—No es necesario. Además, hemos decidido que es mejor que uno de los dos siempre se encuentre en Penwyck.

—Puede que tengáis razón.

Emily percibió cierta tensión en el rostro de la reina, pero desapareció en cuanto se acercó a su hijo y le dio un beso en la mejilla.

—Le diré al Boudreau que te guarde un poco de cena. Buenas noches, cariño —dijo antes de dirigirse a Emily provocando con ello que se le acelerara el pulso—. Cuídate, querida. Y no dudes en llamar si necesitas cualquier cosa.

Emily bajó la mirada deseando con todas sus fuerzas que sus ojos no delataran el sentimiento de culpabilidad que estaba destrozándole los nervios.

—Gracias, Majestad.

—Mañana, si te encuentras mejor, quizá te apetezca visitar el palacio —le sugirió Marissa—. Las princesas Megan y Meredith son unas guías excelentes.

«¡Vale ya!», deseaba exclamar Emily; no podía soportar que todo el mundo fuera tan amable con ella.

—No… No me gustaría abusar de su hospitalidad.

—Qué tontería —la reina atajó cualquier posible objeción—. Sally te dará todo lo que necesites para salir.

Marissa salió del dormitorio con la majestuosidad propia de lo que era: una verdadera reina.

Emily se quedó mirando a la puerta unos segundos mientras pensaba que no podía continuar con aquello. Entonces tocó el anillo que le había regalado su abuela y se dio cuenta de que tenía que hacerlo, fuera como fuera.

—¿Estás bien? —le preguntó Dylan.

Había preocupación en su voz, y ella no se encontraba con fuerzas para seguir aceptando tanta amabilidad. Se recostó sobre los almohadones y bajó la mirada sabiendo que si lo miraba a los ojos corría el riesgo de perder el control. Y eso sería el fin de su abuela.

—Ha sido un día muy largo —argumentó con fingida tranquilidad.

—Entonces será mejor que te deje sola —sin embargo lo que hizo fue acercarse a ella y Emily supo que si volvía a besarla, no podría resistirse por más tiempo. El fugaz beso de antes había sido suficiente para desatar un torrente de sensaciones dentro de ella.

En aquellos momentos necesitaba que alguien la hiciera sentirse segura; además era muy halagador que demostrara sentirse interesado por ella. Al fin y al cabo, ése era su cometido: seducirlo y engañarlo… No, lo cierto era que no sentía ningún placer al saberse deseada. ¿Cómo podría disfrutarlo sabiendo que no era más que un fraude?

—Descansa bien, Emily —le deseó mientras la arropaba hasta el cuello—. Estoy deseando que te recuperes.

Unos segundos después, cuando oyó que la puerta se cerraba dejándolo al otro lado, Emily dio rienda suelta a las lágrimas, lágrimas de rabia, de frustración y de culpabilidad.

Haría lo que esos granujas le habían ordenado, pero después se encargaría de que todos y cada uno de ellos se pudrieran en la cárcel.

En aquella sala de reuniones se encontraban quince hombres de la Agencia de Inteligencia de Penwyck y del Grupo de Élite Real, además de Dylan y Owen. De las paredes colgaban varios óleos con las imágenes de otros reyes de Penwyck, así como de ministros y miembros de la nobleza del país. Sólo se había permitido la entrada de los sirvientes para servirles unos cafés, pero después habían sido expulsados.

Había habido demasiados fallos en los sistemas de seguridad últimamente. Fallos tan graves como los que habían permitido el secuestro de Owen o el grave accidente del avión en el que viajaba la princesa Anastasia. Por eso era necesario tomar precauciones que en otro momento habrían parecido exageradas. Bien era cierto que el país todavía estaba celebrando la reciente alianza con Estados Unidos, pero había otros dos países, Drogheda y Marjorco, que seguían desconfiando de los detalles.

Masajeándose las sienes con la esperanza de deshacerse de un fuerte dolor de cabeza, Dylan siguió escuchando al almirante Monteque, el jefe de la marina de Penwyck, que estaba dando su opinión al respecto de un tema conflictivo que habría que tratar al día siguiente con los embajadores de los mencionados países. Si todo salía bien, las alianzas con ambos países serían definitivas antes de un mes.

Cuando el almirante hubo acabado su exposición, Owen se puso en pie para dirigirse a todos los presentes.

—Creo, caballeros, que con eso hemos tratado todos los temas pendientes. Muchas gracias a todos. Mi padre se está recuperando muy rápido y os manda saludos a todos.

Al oír aquellas palabras, los asistentes aplaudieron al unísono para hacer ver cuánto habían echado de menos al rey en los últimos meses. Nadie podía olvidar todavía el caos que se había impuesto en el país cuando Broderick, el hermano gemelo del rey, se había hecho cargo del gobierno. Pero lo más sorprendente era que ahora, varias semanas después, no había manera de localizar a Broderick.

Algunos lo habían acusado de estar relacionado con los Caballeros Negros, e incluso de ser su líder, pero hasta el momento nadie había encontrado ninguna evidencia de que fuera cierto. Resultaba muy difícil de creer que el hermano de Morgan fuera a asociarse con un grupo radical cuyo único objetivo era destruir el gobierno de Penwyck, pero Dylan sabía que era perfectamente posible. Después de todo, su tío llevaba treinta años aguantando la rabia de no haber sido el elegido para dirigir el país. Quizá esa rabia lo había impulsado a unirse a un grupo terrorista.

Dylan estaba seguro de que si realmente Broderick tenía algún tipo de relación con los Caballeros Negros, se acabaría demostrando su culpabilidad y sería castigado por ello. Y no habría piedad para él, ni para nadie que se relacionara con tan salvaje organización.

—Perdone, Alteza —era Pierceson Prescott, que se había acercado a él cuando todo el mundo había empezado ya a abandonar la sala—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

—Claro.

—Me pidió que averiguara todo lo que pudiera sobre la mujer del accidente —le recordó Pierceson apartándose un poco más de los demás.

—Emily.

—Sí, parece ser que ése es su nombre. Alquiló la bicicleta a un vendedor llamado Joseph Wellman que le hizo firmar un documento por el que asumía toda la responsabilidad de un posible accidente y se comprometía a devolver la bicicleta en el mismo estado en el que se la llevaba.

Dylan notó cómo el pulso se le iba acelerando a medida que Pierceson hablaba.

—¿Y? —preguntó impaciente.

—Ese es el problema, que no hay nada más. Resulta que firmó el documento sólo con su nombre y pagó en efectivo. Estaba sola y, por lo que me ha dicho el vendedor, cuando le preguntó si su marido se reuniría con ella, dijo que no estaba casada y que sólo quería dar una vuelta para conocer la zona. Eso es todo lo que sé. He pedido que busquen cualquier coche que pudiera pertenecerle y que pregunten en los hoteles de la zona si se registró alguien que encajara con su descripción.

«Entonces no está casada». Sintió alivio y luego un verdadero placer al oír aquello, pero siguió escuchando sin que su rostro delatara lo que estaba pensando. Al final del informe de Prescott, Dylan tuvo que admitir que Emily seguía siendo un gran misterio.

Capítulo Cinco

Lo cierto era que una cosa era leer historias sobre los ricos y poderosos y otra muy distinta era formar parte de ella, aunque sólo fuera de manera temporal. Emily estaba maravillada con todo lo que la rodeaba, empezando por la sencilla blusa blanca y los pantalones beige que le habían prestado, ambas prendas parecían normales pero llevaban la firma de un importante diseñador conocido en el mundo entero. Sólo el suéter de cachemir que Sally había insistido en que se pusiera valía mucho más de lo que ella ganaba en una semana de trabajo en la escuela elemental de Clarión.

Se sentó al borde de la cama con un suspiro de nostalgia. Añoraba a los niños, a los dieciocho pequeños a los que estaba acostumbrada a ver todos los días. Sabía que estarían bien a cargo de la profesora suplente durante un par de semanas, además después tendrían una semana de vacaciones, así que esperaba no perder más días de trabajo.

A menos que algo saliera mal.

El nudo que tenía en el estómago se hizo aún más grande. Aunque hiciera todo lo que le exigían esos tipos, aunque les diera toda la información que le pedían, ¿cómo sabía que no matarían a su abuela, o a ella?

No lo sabía, ése era el problema. Desde luego no se trataba del tipo de personas en las que una podía confiar, lo único que podía hacer era pensar que en realidad no tenían ninguna razón para hacer daño a nadie si ella hacía lo que le habían pedido. Sólo esperaba que no le hicieran nada, ¿quién cuidaría de su abuela si ella faltaba?

Había una cosa, una precaución que había tomado para protegerse a sí misma y a su madre. Si algo salía bien, esperaba que aquella casualidad sirviera de algo. La noche que había recibido la primera llamada había saltado el contestador a la vez que ella había descolgado, así que toda la conversación había quedado grabada. Era consciente de que eso no impediría que acabara en la cárcel, pero al menos serviría para que esos granujas no pudieran decidir acabar con todo el que pudiera testificar contra ellos. Por tanto esa cinta era el único as que tenía en la manga. Nadie sabía de su existencia y nadie lo sabría hasta que no hubiera terminado lo que había ido a hacer.

Por eso ahora debía concentrarse en la misión, una misión nada fácil teniendo en cuenta que no podía dejar de pensar en Dylan.

Se había pasado casi toda la noche dando vueltas en la cama incapaz de pegar ojo, no sólo por el sentimiento de culpabilidad, sino porque no podía quitarse de la cabeza lo ocurrido con Dylan. En cuanto cerraba los ojos volvía a sentir sus labios rozándole la boca, el

tacto de su musculoso cuerpo cuando la sostenía entre sus brazos y la pasión reflejada en sus ojos. Incluso dormida su mente se había llenado de imágenes de él besándola, de su cuerpo desnudo junto al de ella y sus manos acariciándola por todos sitios. Y ella respondía con igual tesoro porque quería tenerlo más cerca, quería tenerlo dentro.

Y entonces de forma repentina la pasión era sustituida por rabia y lo veía junto a la ventana, mirando con expresión seria a un hombre de negro que se encontraba de pie en el jardín, junto a una horca.

Se había despertado en ese mismo momento, con la respiración entrecortada y el cuerpo empapado en sudor. ¿Sería una señal? ¿Acaso estaba destinada al fracaso?

Naturalmente, después de eso no había conseguido volver a dormir; se había quedado en la cama hasta que, al menos una hora después, se había sobresaltado al oír que alguien llamaba a la puerta. Antes incluso de que pudiera levantarse, Sally había entrado directa al vestidor a sacarle la ropa que debía ponerse.

El día anterior la princesa Megan había mandado el mensaje de que estaría encantada de guiarla en su visita al palacio. Pasaría a buscarla a las diez; hasta ese momento Emily estuvo hecha un verdadero manojo de nervios, considerando la idea de poner el dolor de cabeza como excusa para no asistir a la visita. Finalmente había llegado a la conclusión de que ya había contado demasiadas mentiras; además el doctor Waltham había aprobado la pequeña excursión. Por otra parte sabía que si iba a hacer lo que le habían pedido, le convenía familiarizarse con la distribución del palacio.

Así que allí estaba ella, esperando la llegada de Megan; después, eso sí, de preguntarle a Sally cómo debía saludar a una princesa o qué cosas debía hablar con ella.

Sin embargo, cuando Sally abrió la puerta no se encontró con la princesa Megan, sino con Dylan.

—Alteza Real.

—Sally.

El corazón de Emily estaba a punto de salírsele por la boca, pero se las arregló para hacer una escueta reverencia sin caerse de bruces. Por su parte Dylan seguía mirando a Sally.

—Hace un rato he visto a Ryan O'Connor en el jardín, estaba podando los rosales de mi madre. Me ha preguntado por ti.

—¿Ry... El señor O'Connor ha preguntado por mí? —repitió la muchacha con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, ha dicho que hacía siglos que no te veía y que esperaba que no estuvieras enferma.

—¿Creía que estaba enferma? —Parecía una chiquilla enamorada,

aunque no tardó en recordar dónde estaba y volvió a la formalidad—. Es que… he estado ocupada con la señorita Emily.

—Parecía muy preocupado. A lo mejor deberías salir a tranquilizarlo —añadió Dylan con normalidad.

—¿Ahora? —la sorprendió que el príncipe le sugiriera algo así—. No debería. Mi obligación es estar aquí con la señorita Emily, no podría…

—Si alguien te pone algún problema, dile que hable conmigo.

Lo cierto era que Sally estaba deseando obedecer las órdenes del príncipe, a quien por otra parte siempre era mejor no contradecir.

—Sí, Alteza.

—¿Estaba su Alteza haciendo de Celestino? —le preguntó Emily cuando se hubieron quedado solos.

—Por supuesto que no —espetó Dylan ante tan ridícula idea—. Es que si O'Connor no puede concentrarse en el trabajo estropeará los rosales de mi madre y ella se pondrá como una fiera —explicó mientras cerraba la puerta y la examinaba de arriba a abajo—. Ahora ya estamos solos y soy sencillamente Dylan, ¿recuerdas?

La intensidad de su mirada y lo insinuante de su voz provocó un escalofrío que la dejó temblorosa unos segundos. Aquella situación no tenía nada de sencilla y no tenía la menor necesidad de recordarle que ya no tenían carabina.

Emily se fijó que iba vestido de manera informal: una sudadera azul marino sobre un polo azul claro y unos pantalones de color crudo. Era imposible mirar a ese hombre y no pensar en sábanas arrugadas por la pasión y besos ardientes. Cada segundo que pasaba iba creciendo la tensión, el aire se hacía más pesado y la habitación más pequeña.

—Pues… estaba esperando a la princesa Megan —consiguió decir Emily—. Ayer mandó el mensaje de que vendría a buscarme a las diez.

—Me ha pedido que me disculpe por ella —informó Dylan acercándose cada vez más—. Está embarazada de siete meses y por lo visto el bebé le ha dado mala noche, como si hubiera estado jugando al rugby en su vientre.

Emily hizo una mueca de dolor al imaginar la situación, aunque lo cierto era que sentía verdadera curiosidad por saber qué se sentiría teniendo un niño creciendo dentro de una. Seguramente nunca llegaría a saberlo; si la pillaban pasaría el resto de su vida en la cárcel.

—Vaya, lo siento mucho. Pero está bien, ¿verdad?

—Sí, sólo un poco dolorida. Pero el médico dice que tanto ella como el niño están perfectamente.

—Me alegro mucho.

Teniéndolo tan cerca era incapaz de hablar con normalidad y mucho menos de pensar de manera coherente. Se habría alejado de él, pero si daba un paso atrás acabaría en la cama y eso parecía muy peligroso estando al lado de un hombre que llevaba escrito en la cara el deseo de tumbarla sobre el colchón y...

Justo entonces Dylan se acercó aún más y le tomó la barbilla en la mano.

—¿Sigue doliéndote? —le preguntó mirándole la herida del pómulo.

—No —dijo con un hilo de voz. —La hinchazón ha desaparecido por completo y el moratón se ve ya muy poco —observó con seriedad.

—Es el hielo —consiguió decir sin que le temblara la voz, seguramente porque ya le temblaba el resto del cuerpo y no necesitaba nada más.

—¿Hielo?

—Sí, me he puesto kilos. No me extrañaría que se me hubiera escarchado la cara.

Dylan sonrió y negó con la cabeza.

—Tu piel está suave y templada. Sin embargo, su corazón estaba deshecho por los nervios y por la intensidad de aquella mirada que estaba a punto de derretirla.

—Gracias.

—¿Vamos? —le dijo con los ojos clavados en los de ella.

Emily se recordó a sí misma que eso era a lo que había ido hasta allá, a ganarse su confianza, a que se sintiera a gusto estando con ella.

«¿Vamos?», había dicho. ¿Para eso era para lo que quería que se marchara Sally? ¿Para quedarse a solas con ella?

—Pues... —titubeó ella—. ¿Aquí?

Dylan levantó la mirada y ella lo observó confundida y llena de deseo.

—Bueno, normalmente la visita empieza en el hall de entrada, pero si quieres que nosotros la empecemos aquí...

Añadió mirando a la cama.

¡Estaba hablando de la visita! No le estaba sugiriendo que se fuera con él a la cama. A pesar del alivio, se le sonrojaron las mejillas enormemente.

—¿Me vas a llevar tú a ver el palacio?

—Esa era mi intención —respondió en voz baja—, pero si tú prefieres que hagamos cualquier otra cosa...

—¡No! —interrumpió inmediatamente, pero enseguida intentó rectificar—. Quiero decir, que estaré encantada de hacerlo contigo.

Dylan levantó una ceja.

—De hacer la visita contigo —corrigió mientras notaba cómo le ardía el cuerpo entero, pero sobre todo las mejillas—. Es sólo que me sorprende que tengas tiempo para algo así con lo ocupado que estás. Estoy segura de que tienes un montón de reuniones y de... cosas que hacen los príncipes.

—Si no te apetece ir —continuó él con el juego—, también podemos quedarnos aquí.

¿Los dos? Emily tenía que salir de allí lo antes posible, de esa habitación, alejarse de esa cama y de él, necesitaba algo de espacio para pensar. Si se encontraban en público, en algún lugar donde pudiera verlos la gente, él no podría tocarla como lo hacía cuando estaban solos, ni la miraría como si fuera a devorarla.

Y ella no desearía tanto que hiciera todas las cosas maravillosas que prometían sus manos y su mirada.

—Tú decides —dijo acariciándole el cuello—. ¿Nos quedamos... o nos vamos?

Se balanceó ligeramente hacia él, pero enseguida se alejó.

—Voy por mi suéter.

Hacía mucho tiempo que Dylan no veía su hogar a través de los ojos de otro. Se sentía orgulloso al ver las reacciones de Emily, que lo observaba todo maravillada. A él ya no le llamaban la atención aquellos lujos: la galería de cuadros históricos, la sala de juegos... Era consciente de que todo eso estaba muy lejos de la normalidad, pero él había crecido allí y a veces se le olvidaba. Estaba demasiado acostumbrado a todas esas cosas; desde pequeño había tenido tutores particulares, niñeras, chóferes y, lo peor de todo, guardaespaldas a quienes siempre trataba de eludir de una manera u otra. Aquel comportamiento había hecho que su madre lo regañara en multitud de ocasiones por no respetar las normas ni ser consciente de su responsabilidad. Ese mismo espíritu lo había impulsado a abandonarlo todo después de terminar la carrera en la universidad de Oxford. Creía que a los veintidós años había demasiadas cosas para ver en el mundo como para encerrarse en un palacio, con una vida tan estructurada y protegida. El necesitaba riesgos, peligros.

Trabajando para Graystoke había encontrado lo que anhelaba y mucho más. Por primera vez en su vida se había convertido en un ciudadano anónimo y libre. Y ahora, después de saber lo que era la libertad y de estar en países donde dicha libertad no existía, había comprendido lo importante que era luchar por su nación y que no sólo era su obligación, también sería un honor.

—Dylan, esto es precioso —comentó Emily maravillada con el salón de baile—. Y esas escaleras son una verdadera obra de arte.

Él se volvió a mirar las mencionadas escaleras que conducían al primer piso.

—Mi hermano Owen y yo solíamos tirarnos por el pasamanos cuando éramos niños y las niñeras se ponían histéricas.

Al oír aquello Emily se volvió a mirarlo sorprendida.

—¿Entonces erais niños normales?

—¿Quieres decir que ahora no soy normal? —continuó Dylan con el mismo tono provocador.

Ella soltó una sincera carcajada.

—No, lo que quiero decir es que es curioso cómo los niños, provengan de donde provengan, siempre encuentran la manera de hacer lo que sus padres les prohíben.

Aquella era la primera vez que la había visto reír y se dio cuenta de que le gustaba verla así. Le gustaba el sonido y la chispa de sus ojos.

—Parece que hablas por experiencia propia. ¿Te estás acordando de algo? ¿Algo de tu familia?

El brillo de sus ojos desapareció instantáneamente al negar con la cabeza. No se le había ocurrido que pudiera tener hijos. Pierceson le había dicho que no estaba casada, pero eso no quería decir que no fuera madre.

—Sería horrible —dijo con un susurro—. Imagina que tengo familia, alguien que me quiere y que no sabe si estoy bien o mal.

Le temblaba la voz. Dylan la agarró por los hombros y la giró para que lo mirara.

—Hemos hablado con la policía y no ha habido ninguna denuncia de desaparición. Si tuvieras familia, habrían notado que no estabas y habrían informado. Estarían buscándote, ¿acaso tú no buscarías a alguien a quien quisieras?

—Sí —dijo levantando la mirada.

Había tormento en aquellos ojos, pensó el príncipe con dolor. Tendría que intentar mantenerla entretenida hasta que se supiera algo.

—¿Oyes eso? —le preguntó de pronto.

—¿El qué?

—La música.

—Yo no oigo nada —respondió haciendo un esfuerzo por escuchar.

—Creo que es un vals… Sí, es el Danubio Azul. ¿Me hace el honor, señorita Emily? —le preguntó tendiéndole la mano con una reverencia.

—Dylan, no hace falta que…

—¿Me está rechazando, señorita? —bromeó con tono falsamente estricto—. ¿Está rechazando a su Alteza Real de Penwyck?

—Claro que no, Alteza. Será un placer.

Aceptó su mano con una reverencia e, inmediatamente él le pasó la otra mano por la cintura. Comenzaron a bailar como si efectivamente hubiera música. Dylan pensó que su cintura se adaptaba perfectamente al tamaño de su mano. Podía sentir el calor de su cuerpo a través de la blusa, se moría de ganas de sentir su piel desnuda. La acercó más hacia sí y susurró:

—¿Ha venido con alguien que pudiera ofenderse porque baile tan pegada a mí, señorita Emily? ¿Algún amante quizá?

Ella titubeó unos segundos antes de contestar:

—Sí, Alteza, me temo que he venido con el conde Archibald Popolakis. Se pondrá muy celoso cuando nos vea.

—¿El conde Popolakis? —Repitió Dylan desdeñoso—. Conozco a ese sinvergüenza. Mandaré al ejército real para que lo aprese y lo lleven a los calabozos.

—Muchas gracias, Alteza —continuó ella en tono teatral—. Pero debo advertirle que al dar la media noche, volveré a convertirme en una campesina que se ha pasado toda la vida limpiando y cocinando para su madrastra y sus terribles hermanastras.

—Entonces tendré que mandarlas al calabozo también a ellas y así usted será mía —afirmó Dylan—. Necesito desesperadamente una mujer que sepa cocinar y limpiar.

El sonido de su risa lo hizo estremecer. Apenas recordaba la última vez que se había permitido juguetear y bromear así. Quizá no lo había hecho nunca, pensó horrorizado. En cuanto las mujeres se enteraban de quién era, sólo se preocupaban por seducirlo, claro que tampoco él se había molestado en hacer nada más con ninguna de ellas aparte de irse a la cama.

Sin embargo con Emily era diferente. Sabía que quería acostarse con ella, eso no cambiaba; de hecho se había pasado toda la noche dando vueltas en su habitación, consumido por el deseo y la frustración, dos sentimientos que conocía bien. Lo que no conocía en él era esa necesidad imperiosa de protegerla, de asegurarse de que estaba bien. O el placer que sentía con sólo hacerla reír.

No le hacía ninguna gracia el rumbo que estaban tomando esos pensamientos, así que lo mejor era cortarlos de raíz. No debía engañarse, lo que sentía por Emily era atracción sexual y nada más. Lo que ocurría era que estaba tenso por todo lo que estaba ocurriendo en palacio.

Y sabía cuál era la mejor manera de liberar dicha tensión.

La estrechó entre sus brazos repentinamente y, antes de que ella pudiera decir nada, la besó en los labios.

Capítulo Seis

Emily dejó de pensar por completo en cuanto sintió la boca de Dylan sobre la suya; de pronto tuvo la sensación de que el mundo entero se había detenido y durante esa décima de segundo no pudo respirar. Tampoco podía moverse, sabía que estaba entre sus brazos, que él la estaba besando, pero era incapaz de reaccionar.

Entonces sintió una explosión que liberó todas las emociones retenidas: ansia, deseo y desesperación. Ojala se hubiera dado cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, así habría podido estar preparada para controlar esa oleada de necesidad que la había sacudido hasta lo más profundo. Pero la había pillado desprevenida y con las defensas muy bajas.

Por eso no tardó en rendirse al placer de sus besos, al suave movimiento de su lengua. Emily gimió suavemente haciendo que el ímpetu de los besos de Dylan aumentara. Era una delicia, pensó ella mientras le acariciaba el pecho por encima de la sudadera; podía notar la fuerza de su cuerpo, su aroma masculino. En realidad podía sentirlo todo, pero sobre todo una imperiosa necesidad de estar aún más cerca de él. Su cuerpo la traicionaba entregándose encantado al placer.

Emily oyó unas voces a lo lejos y creyó que provenían de su cabeza, hasta que Dylan dejó de besarla y se apartó un poco mientras ella luchaba por recuperar la estabilidad y por que sus débiles piernas la mantuvieran en pie.

—Parece que no somos los únicos que estamos visitando el palacio —comentó Dylan enfadado.

Las voces eran cada vez más claras, parecía que provenían del salón de baile, al que daba el balcón donde ellos estaban. Al asomarse a través de las cortinas Emily comprobó que era cierto y temió que pudieran haberlos visto besándose. Pero no fue sólo eso lo que descubrió, entre el grupo de visitantes había un hombre que le llamó inmediatamente la atención. Un hombre alto completamente vestido de negro y con la cabeza afeitada. Era Sutton.

Aquel tipo detestable se había atrevido a presentarse allí, en el palacio. En un acto reflejo, Emily dio un paso atrás y se refugió a la espalda de Dylan. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza para no señalarlo y pedir a gritos que lo detuvieran.

Pero, ¿de qué habría servido algo así? Los hombres que tenían a su abuela no habrían tardado en descubrirlo y seguramente habrían...

No. Cerró los ojos y pidió con todas sus fuerzas que aquel pensamiento desapareciera inmediatamente de su cabeza. No podía ni imaginar que pudieran hacer daño a la pobre Olivia.

—¿Estás bien?

—Han estado a punto de vernos —le dijo muy alterada agarrándole la sudadera entre los dedos.

—No te preocupes —la tranquilizó con un beso en la sien—. Tampoco se habría acabado el mundo por eso. Habría sido una faena, eso sí.

—No... Yo... —no podía hablar, no podía contarle la verdad por mucho que lo deseara en aquel momento.

—Estás muy pálida —notó él muy preocupado—. Y tienes las manos heladas.

—Estoy bien —aseguró soltándole la sudadera—. Sólo un poco cansada, creo que debería volver ya a la habitación.

Dylan se quedó mirándola unos segundos antes de contestar:

—Está bien. Ya veremos la planta de abajo cuando te encuentres mejor.

—Gracias —intentó alejarse pero él la retuvo.

—La próxima vez que te bese me aseguraré de que nada ni nadie nos interrumpa.

El corazón comenzó a revolotearle dentro del pecho, pero no dijo nada. Las voces cada vez se oían más cerca y eso hizo que el pánico desplazara cualquier otra sensación. Sabía que si se encontraba cara a cara con Sutton, acabaría poniéndolo todo en peligro.

—Deberíamos irnos —insistió Emily.

Dylan la dejó marchar con una caricia en la espalda. Estuvieron en silencio todo el camino hasta el dormitorio de Emily, que tenía los nervios de punta no sólo a causa del magnífico beso que acababan de compartir, también por saber que Sutton estaba en palacio. Cuando llegaron a la puerta de la habitación, Emily sabía que se vendría abajo si Dylan la rozaba. Necesitaba quedarse sola inmediatamente, aunque sabía que se quedaría pensando en él y odiándose a sí misma por lo que acababa de hacer.

—Gracias por la visita, Dylan —dijo agarrando el pomo de la puerta y deseando con todas sus fuerzas que él no se diera cuenta de cuánto le temblaban las manos—. El palacio es precioso y te agradezco mucho que me hayas dedicado tanto tiempo con todas las obligaciones que tienes.

—Ha sido un placer —le dijo con una luminosa sonrisa dibujada en el rostro al tiempo que le hacía una caricia en la mejilla—. Sobre todo espero que el placer no haya sido sólo mío.

Un simple roce y toda su piel reaccionó con un increíble estremecimiento. Lo único que quería evitar era ponerse en ridículo haciéndole ver que quería más, que una simple caricia no le bastaba.

Decidió que lo mejor era mirar al suelo huyendo de sus ojos azules.

—A pesar de que lo que más me gustaría sería pasar la tarde contigo, me temo que ya tenía compromisos para hoy.

¿Se trataría de otra mujer?, se preguntó Emily, aunque enseguida se dio cuenta de lo ridículo que era haber pensado algo así. ¿Qué le importaba a ella cuáles eran sus compromisos? Sabía lo peligroso que era permitirse sentir nada por Dylan porque jamás podría haber nada entre ellos. Ella misma lo había impedido con la primera mentira que le había contado.

—Has sido muy generoso conmigo —le agradeció tímidamente.

—Mañana por la mañana tengo que hablar con mi hermano por videoconferencia y por la tarde tengo una reunión y después una comida de negocios con el duque de Sydebottom. Cuando acabe vendré a buscarte y terminaremos la visita.

Era obvio que aquello no era una sugerencia, más bien una orden real.

—¿Terminar la visita?

—Claro, no has visto los jardines. Además, han dicho que mañana va a hacer buen tiempo, así que podremos dar un buen paseo.

Quería protestar, insistirle que no hacía falta que la llevara de paseo, pero dada la expresión de determinación que había en su rostro, creyó que no serviría de nada.

—Será estupendo —respondió finalmente intentando no pensar en que estarían solos fuera de palacio y lejos del personal—. Gracias otra vez.

Entró en la habitación y se apoyó sobre la puerta cerrada. Él estaba al otro lado, pensó mientras llevaba la mano a los labios, tenía que olvidar la traición de su cuerpo, que había respondido ansioso a sus besos, pero sobre todo no quería recordar la traición que la había llevado hasta allí.

Sabía que no tenía mucho tiempo.

Esa noche, mientras Dylan estuviera fuera, se colaría en su habitación.

Dylan puso la alarma de su habitación y, con el maletín en la mano, cerró la puerta y se dirigió al ascensor, donde también tuvo que marcar una clave para poder entrar. Miró de reojo a la cámara que estaba colocada sobre su cabeza y, como siempre, tuvo que reprimir las ganas de hacer un gesto obsceno. Bien sabía que un hombre con una misión tan importante como la suya no debía jamás prestarse demasiada atención a sí mismo.

Ya en el primer piso se cruzó con varios guardias de seguridad y continuó hacia el túnel privado donde se encontraba la sede del Grupo de Élite de Penwyck, allí también había varios oficiales de guardia a los que saludó con un gesto; no quiso detenerse por miedo a que sospecharan lo que tenía entre manos. Si alguien lo descubría con el material de contrabando que llevaba en el maletín, tendría que sufrir las serias consecuencias.

Así que siguió adelante como si nada y, tras el túnel, llegó a la clínica privada de los miembros de la familia real.

—Buenas tardes, Alteza —lo saludó la enfermera encargada de la recepción.

—Buenas tardes, Jennifer —apretó con fuerza el asa del maletín, pero mantuvo la voz tranquila—. ¿Dora no está de servicio esta noche?

—No, Alteza —sonrió Jennifer—. Estará en casa con su familia.

Por fin llegó a la puerta flanqueada por un agente de seguridad, al otro lado encontró al rey Morgan, que se puso en pie para recibirlo. A Dylan todavía le resultaba difícil creer que un hombre tan robusto como su padre hubiera llegado a estar tan enfermo.

—Bueno, ya era hora.

—Buenas tardes, padre.

Morgan miró a su hijo frunciendo el ceño y después se dirigió al agente:

—Déjanos solos, Myers.

—Pero, Majestad, su mujer ha dicho que...

—¡He dicho que nos dejes solos! —Gruñó el monarca—. Mientras siga con vida, yo soy el rey.

Myers estaba ostensiblemente nervioso, miró a Morgan, después a Dylan y salió de la habitación mirando al suelo.

—No tenemos mucho tiempo —dijo el rey en cuanto se quedaron solos—. Tu madre tiene espías por todas partes. ¿Lo has traído?

Dylan dio un paso hacia su padre y abrió el maletín del que sacó una bolsa de plástico que le dio al monarca. Morgan abrió la bolsita y se quedó mirando fijamente el sándwich de pan de centeno y carne asada. Su cara se iluminó de placer en cuanto dio el primer mordisco.

—Lo que daría por una cerveza con la que acompañar esto.

—De eso nada —Dylan se sentó en el sillón de cuero que había frente a su padre—. Mamá haría que nos cortaran la cabeza a los dos si se enterara de todo esto, y el doctor Waltham no me volvería a dejar entrar en la clínica.

—Aquí dan mejor de comer a los caballos que a su propio rey —protestó justo antes de pegar otro bocado—. Ahora cuéntame todo lo

que está sucediendo fuera de esta terrible celda a la que me han confinado.

Morgan escuchó con atención las noticias que le traía Dylan. Owen se encontraba en Drogheda negociando la alianza con la isla vecina y con la isla de Marjorco; habían visto a dos conocidos miembros de los Caballeros Negros en un pub de la ciudad, pero habían conseguido escapar. Muy a su pesar, también le habló de la posible relación de su hermano, Broderick, con el grupo terrorista.

—Maldito traidor —dijo Morgan asqueado—. Me pone enfermo pensar que mi propio hermano quiera poner en peligro a su país y a su mismísima familia. ¿Hay alguna prueba de que sea cierto?

—Todavía no —respondió Dylan guardando la bolsita de plástico del sándwich, de eso sí que no debía quedar ninguna prueba incriminatoria—. El Grupo de Élite está tratando de localizar la guarida de los Caballeros Negros, pero por el momento no lo han conseguido.

Morgan se inclinó hacia delante y le puso una mano en el hombro a su hijo.

—Te he echado mucho de menos durante estos dos años. ¿Vas a decirme ya qué es lo que has estado haciendo todo este tiempo?

Dylan se echó a reír con malicia.

—Perseguir mujeres y emborracharme como una cuba todas las noches. ¿Qué otra cosa si no?

El rey soltó una carcajada.

—Parece que has aprendido bien, hijo. Pero, tu madre no debe oírme decir eso, ya se sabe que las mujeres no tienen sentido del humor para estas cosas.

De lo que estaba seguro era de que menos gracia le haría a su madre saber que su hijo había formado parte de unas fuerzas especiales con peligrosísimas misiones. Preferiría que sus padres pensaran que había estado de juerga que supieran que había estado trabajando para rescatar a víctimas de secuestros.

—Y, hablando de mujeres —volvió a decir el rey—, he oído cosas muy interesantes sobre una belleza de pelo oscuro que te tiene completamente cautivado. Su nombre es Emma, ¿no?

Dylan intentó no enfadarse. Sabía que no había secretos en palacio, seguramente todos y cada uno de los empleados sabrían hasta de qué color llevaba los calcetines cada día. Era consciente de que durante el resto de su vida tendría que prescindir de su intimidad. Pero eso no quería decir que tuviera que gustarle.

—Emily —respondió con más rabia de lo que le habría gustado—. Y no me tiene cautivado, sólo me siento responsable por lo que pasó.

Estuvimos a punto de matarla.

—¿Así que es sólo responsabilidad? —Preguntó Morgan, incrédulo —. ¿Quizá con un toque de sensualidad que endulce un poco tan amargo sabor?

Dylan tuvo que sonreír ante tal comentario.

—Puede ser.

—El sexo es algo muy sano. Disfruta mientras seas joven, hijo. Recuerdo cuando tu madre y yo... —se detuvo de golpe—. Bueno, olvídalo. ¿Te apetece echar una partida de cartas?

Agradeció enormemente no tener que oír las experiencias sexuales de sus padres.

—Si gano yo —le dijo en tono amenazador—, tendrás que comerte la comida que te dé el doctor Waltham hasta que estés bien del todo.

—El doctor Waltham es un bufón —se quejó el rey antes de frotarse las manos con fuerzas—. Vamos, hijo, reparte.

Emily se quedó tumbada en la cama iluminada por la débil luz del ocaso mientras hacía un esfuerzo por oír el más mínimo ruido procedente del pasillo. Aparte del estruendo provocado por los latidos de su corazón, el palacio permanecía en completo silencio.

Sally le había sido de gran utilidad para enterarse de los planes de la familia real al completo. Sin haberlo preparado, Emily había averiguado que la reina y sus hijas estaban con los duques de Haberson, el príncipe Owen estaba fuera y Dylan le había dado la noche libre a su ayuda de cámara, lo que normalmente significaba, había informado Sally con un guiño de complicidad, que habría salido fuera a cenar con alguien y que seguramente no regresaría hasta por la mañana.

Emily debería haber estado entusiasmada con las noticias, puesto que eran exactamente lo que ella necesitaba para meterse en la habitación de Dylan. Y sin embargo no estaba ni siquiera un poco contenta, lo que estaba era aterrada. Estaba segura de que la descubrirían, la arrestarían y se la llevarían de allí ante la atenta mirada de todos aquellos que tan bien se habían portado con ella desde su llegada a palacio.

Pero no podía permitirse pensar en ello, tenía que pensar en que todo iba a salir bien y, sobre todo, tenía que pensar en su abuela sana y salva.

Aunque debía admitir que había algo más que la tenía preocupada: la idea de que Dylan pudiera estar con otra mujer en esos momentos; sobre todo después de cómo la había besado esa misma mañana.

¿Besaría a todas como la había besado a ella? ¿Haría que todas se sintieran como si estuvieran a punto de derretirse… como si no existiera otro hombre en el mundo excepto él? Claro que sí, eso fue lo que se repitió unas cien veces desde que había llegado a su dormitorio. Sabía que él la deseaba porque se lo había dejado muy claro, pero eso no quería decir que sintiera nada especial por ella.

Llevaba toda la vida esperando que un hombre la hiciera sentir así, como si tuviera mariposas en el estómago y sus pies no tocaran el suelo.

¡Qué tontería! No podía seguir pensando en eso, se dijo mientras salía de la cama y se ponía la bata y las zapatillas. Eran sólo las nueve y cuarto, se daría quince minutos de margen, pasado ese tiempo tendría que estar de vuelta. Así que abrió la puerta con mucho cuidado y se asomó al pasillo.

No había nadie.

Las habitaciones de Dylan estaban a la vuelta de la esquina, él mismo se las había señalado durante la visita de la mañana, y le había dejado muy claro que estaba allí mismo por si necesitaba cualquier cosa. Claro que, antes de eso, ella ya sabía dónde se encontraban sus aposentos exactamente porque lo había visto en el plano de palacio que le había proporcionado Sutton para que lo memorizara. Le había dado eso y el número secreto que abriría la puerta, así como la clave para la caja fuerte que había en el interior.

Unos segundos después se encontraba frente al panel de seguridad de la puerta y sin poder hacer que dejaran de temblarle las piernas. Sabía el código, sólo tenía que marcarlo y colarse dentro. Era muy sencillo, no necesitaba más que unos cuantos minutos para entrar y salir. Según le habían dicho, allí no había cámaras de seguridad porque la familia real insistía en disponer de algo de intimidad en sus habitaciones.

Una intimidad que ella estaba a punto de violar.

Ojala hubiera otra manera de hacerlo.

¿La ayudaría Dylan si le contara la verdad? ¿O la mandaría a prisión, dejando a Olivia en manos de esos granujas?

Miró a su alrededor un par de veces y respiró hondo sin dejar de repetirse que podía hacerlo. El corazón le latía con fuerza, le sudaban las manos.

—¿Emily?

Se estremeció al oír la voz de Dylan al final del pasillo. Allí estaba, con un maletín en la mano y una oscura expresión en el rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Capítulo Siete

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Dylan con impaciencia al ver que no contestaba a su primera pregunta.

Llevaba toda la tarde pensando en ella, preguntándose qué tal se encontraría, si estaría durmiendo. La había imaginado en la cama, con la melena esparcida sobre la almohada... Y ahora llegaba y se la encontraba en la puerta de su habitación como si su deseo la hubiera llevado hasta allí, vestida sólo con el pijama y una bata.

Como seguía sin contestar, Dylan marcó el código de seguridad que abría la puerta y la metió rápidamente en su habitación. Sabía que la mayoría del personal de palacio ya se habría retirado, pero siempre quedaba alguna doncella o algún ayudante que podía pasar por allí en cualquier momento. Así que lo mejor era intentar no alimentar los rumores ya existentes sobre ellos.

El dormitorio estaba a oscuras, pero él no encendió la luz sino que dejó el maletín en el suelo y estrechó a Emily entre sus brazos.

—¿Estás enferma? —Le preguntó pasándole las manos por los brazos—. ¿Quieres que llame al médico?

—No, no, estoy bien. Es que me has asustado.

—Estás temblando.

—He... he tenido un sueño —explicó Emily titubeante—. Era muy real... Sé que es una tontería. No debería haber venido a molestarte.

—No me estás molestando —aseguró apretándola contra su cuerpo y acariciándole la espalda, donde se notaba perfectamente que estaba en tensión—. Relájate, Emily, no voy a morderte. A menos que tú me lo pidas, claro.

Sin dejar de temblar, ella apoyó la mejilla en su pecho. Dylan notó cómo todo su cuerpo se puso en tensión y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no abrirle la bata y acariciarle aquellos magníficos pechos. Tuvo que alejarse antes de dar rienda suelta a sus impulsos. Al fin y al cabo era humano, el autocontrol de un hombre tenía un límite. Por eso decidió tomarle la mano y llevarla hasta el sofá.

—Siéntate aquí, enseguida vuelvo.

Fue hasta el mueble bar y sirvió dos whiskys con hielo. Emily dudó unos segundos antes de aceptar el suyo, pero luego lo tomó y dio un sorbo que la hizo toser.

—Vaya —dijo Dylan riéndose—. Supongo que eso quiere decir que no estás acostumbrada a beber. Vas a ver cómo el siguiente trago te sabe mejor. Bueno, cuéntame lo del sueño.

Emily bebió un poco más para reunir fuerzas.

—Pues estaba en una habitación con una ventana y, a pesar de que

la ventana tenía rejas, un hombre conseguía agarrarme. Daba igual hacia dónde corriera, fuera donde fuera allá estaba él, agarrándome con fuerza. No podía escapar.

Dylan no podía verle bien la cara, pero por su voz sabía que estaba muerta de miedo.

—¿Sabes quién era ese hombre? —le preguntó al tiempo que le quitaba el vaso de las manos para dejarlo en la mesa junto al suyo, después se acercó a ella y la abrazó. Lo sorprendía enormemente la necesidad de consolarla que sentía—. ¿Tenía cara?

—No. Pero era real, Dylan. Sé que existe.

¿Sería así realmente?, se preguntó él. ¿O sería sólo un sueño?

—Nadie va a hacerte el menor daño —le aseguró retirándole el pelo de la cara—. No dejaré que nadie te haga daño.

—Gracias —dijo ella poniéndole la mano en la mejilla.

Aquel gesto despertó en él una enorme ternura, por eso movió la cara y le besó la palma de la mano.

—Ven conmigo a la cama, Emily. Quédate conmigo.

Al principio dudó y luego se estremeció cuando Dylan se acercó y comenzó a darle pequeños besos en la boca.

—Ni siquiera sabes quién soy —le susurró ella.

—Te deseo y tú me deseas a mí —afirmó tajantemente—. Eso es todo lo que necesito saber ahora.

—Puede que ahora sí —rebatió ella retirando la mano de su mejilla —. Pero, ¿qué pasará mañana o la semana que viene?

—Solamente existe el ahora —insistió mientras el deseo iba apoderándose de todo su ser—. Solamente existimos tú y yo.

—Ojala fuera así —deseó poniéndose en pie—. Lo siento muchísimo. No... no puedo.

Emily salió corriendo de la habitación y Dylan pensó en ir tras ella, pero luego se detuvo. Jamás había presionado a una mujer para que se acostara con él y no tenía la menor intención de empezar a hacerlo ahora, por mucho que su cuerpo le pedía a gritos que lo hiciera. Eso sí, no recordaba haberse sentido tan frustrado en toda su vida.

Aunque no le gustara, comprendía que no quisiera acostarse con él sin saber quién era. Cabía la posibilidad de que ya tuviera novio o amante, o incluso prometido, aunque no llevaba anillo.

¡Dios! Lo cierto era que no le importaba lo más mínimo si había otro hombre en su vida... a menos que estuviera casada, por supuesto. Esa era una línea que jamás cruzaría. Afortunadamente, no creía que estuviera casada. Por el momento, por lo que a él se refería, Emily era suya y de nadie más.

Apuró de golpe el whisky y se quedó sentado en el sofá con la

cabeza apoyada en el respaldo. La paciencia nunca había sido una de sus virtudes, pero le daría más tiempo si eso era lo que ella necesitaba. Eso sí, esperaba que no lo hiciera esperar mucho.

Al día siguiente, como había prometido, Dylan fue al cuarto de Emily para llevarla a conocer los jardines de palacio. Ella llevaba toda la mañana esperándolo con nerviosismo, pero en cuanto estuvieron un rato paseando juntos al aire libre se sintió mucho más relajada.

Los jardines eran una verdadera maravilla con enormes fuentes de mármol, un pequeño laberinto de setos y pistas de tenis. En primavera, cuando todos los rosales estuvieran en flor, debía de ser un espectáculo impresionante que desprendería una dulce fragancia. Cosas que ella jamás disfrutaría y, aunque lo sabía perfectamente, se permitió imaginarlo durante unos momentos mientras paseaba con Dylan.

Ambos iban vestidos de manera informal; él con unos pantalones color tabaco, un polo blanco y botas marrones, mientras que ella llevaba una ropa muy cómoda que Sally le había dejado preparada: pantalones negros, camisa rosa pálido y zapatos planos de piel. Sospechaba que no era ninguna coincidencia que Sally hubiera sabido perfectamente qué tipo de ropa dejarle, seguro que Dylan había tenido algo que ver. Al fin y al cabo, desde su llegada él se había encargado de que no le faltara absolutamente nada, ni el más mínimo detalle. En resumen, había sido tan bueno con ella que la había hecho sentir especial, como una princesa.

Lo escuchó contar la historia de una de las estatuas que representaba al Minotauro, una criatura mítica mitad humana mitad toro que cada siete años se alimentaba de jóvenes. También le habló del Laberinto, donde estaba encerrada dicha criatura y por donde los jóvenes corrían desesperados intentando huir. Emily estaba segura de poder comprender cómo se habían sentido aquellos desdichados conscientes de su final.

«Dios. Anoche estuvo a punto de pillarme in fraganti».

Cada vez que pensaba en ello, tenía que hacer un esfuerzo por tranquilizarse. Diez segundos después, sólo diez segundos y la habría visto apretar los botones del código de seguridad, o la habría encontrado dentro de su dormitorio. Entonces habría descubierto que no era más que una mentirosa.

Y sin embargo había estado a punto de acabar en la cama con él. Lo había deseado con todas sus fuerzas, había deseado la tranquilidad y el sentimiento de protección que habría encontrado entre sus brazos y que la habría ayudado a olvidarse de todo, al menos por un tiempo.

Si no hubiera sido tan cobarde, si hubiera pensado en su abuela en

lugar de en sí misma, se habría acostado con él y, en el momento en el que él hubiera estado profundamente dormido, habría podido aprovechar para encontrar la información que necesitaba y que sabía que se encontraba detrás del cuadro de Monet, en la caja fuerte. Después habría acabado la pesadilla. ¿O quizá no? ¿Acaso acabaría del todo alguna vez?

—Hola, Emily —le susurró Dylan al oído, dándole un susto de muerte—. ¿Dónde estás?

—Lo siento mucho —dijo ruborizada porque se hubiera dado cuenta de que no le estaba prestando atención—. Toda esta belleza me ha dejado un poco despistada. Perdóname.

Dylan le sonrió, le tomó una mano y le besó los dedos.

—Yo también estoy un poco despistado —comenzó a decir con la mirada clavada en sus ojos—. Pero te perdonaré si me dices que estabas pensando en mí.

Ésa era una de las pocas preguntas que podía contestar con total sinceridad.

—Pues sí, estaba pensando en ti.

Le apretó la mano con fuerza al tiempo que se iba acercando poco a poco, esa vez mirándole la boca. El pulso de Emily era como un caballo desbocado, pero se quedó inmóvil viéndolo acercándose más y más...

Hasta que los interrumpió el sonido de alguien aclarándose la garganta para hacerles notar su presencia. Emily dio un respingo separándose de Dylan.

Una joven muy bella se encontraba a sólo unos pasos de ellos, observando a Dylan con evidente interés.

—Hola, Dylan —saludó antes de mirar a Emily sonriendo—. Tú debes de ser la misteriosa Emily.

—Emily —intervino él—, permíteme que te presente a mi hermana, la princesa Anastasia.

Con sólo una mirada a aquella mujer habría podido saber que era familia de Dylan. Tenían los mismos ojos azules.

—Alteza —saludó Emily con una reverencia.

—Me alegra comprobar que te encuentras mejor —respondió sonriente—. He oído que mi hermano te atropello cuando estabas montando en bici.

—En realidad toda la culpa fue mía —explicó Emily torpemente—. Si yo no hubiera estado en mitad de la carretera, él no me habría...

—No hagas caso a mi hermana —la interrumpió Dylan—. A veces tiene un extraño sentido del humor.

—Pero tú me quieres de todos modos —dijo la princesa al tiempo

que se acercaba para darle un beso en la mejilla a su hermano—. Entenderás que no podía dejar pasar una oportunidad para meterme contigo.

—Por supuesto —respondió él riéndose—. Estaba aquí explicándole a Emily la historia del Minotauro.

—¿Eso es lo que estabais haciendo? —preguntó mirando a Emily traviesamente—. ¿Te ha contado mi hermano que mis hermanas y yo le pusimos a esa estatua el nombre de Dylan? Ya sabes, mitad hombre, mitad toro.

Emily sonrió aunque era obvio que a Dylan no le había hecho ninguna gracia la confesión de su hermana.

—Tenía entendido que hoy tenías que asistir a una fiesta de recaudación de fondos para el hospital —evidentemente el príncipe estaba deseando cambiar de tema.

—Y así es —contestó ella echando un vistazo a su reloj—. Y cuento con tu donación para el ala infantil, después pasaré a recoger tu cheque —cuando se hubo asegurado que su hermano asentía, se dirigió a Emily tendiéndole la mano—. Encantada de conocerte.

Emily le estrechó la mano y enseguida percibió la sincera amabilidad de la joven.

—El placer ha sido mío.

—Hermanito, siento mucho haber interrumpido vuestro… —titubeó unos instantes sin dejar de sonreír— paseo.

—Un hombre con tres hermanas no tiene secretos de la infancia —comentó Dylan con el ceño fruncido cuando Anastasia se hubo alejado—. Y mucho menos intimidad.

Entonces Dylan le agarró la mano y comenzó a andar rápidamente, Emily casi tuvo que correr para seguir su ritmo.

—¿Qué vas a…?

No pudo decir nada más porque él le puso un dedo en los labios y continuó arrastrándola hasta el enorme garaje donde se guardaban todos los vehículos de palacio. Había tres brillantes limusinas, dos utilitarios y un precioso Jaguar color verde oscuro. Dylan fue directo a ese último coche y abrió la puerta del copiloto para Emily. Ella obedeció sin comprender.

—¿Qué estamos haciendo? —le preguntó cuando él se hubo sentado al volante.

—Vamos a escaparnos durante el resto de la tarde —anunció con sonrisa malévola.

Emily nunca había montado en un coche tan lujoso, por eso no protestó demasiado, estaba absorta disfrutando del olor a piel de los asientos, o del casi imperceptible sonido del motor. No pudo evitar

acordarse del viejo Fiat que tanto le costaba arrancar en las mañanas de invierno. Justo en ese momento volvió a cortársele la respiración al ver que Dylan se inclinaba sobre ella; por un momento pensó que iba a besarla pero luego comprobó que sólo quería ponerle el cinturón de seguridad.

—¿Adonde vamos? —preguntó cuando hubo recuperado el aliento.

—A un sitio que quiero enseñarte —respondió enigmáticamente al tiempo que abría el techo para dejar entrar el sol—. ¿Tuviste algún otro sueño anoche?

«Sí, soñé contigo», pensó Emily en silencio. Y era cierto, lo poco que había podido dormir la noche anterior había estado dedicado única y exclusivamente a Dylan; a su imagen, sus caricias, sus besos... Unos besos que continuaban en sus sueños hasta que ella le suplicaba que le hiciera el amor, entonces él la desnudaba por completo y era en ese instante cuando la pasión que había inundado sus ojos desaparecía dejando paso a una furia provocada por el descubrimiento de su verdadera identidad.

Era obvio que no podía contarle ese sueño.

—No —mintió con la mirada perdida en el paisaje que se extendía al otro lado de la ventanilla—. ¿No se preocupará tu familia si desapareces así? —Le preguntó cambiando de tema—. No le has dicho a nadie adonde ibas.

—Ya me encontrarán si me necesitan.

Ésa fue toda su explicación y ella no quiso presionarlo más porque en realidad se alegraba mucho de haber salido de palacio, aunque sólo fuera durante un rato. El campo y las montañas siempre habían sido su debilidad, de pequeña le encantaba ir de acampada con su padre y con su abuelo.

La carretera se fue haciendo más y más empinada a medida que se alejaban del palacio y el bosque que los rodeaba se iba haciendo cada vez más tupido. Al cruzar un puente de madera Emily oyó el sonido del agua y justo después Dylan aparcó el coche debajo de los árboles y paró el motor.

—Cierra los ojos.

—¿Qué?

Hizo lo que le pedía y unos segundos después de haber oído que se abría la puerta, notó que él le agarraba la mano y la ayudaba a salir.

—No los abras —insistió él.

Las agujas de los pinos crujían a sus pies al andar, los pájaros cantaban en las ramas de los árboles.

—De acuerdo, para —le dijo cuando hubieron recorrido una buena distancia durante la cual Dylan prefirió ayudarla a caminar y a

mantener el equilibrio antes que dejarle abrir los ojos—. Abre los ojos —le pidió poniéndose detrás de ella y sujetándola por los brazos.

Al hacer lo que le había ordenado, Emily se quedó sin habla.

Estaban al borde de un enorme acantilado bajo el que se extendía el enorme océano azul. Las olas se apresuraban hasta la playa que se encontraba a sus pies llenándola de espuma y después la abandonaban con la misma rapidez. Por encima de sus cabezas revoloteaban las gaviotas siempre en busca de comida.

—Dylan, esto es precioso —dijo Emily maravillada.

—Esperaba que te gustara —en su voz había una evidente satisfacción, pero lo que a Emily más le llamó la atención fue que la estrechara entre sus brazos y la apretara contra sí. Ella se dejó recaer sobre su pecho.

—¿Cómo no iba a gustarme? —estaba más relajada de lo que había estado desde hacía muchos días. Su respiración fluía al ritmo de las olas y su espíritu volaba como las gaviotas. Toda aquella belleza le daba una increíble sensación de placidez que casi había olvidado. De pronto llegó a pensar que todo saldría bien.

A pesar del sol, el tiempo era fresco a causa del viento que la hizo temblar. Dylan la apretó aún más y ella volvió a temblar, pero esa vez no fue por el frío.

—Tienes frío —murmuró él y entonces se alejó de ella—. Ven conmigo.

Emily estaba a punto de protestar cuando vio la pequeña cabaña de madera que se levantaba a pocos metros del acantilado, como una mujer que esperara junto al mar el regreso de su amante.

Dylan la guió por el camino de piedra que desembocaba en la cabaña, una vez allí abrió la puerta y se encontró con una habitación decorada al más puro estilo masculino: muebles de madera oscura, vigas de la misma madera en el techo y una estupenda chimenea de piedra. La pared más amplia era un enorme ventanal con vistas al océano. A duras penas habría imaginado algo más acogedor y más cálido. Y sin embargo no se atrevía a entrar sino que se quedó en la puerta mirando a Dylan.

—Es mía —dijo respondiendo a la pregunta que ella estaba pensando—. Me la regalaron cuando cumplí dieciocho años —explicó mientras cerraba la puerta a su espalda y se dirigía hacia la chimenea.

Emily habría sabido que era el propietario aunque él no se lo hubiese dicho, su espíritu estaba en cada rincón de la casita. Había una gran cantidad de libros al lado de la chimenea, un sólido sofá beige, dos sillones marrones y una foto de familia en un marco de plata sobre un escritorio clásico.

—La cocina está por ahí —le señaló Dylan mientras él encendía la chimenea—. En la despensa hay bastantes cosas de comer.

—Gracias, no tengo hambre —respondió ella dirigiéndose hacia la enorme ventana, donde se quedó completamente cautivada con el paisaje. Tenía la sensación de estar a miles de kilómetros del resto del mundo.

—La habitación se calentará en sólo unos minutos —le dijo ya a su lado, frotándole los brazos—. ¿Qué piensas?

Ése era el problema, que no podía pensar, no quería pensar. Cuando lo tenía tan cerca era incapaz de pensar. Sobre todo a medida que sus manos iban acercándose al cuello.

—Es una maravilla —respondió con voz entrecortada.

—Relájate, Emily. Tienes los músculos del cuello completamente agarrotados.

Aquellas maravillosas manos comenzaron a deshacer la tensión de esos músculos y Emily tuvo que morderse el labio para no emitir el gemido de placer que le llenaba la boca. Consiguió eliminar la tensión de su cuello, pero creó otra mucho más íntima.

«Díselo», le ordenaba una vocecita dentro de su cabeza. «Dile la verdad. Puedes confiar en él, él te ayudará».

Estaba intentando concentrarse en esa voz para poder obedecer a lo que le sugería el sentido común, cuando Dylan comenzó a besarle el cuello y desapareció cualquier rastro de sensatez que pudiera quedar en ella. Se dio media vuelta y le puso las manos al cuello y escuchó el susurro de su voz pegada a su boca

—Te deseo, Emily. Déjame hacerte el amor.

Aquellas intensas palabras fueron su perdición, no podía resistirse por más tiempo, ya no podía seguir negándose lo que tanto deseaba.

—Sí —murmuró poniéndose de puntillas—. Sí.

Capítulo Ocho

«Mía», pensó Dylan mientras la cubría de besos. Se le aceleró el pulso al notar que por fin Emily se había atrevido a meterle la lengua en la boca, bien era cierto que lo había hecho con tímidos movimientos. Sin embargo él tenía que controlar la imperiosa necesidad de poseerla, de hacerla suya; quizá aquello acabara con él, pero había decidido tomárselo con calma, tomarla con calma. Con voluntad de hierro, mantuvo el ritmo pausado de sus besos, continuó mordisqueándole los labios mientras ella se iba rindiendo entre sus brazos.

Le acarició la espalda lentamente, desde la parte más baja hasta los hombros, después sumergió los dedos en su pelo, todo ello sin dejar de besarla. Ella emitió un débil sonido, una especie de gemido ahogado que hizo que Dylan la mirara. Tenía las mejillas sonrojadas y los labios húmedos.

—Dime que me deseas —le pidió aunque tenía el ansia escrita en la mirada, pero quería saber que no tenía dudas.

—Te deseo, Dylan —dejó los labios entreabiertos, a la espera—. Claro que te deseo.

Esa vez dio rienda suelta a la pasión, después de comprobar que no había ni rastro de duda en su respuesta, ya no era capaz de seguir controlándose por más tiempo. La levantó del suelo para llevarla en brazos al dormitorio. A la cama.

«Eres mía», pensaba mientras abría la puerta con el pie. Siguió besándola ya apoyados en la cama, y fue ella la que tiró de él para que se tumbaran sobre el colchón.

Lo que había dicho hacía sólo unos segundos era completamente verdad, lo deseaba con todas sus fuerzas, con una desesperación que la sorprendía enormemente. Pero, a pesar de la necesidad de estar con él, el sentimiento de culpabilidad no había desaparecido y amenazaba con reavivar el poco sentido común que le quedaba. Tenía que decirle la verdad, ya no le importaba lo que sucediera después, sólo quería ayudar a su abuela y estaba segura de que él la ayudaría. Dylan era una buena persona, no dejaría que nada malo le ocurriera a una señora mayor.

«Puedes confiar en él», se dijo a sí misma. Tenía que confiar en él.

Hizo un esfuerzo por encontrar las palabras que necesitaba, pero aquellos besos eran demasiado insistentes y sus manos moviéndose sobre ella no le permitían pensar con claridad.

—Dylan, espera —dijo retirando su boca de la de él—. Por favor, necesito...

—Dime qué es lo que necesitas —murmuró él—. ¿Esto?

Emily creyó que iba a perder el sentido cuando notó cómo sus besos se centraban ahora en el cuello, cómo su lengua se paseaba por su piel provocando un sinfín de escalofríos.

—Dylan...

—¿No es esto lo que necesitas? —movió las manos hasta agarrarle los pechos e inmediatamente los pezones, ya endurecidos por el deseo.

Tenía que decirle algo, de eso estaba completamente segura, pero las sensaciones que se estaban despertando dentro de ella estaban dejándola débil e incapaz de tomar ninguna decisión.

Fue abriéndole los botones de la blusa uno por uno, para después besar cada centímetro de piel que había dejado a la vista. Cuando Emily quiso darse cuenta no era sólo la camisa lo que había desaparecido, también el sujetador; y allí estaban sus pechos coronados por unos pezones rosáceos y erectos.

—O a lo mejor es esto —volvió a susurrar él justo antes de recorrer con la lengua la aureola del pezón izquierdo para luego hacer lo mismo con la del derecho.

Ahora ya no ahogó el gemido, sino que lo dejó salir con toda la fuerza con la que había surgido de su interior. Desde el centro de su cuerpo nacían intensos espasmos de placer. Jamás había sentido nada parecido, nunca había conocido una pasión como aquella. Le daba miedo pero al mismo tiempo la excitaba. Tenía la sensación de ir a romperse en cualquier momento o de estar a punto de morir de placer, un placer que le estaba provocando una especie de dolor entre las piernas.

—Te necesito. Dylan, por favor... —le suplicó para que acabara con ese dolor.

Pero él no le hizo caso y continuó volviéndola loca con la maestría de sus manos y su boca. Tuvo que levantar la cabeza cuando ella comenzó a tirarle de la camisa, se incorporó, se despojó de la prenda y se tendió sobre ella uniendo sus torsos desnudos. Emily se aferró a los fuertes músculos de sus brazos como si tuviera miedo de que se le fuera a escapar.

Con cada gemido que ella emitía, crecía la excitación de Dylan, que estaba haciendo uso de toda su voluntad para no arrancarle de golpe toda la ropa que le quedaba puesta y sumergirse en su cuerpo de una vez por todas. Quería seguir con el ritmo pausado, así que buscó a tientas el cierre del pantalón y se lo abrió poco a poco hasta que pudo meter las manos por debajo de la tela y así liberar aquellas esbeltas piernas. Emily arqueó la espalda, pero él la sujetó por las caderas.

—No te muevas —le pidió sabiendo que si la veía moverse así, se

olvidaría de su promesa de ir despacio. Sabía que podría tomarla en ese mismo instante, pero antes quería darle todo el placer que pudiera imaginar para ello tenía que controlar a la bestia que llevaba dentro. La observó casi desnuda frente a él, sólo quedaban las diminutas braguitas de encaje blanco.

El corazón comenzó a galopar dentro de su pecho con sólo mirarla; por fin aquella melena negra estaba esparcida sobre su almohada como había imaginado tantas veces durante los últimos días. Tenía la piel del color del marfil y unos pechos hechos para recibir las caricias de un hombre.

—Eres tan bella.

Cerró los ojos y un rubor cubrió sus mejillas. Dylan volvió a tumbarse sobre ella, se llevó una de sus manos a la boca y fue besándole cada dedo, después la muñeca, donde pudo sentir el pulso correr como un caballo desbocado. Emily gimió, jadeó, pero nada la satisfacía porque necesitaba más.

—Dylan, por favor... vamos... —volvió a suplicarle clavándole las uñas en los hombros.

Él bajó la mano hasta colarla por debajo del encaje, donde encontró un rincón cálido y húmedo. El débil sonido que salió de su boca lo excitó más que nada en el mundo. Sin apartar la boca de su pecho, la acarició suavemente hasta que supo que estaba preparada para él. Entonces se puso en pie rápidamente, se quitó la ropa que le quedaba puesta sin dejar de mirarla, al igual que ella no apartaba los ojos de él. Unos ojos que se abrieron de par en par al verlo frente a ella, desnudo y muy excitado. Volvió a la cama para besarle los pies, después las rodillas y los muslos hasta llegar al mismísimo centro de su feminidad.

—Dylan, por favor, ya —le pidió ella casi sollozando.

Sabía que él también estaba al borde del precipicio, así que la despojó de las braguitas y se sumergió en ella hasta el fondo.

Entonces la oyó gritar, pero no de placer y se quedó helado.

—Emily...

—No pares —dijo envolviéndolo con las piernas—. Por favor, no pares.

Fue ella la que volvió a moverse de una manera que le hizo olvidarse de todo y perderse dentro de su delicioso cuerpo, donde encajaba como en un guante. En medio del placer vio su cara de sorpresa al sentir los primeros espasmos del clímax, un clímax que él mismo alcanzó inmediatamente al verla disfrutar de tal manera. Ambos se vieron liberados como si una ola los hubiera barrido hasta la playa, donde ahora yacían exhaustos.

No habría sabido decir cuánto tiempo estuvieron allí tumbados el uno en brazos del otro. Emily tenía la sensación de que el tiempo se había detenido, o al menos ralentizado. Tenía la cabeza apoyada en el pecho de Dylan y podía sentir los latidos de su corazón que, como el suyo, todavía tenía un ritmo ligeramente descontrolado. Sin embargo su cuerpo parecía ligero, etéreo, como si flotara.

Había oído a muchas mujeres hablar de lo que se sentía, pero jamás habría imaginado, ni siquiera soñado, que hacer el amor podría ser así. Nunca habría sospechado que una caricia podría hacerle perder el control, deshacer su cuerpo de tal manera que pudiera llegar a confundir el dolor con el placer.

Sin embargo, y a pesar de su inexperiencia, estaba segura de que lo que acababa de ocurrir no era frecuente, era imposible que lo fuera. Tenía la total certidumbre de que ningún otro hombre habría podido llevarla donde la había llevado Dylan.

Sólo él.

El único hombre al que jamás podría tener, el único que jamás la querría cuando se enterara de la verdad.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

Ella asintió con la cabeza y le dio un beso en el pecho.

—Sí.

Pero no era cierto, no estaba bien; la realidad había vuelto a imponerse en sus pensamientos. Cerró los ojos y respiró hondo.

«¿Qué voy a hacer?», se preguntó a sí misma. «Dios mío, ¿qué voy a hacer?». Aunque sabía, su corazón y su cabeza sabían perfectamente qué era lo que tenía que hacer.

Dylan podía sentir cómo se alejaba de él, era consciente de que debía decir algo, algo importante, pero no sabía qué. ¿Que no le habría hecho el amor si hubiera sabido que era virgen? ¿Que sentía haberse acostado con ella?

No, todo eso era mentira porque estaba seguro de que le habría hecho el amor incluso sabiendo que era su primera vez. Porque no se arrepentía en absoluto, había deseado hacerle el amor desde el mismo momento en que la había visto por primera vez. El hecho de haber sido el primer hombre para ella no cambiaba nada de lo que sentía.

Y para ser sincero, lo cierto era que se alegraba de que no hubiera estado con otro. Se sentía satisfecho de haber sido el primero. También se daba cuenta de que eso podría complicar las cosas cuando se acordara de quién era, pero ya lo solucionarían cuando llegara el momento.

Ninguna mujer le había dado tanto placer en toda su vida. No era su inocencia, era toda ella. Emily. La caricia de sus dedos en la

mejilla, su beso en el hombro, sus gemidos. Cada beso, cada roce había desatado algo en él que iba más allá de lo físico; no sabía si le gustaba sentir aquello, pero era consciente de que era algo a lo que tendría que enfrentarse tarde o temprano.

Por el momento, se sentía satisfecho de poder abrazarla, habría podido hacer mucho más que eso, deseaba volver a experimentar ese placer, volver a entrar dentro de ella. Pero sabía que ella necesitaría más tiempo para recuperarse.

—Creo que ya hemos resuelto la duda de si tienes un marido esperándote en casa —le comentó con una caricia en el brazo.

Ella se puso rígida al oír aquellas palabras y pronto Dylan pudo sentir la humedad de las lágrimas sobre su pecho.

—Lo siento —dijo agarrándole la barbilla para obligarla a mirarlo —. Pensé que eso te haría sentir menos preocupada —explicó confundido por su reacción y entonces se dio cuenta de que quizá ése no era el motivo por el que lloraba—. ¿O es que estás enfadada por haber perdido la virginidad conmigo?

—No, no es por ti —susurró ella—. Es por mí… Lo que he hecho está mal.

Dylan frunció el ceño al oír aquello.

—Emily, ya somos adultos. Yo te deseaba y tú me deseabas a mí. ¿Qué hay de malo en eso?

Emily se incorporó y se sentó al borde de la cama, desde donde agarró la blusa y se la puso, después hizo lo mismo con los pantalones. Él también se sentó, se pasó una mano por el pelo en un gesto de preocupación. Lo molestaba que no le hubiera contestado, que se hubiera vuelto tan fría cuando las sábanas todavía conservaban el calor de sus cuerpos.

La observó mientras se dirigía hacia la ventana del dormitorio y se quedaba allí mirando al exterior. Se oían los gritos de las gaviotas y el romper de las olas en la distancia. Dylan esperó pacientemente su respuesta.

—Bridgewater.

—¿Bridgewater?

—Es mi nombre: Emily Bridgewater.

Algo en su tono de voz lanzó la señal de alarma, a Dylan se le heló la sangre. Se puso en pie y comenzó a vestirse.

—¿Has recordado tu nombre?

Emily se dio media vuelta y lo miró frente a frente.

—Soy profesora de la escuela de Clarión en West Country.

—¿En Marjorco? —había oído hablar de aquella ciudad aunque nunca había estado allí.

—Sí, vivo allí con mi abuela, Olivia Bridgewater.

—¿Acabas de recordar todo eso? —preguntó Dylan con la esperanza de que contestara que sí.

—No. Siempre he sabido quién era —dijo en un susurro apenas perceptible—. Desde el primer día.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Que te he mentido —le temblaba la voz. Cerró los ojos, respiró hondo y volvió a abrirlos para continuar con la dolorosa confesión—. He estado mintiéndote todo el tiempo.

Capítulo Nueve

—¿Has estado mintiéndome?

Dylan pronunció aquellas palabras con tal calma y frialdad que Emily sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Se fue acercando a ella sin separar la mirada de sus ojos ni un instante, ella lo esperó conteniendo la respiración, intentando averiguar qué iba a pasar pero sabiendo algo muy importante.

Ya no podía volverse atrás.

—Sí.

Una vez había visto en un documental cómo un puma acorralaba a un ciervo al que estaba a punto de devorar. El animal acechaba a su presa inmóvil, con todos los músculos en tensión y mirándolo de la misma manera que ahora la miraba Dylan a ella.

Por muy fuerte que fuera la tentación, por muy débil que se sintiera frente a él, sabía que no podía echarse atrás; tenía que enfrentarse a él y aceptar las consecuencias. Sin embargo cuando lo notó tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo y ver la ira en sus ojos, entonces empezaron a temblarle las piernas. Si no la hubiera agarrado por los brazos, seguramente habría caído de bruces al suelo.

—¿Y el accidente? —exigió furioso—. Cuando te atropellamos...

—No fue un accidente.

—¿Por qué? —aquellas dos palabras transmitían más fuerzas que un discurso entero.

—Es que... no tuve otra opción. Te prometo que...

—Siempre hay otra opción, Emily —dijo apretando las manos alrededor de sus brazos y agitándola ligeramente—. Siempre.

Emily hizo un gesto de dolor.

—Habían secuestrado a mi abuela.

Dylan se quedó petrificado.

—Cuéntamelo todo —exigió entonces—. ¿Quién fue?

—No... no sé quiénes son —le resultaba muy difícil hablar cuando ni siquiera podía respirar con normalidad—. Sólo el hombre que me llevó hasta la carretera, no vi a nadie más. Se pusieron en contacto conmigo por teléfono, me llamó un tipo llamado Frederick que me dijo que matarían a mi abuela si no hacía exactamente lo que me pedían.

—¿Y qué es eso exactamente?

—Acercarme a ti.

—Vaya, señorita Bridgewater —dijo soltándola de golpe—. Yo diría que eso lo has conseguido con creces, ¿no crees? ¿Creías que acostándote conmigo conseguirías suavizar el castigo que recibirías si

te descubrían? —le preguntó duramente—. ¿Es eso por lo que te has acostado conmigo?

—No —negó inmediatamente—. Nunca tuve intención de que esto ocurriera. Yo pensé que podría hacer lo que me habían pedido sin... sin intimar tanto contigo.

Se quedó de pie frente a ella mirándola implacablemente y con los puños apretados.

—¿Por qué tú, Emily? ¿Por qué te eligieron a ti?

—No sé cómo me encontraron, pero me dijeron que me parecía a una mujer de la que tú habías estado enamorado. Una tal Katherine.

—Katherine era la hija de uno de los asesores de mi padre. Yo tenía dieciocho años y ella veintiuno, el amor no tenía nada que ver en nuestra relación —negó con la cabeza mientras soltaba improperios —. ¿De dónde demonios sacan esos idiotas la información, de las peluquerías?

Se dio media vuelta y dio varios pasos en dirección contraria a Emily, después volvió a girarse.

—¿Qué se suponía que tenías que hacer una vez que consiguieras entrar en el palacio?

—Meterme en tu habitación. Me dieron el código de seguridad de tu alarma y la combinación de tu caja fuerte.

—¿Mi caja fuerte? —repitió indignado—. ¿Cómo diablos averiguaron la combinación de mi caja fuerte?

—No lo sé, yo...

—No vuelvas a mentirme, maldita sea —volvió hasta ella y volvió a agarrarla por los brazos—. Quiero saber toda la verdad ahora mismo, Emily. Absolutamente todo.

Ella tragó saliva intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta al tiempo que trataba de contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

—Te estoy diciendo la verdad. Lo único que sé es que en tu caja fuerte hay ciertos papeles que ellos quieren, unos documentos que yo debía robar y llevarles.

—¿Qué documentos? ¿Qué es exactamente lo que quieren?

Tenía la cara a sólo unos centímetros de ella; parecía imposible que fuera el mismo rostro que hacía un rato le había sonreído con amor y ternura. Sabía que aquellos ojos no volverían a mirarla de ese modo, de ahí en adelante sólo vería en él odio y asco.

—Diamantes —maldijo la lágrima que acababa de escapársele de un ojo—. Dicen que tu familia tiene unos diamantes que les pertenecen y necesitan esos documentos para recuperar los diamantes.

—Qué estúpidos —diciendo eso volvió a soltarla, buscó el polo por

el suelo y cuando lo encontró se lo puso mientras pensaba—. Has dicho que no habías visto a nadie excepto al: tipo que te llevó a la carretera. ¿Sabes el nombre?

—Sutton —se frotó los brazos intentando cortar el temblor, pero no podía evitarlo—. Seguramente ése no sea su verdadero nombre, pero puedo describirlo. Además, ayer estuvo en palacio, lo vi cuando estábamos en el balcón que da al salón de baile. Fue justo después de que...

«Me besaras», estuvo a punto de decir, pero retiró las palabras de su boca justo a tiempo pensando que no era buena idea mencionar nada de eso, no podía permitirse recordar la pasión que habían compartido. Si lo hacía se vendría abajo.

—¿Uno de los Caballeros Negros ha estado en palacio? —concluyó Dylan fuera de sí.

—¿Los Caballeros Negros? —Había oído hablar del grupo terrorista responsable de muchos de los ataques sufridos por Penwyck, pero en ningún momento sospechó que fueran ellos los que tenían a Olivia—. ¿Los Caballeros Negros tienen a mi abuela?

Se dejó escurrir hasta el suelo con la espalda apoyada en la pared, ya no podía aguantar por más tiempo. Todo el mundo sabía que los Caballeros Negros eran despiadados y que no se detenían ante nada para conseguir lo que querían.

—Estaba entre el grupo que llegó de visita —explicó tranquila a pesar de lo aturdida que se sentía—. Por eso me asusté tanto. Ellos me dijeron que estarían observándome, que siempre sabrían todos y cada uno de mis movimientos. Cuando vi a Sutton temí que hubiera ido hasta allí a hablar conmigo.

—¿Y cómo se supone que te pondrás en contacto con ellos? —le preguntó Dylan sin poder dejar de negar con la cabeza.

—Tengo un número al que debo llamarlos mañana desde un teléfono público.

—Pues eso será lo harás —decidió con frialdad al tiempo que se dirigía al teléfono que había en la mesilla. Marcó un número y se quedó esperando a que contestaran sin dejar de mirar a Emily—. Manda tres hombres a la casa del acantilado —dijo cuando respondieron—. Dile a Monteque que tenemos que reunimos inmediatamente, estaré en su despacho dentro de veinte minutos.

Colgó el teléfono y se dirigió hacia ella con la rabia dibujada en el rostro. El Dylan que había conocido había desaparecido y en su lugar había un hombre frío y temible.

—¿Tienes alguna prueba? ¿Cualquier cosa que nos pueda servir para saber dónde se esconden?

—Grabé la primera conversación en el contestador automático y escondí la cinta en una taquilla del banco. La llave está...

—No necesitamos la llave —la interrumpió bruscamente—. Van a venir varios hombres a vigilar la casa. Vas a quedarte aquí hasta que decida qué hacer contigo.

Diciendo eso agarró sus zapatos y se dirigió hacia la puerta; era obvio que quería alejarse de ella rápidamente, pero antes de que pudiera hacerlo, Emily necesitaba decirle una última cosa.

—Dylan —él se detuvo pero no se volvió a mirarla—. Créeme, por favor. Lo siento muchísimo. Nunca tuve la intención de... nosotros...

—Ahórrate la explicación. Supongo que comprenderás que no crea absolutamente nada de lo que me digas.

Lo vio marchar a través de las lágrimas, aunque todavía le dijo algo más antes de desaparecer del todo:

—No intentes huir, Emily. Te prometo que si lo haces, te encontraré.

—No huiré —prometió con calma—. Es por mi abuela, no me importa lo que me ocurra a mí.

—Entonces ya somos dos.

Aquellas palabras la hirieron como un cuchillo que le hubieran clavado en el estómago. Pero no podía culparlo de nada, merecía toda la rabia y el odio que sentía por ella en aquel momento. La puerta de la casa se cerró unos minutos después y Emily pensó que seguían oyéndose las gaviotas y las olas, pero ahora todo era muy diferente. Todo había cambiado.

No sabía si habría cometido un terrible error al contarle toda la verdad. ¿Habría firmado su sentencia de muerte y la de su abuela?

Estaba demasiado cansada para seguir pensando, así que dejó caer la cabeza sobre las manos y cerró los ojos. Seguramente Dylan no la perdonaría jamás, sólo esperaba que al menos la ayudara.

Tardó menos de una hora en reunir a todos los jefes del Grupo de Élite de Penwyck: el almirante Monteque, el duque Carson Logan, Pierceson Presscott y sir Selywyn Eslabón, todos ellos hombres impresionantes y poderosos en los que se podía confiar. Así lo habían demostrado en numerosas ocasiones a lo largo de los años. Tenían sus propias reglas, pero el objetivo era siempre el mismo: proteger a su país y a su rey a toda costa.

—¿Sabe cómo averiguaron los Caballeros Negros su código de seguridad y la combinación de su caja fuerte? —preguntó Monteque en cuanto Dylan hubo terminado de ponerlos al corriente de la

situación.

Dylan negó con la cabeza.

—Yo creo que o tienen un infiltrado, o han conseguido entrar en los ordenadores que contienen todos los códigos de seguridad de palacio. En cuanto a mi caja fuerte, lo cierto es que no tengo la menor idea, ya que nadie sabe esos números excepto yo.

—Mandaré a un hombre que haga una barrida de seguridad inmediatamente —sugirió Carson Logan—. Quizá la culpable sea una cámara de seguridad mal colocada.

Dylan se ponía enfermo cada vez que imaginaba que alguien había podido entrar en su dormitorio a sus espaldas. Aunque nada era comparable a lo que sentía cada vez que recordaba la traición de Emily.

«He estado mintiéndote todo el tiempo».

Aquellas palabras seguían retumbándole en la cabeza. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Se lo había preguntado ya cien veces y todavía no había dado con la respuesta. Había resultado tan convincente, con esa dulzura, esa vulnerabilidad... En realidad no era más que traición y engaño.

—¿Dylan?

—¿Qué? —le preguntó a Carson con rabia añadida por haberse dejado llevar por pensamientos que lo alejaban de su verdadera obligación.

—Voy a traer a mis dos mejores hombres para que interroguen a la mujer. ¿Quiere estar presente?

—No —no se atrevía. Se sentía demasiado herido para volver a acercarse a ella tan pronto. No sabía si podría controlar sus emociones si se encontraba en la misma habitación que ella—. Tengo otras cosas de las que encargarme, pero mantenme informado.

—Sí, señor.

—¿Quiere que me haga cargo de la cinta del contestador? —se ofreció Selywyn Eslabón.

—Sí y cuando la tenga, tráigamela directamente a mí. También quiero que comprueben todas las cintas en las que aparezcan las visitas que se realizaron ayer a palacio. La señorita Bridgewater dice que uno de los miembros del grupo es el mismo que la llevó hasta la carretera. Que le lleven todas las cintas a ver qué puede encontrar.

—¿Y qué quiere que hagamos con respecto a la abuela? —preguntó Prescott cuando ya habían puesto punto final a la reunión.

—Hay que averiguar dónde la tienen retenida esos cobardes —ordenó Dylan con calma—. Y devolverla a casa con vida.

—¿Nosotros? —preguntó Prescott sorprendido—. Pero no

pretenderá que...

—Eso es exactamente lo que pretendo —corrigió el príncipe tajantemente mirando a todos los presentes—. Si alguno de ustedes tiene algo en contra, que lo diga ahora.

Los hombres se miraron entre sí, sonrieron y finalmente Prescott contestó por todos.

—Claro que no, Alteza. Será un honor para nosotros.

La habitación quedó vacía unos segundos después con la promesa de volver a reunirse en unas horas. Dylan se quedó allí solo y volvió a repasar todo lo sucedido, partiendo del momento del accidente. Recordó la conversación que mantenía con Liam justo en el momento en el que tuvo que frenar de golpe porque había una mujer en medio de la carretera. Al cerrar los ojos apareció la imagen de Emily justo antes de ser golpeada por el coche... Llevaba una blusa blanca de manga corta, una falda vaquera. Al oír el ruido de los frenos se había vuelto y los había mirado con el terror reflejado en los ojos, el pelo oscuro le caía sobre la cara pálida...

Dylan se puso rígido al recordar algo en lo que no había caído hasta entonces: bajó aquellos aterrados ojos, tenía la mejilla enrojecida.

Como si alguien la hubiera golpeado sólo unos segundos antes.

Sutton.

Con los puños apretados recordó que Emily le había contado que ese tipo había ido con ella hasta la carretera. Estaba claro que le había pegado un puñetazo justo antes de la llegada de la limusina, lo que no sabía era si lo habría hecho para convencerla de que hiciera lo que le pedía o para hacer que el accidente pareciera más grave.

De cualquier manera, era obvio que ese Sutton era un granuja con el que estaba deseando encontrarse cara a cara para ver qué hacía cuando no andaba secuestrando ancianas o pegando a mujeres.

—¿Dylan?

Se volvió a mirar al oír una voz familiar.

—Madre.

Había preocupación en los ojos de la reina Marissa.

—Dylan, siéntate y cuéntame qué ha ocurrido.

Le acercó una silla a su madre y después se sentó frente a ella. Le contó que todo lo relacionado con el accidente y la amnesia de Emily había sido una farsa montada para infiltrarse en palacio con el fin de robar información de su caja fuerte.

—Ahora la tengo vigilada en la cabaña —dijo como conclusión del relato—. Van a interrogarla para asegurarnos de que dice la verdad.

—Claro que dice la verdad —afirmó Marissa—. Ahora no tiene

ningún motivo para mentir, especialmente sabiendo que la vida de su abuela está en peligro. ¿Tienes alguna idea de dónde podrían tenerla?

—No, pero tenemos la esperanza de que nos ayude la cinta de la conversación telefónica. Además, Emily tiene que ponerse en contacto con ellos cada varios días, quizá pueda conseguir algo de información en esas llamadas.

La reina asintió orgullosa.

—Estás llevando todo estoy muy bien, hijo. Sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias y lo implicado que estás.

—Yo no estoy implicado —rebatió Dylan con firmeza.

—Ya —aquella sonrisa lo hizo enfadar enormemente, era el tipo de sonrisa que todas las madres saben lanzar y con la que dejan muy claro que no hay manera de ocultarles nada—. Por eso has pasado con ella todo el tiempo que has podido y la has llevado a tu cabaña, ¿verdad?

—Eso no tiene nada que ver con esta investigación —probó a escapar con tal de no tener que contarle hasta qué punto se había «implicado» con ella.

—¿Me vas a negar que esa chica te interesa?

Quizá estuviera interesado antes de descubrir que lo había engañado, pero ahora ya daba igual lo que hubiera sentido, había terminado con ella del todo, excepto para recibir información que los ayudara a resolver la situación. En cualquier caso, no tenía la menor intención de hablar de eso con su madre.

—Nos ha mentido a todos.

—Pero no lo ha hecho para hacer daño a nadie —argumentó Marissa comprensivamente—. Sólo trataba de proteger a alguien a quien quiere.

—No veo cuál es la diferencia.

—¿Cómo que no? —Preguntó levantando una ceja—. Entonces estos dos últimos años tú has estado viajando por Europa visitando amigos, ¿verdad?

—Pues... —lo sabía, era obvio que lo sabía. De alguna manera su madre había averiguado qué había estado haciendo todo ese tiempo. Pero, ¿cómo? ¿Cómo pudo averiguarlo?—. ¿Qué quieres decir?

La reina soltó un suspiró.

—Nada, no te preocupes. Ahora tienes otras cosas en las que pensar, pero cuando llegue el momento, tú y yo vamos a tener muchas cosas de las que hablar. Una vez leí en algún sitio —comenzó a decir poniéndose en pie y después de darle un beso en la frente— que una mujer ama con todo su corazón y un hombre ama con toda su fuerza. Hijo, tú tienes mucha fuerza, utilízala bien.

Dylan se quedó observando a su madre mientras salía de la sala incapaz de reaccionar ante tan sorprendentes palabras. ¿A qué venía esa tontería sobre el amor?

El amor no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo. Era obvio que la atracción que había sentido por Emily lo había hecho comportarse como un tonto, pero, ¿qué tenía que ver el amor en todo eso? Se encogió de hombros y llegó a la conclusión de que las mujeres eran unas soñadoras con la cabeza llena de fantasías, mientras que los hombres veían la realidad y los hechos tal como eran. No dejaban que las emociones dirigieran sus decisiones.

Lo que tenía muy claro era que no volvería a ver a Emily, había cosas que quería preguntarle acerca del secuestro y del chantaje, pero no permitiría que volviera a acercarse a él de nuevo. Había cometido un gran error con aquella mujer y no tenía la menor intención de que volviera a repetirse.

Capítulo Diez

Para Emily era una vergüenza que siguieran tratándola tan bien incluso a la semana siguiente de saberse que era una impostora. Todas las mañanas le llegaba a la cabaña una bolsa de comida fresca y de la mejor calidad. También le habían enviado ropa y útiles de aseo. Todo eso unido a las comodidades ya existentes en la casia significaba que no le faltaba de nada; tenía video y DVD con una variada selección de películas, así como montones de libros.

En las ventanas no había rejas, ni cerrojos en las puertas y nadie la detenía cuando quería pasear por el acantilado. Y sin embargo, no había ninguna duda de que era una prisionera.

Dos turnos de tres hombres patrullaban los alrededores vestidos de civiles, con las pistolas escondidas bajo la ropa de sport. Durante el día paseaban aparentemente relajados, fumando y charlando con normalidad. Cualquiera que pasara por ahí pensaría que estaban de vacaciones, disfrutando del aire libre.

Nada mas lejos de la realidad.

A unos cincuenta metros de la casa había un enorme camión que les servía de cuartel general, Emily suponía que comían y descansaban allí y cuando venía alguien más de palacio, era también allí donde se reunían. Sólo conocía a dos de los hombres, Westbrook y Gibbons, los dos que la habían interrogado durante horas los tres primeros días. Todo había quedado grabado en vídeo y en cinta, ella había llegado a sugerirles que le hicieran la prueba del detector de mentiras si querían asegurarse de que lo que decía era cierto, pero nadie quiso hacerlo. Después de aquello, no había vuelto a recibir ninguna visita, de hecho si no hubiera sido porque podía verlos a lo lejos, habría pensado que se habían olvidado de ella. Sobre todo Dylan, que era lo que más dolía. Era obvio que cuando le había dicho que ya no le importaba lo sentía de verdad.

Pero a pesar del dolor que sentía en el corazón y de todos los problemas que había ocasionado en palacio, no habría cambiado nada, volvería a hacer lo mismo sólo por salvar a su abuela.

Emily había llamado a su contacto hacía unos días, pero no la habían dejado hablar con Olivia; el hombre con el que había hablado había insistido en que la señora estaba durmiendo y que se encontraba bien, sin embargo Emily se había quedado enferma de preocupación. Rezó para que los Caballeros Negros no le hicieran ningún daño y para que los hombres de Dylan la encontraran pronto.

A través de la ventana vio cómo se levantaba un fuerte viento que hizo volar hojas de los árboles e incluso pequeñas ramitas. El cielo que

había estado despejado y soleado toda la mañana se estaba cubriendo de nubes negras. No había ninguna duda de que se avecinaba una noche fría y desapacible. Se separó del cristal con un suspiro mientras pensaba en que, aunque allí tenía todo lo que necesitaba, habría preferido estar en una celda donde todo no le recordara a Dylan. Allí sentía su presencia como si realmente estuviera allí. Los días eran difíciles, pero nada comparado con las noches, durante las cuales le resultaba imposible dormir en la misma cama donde había hecho el amor con él. No podía estar allí sin recordar la pasión que habían compartido; el tacto de sus dedos y su lengua en cada rincón de su piel, excitándola como jamás habría soñado que fuera posible. Le rompía el corazón pensar que no volvería a sentir ese éxtasis en toda su vida.

Pero no lamentaba haberse entregado a él. Había muchas cosas que se arrepentía de haber hecho, pero desde luego acostarse con él no era una de ellas. Se había enamorado de él locamente, bien era cierto que la preocupación y el sentimiento de culpabilidad no le habían permitido darse cuenta antes, pero ahora sabía que lo había amado desde el momento en el que la había estrechado entre sus brazos y la había llevado a su coche con toda la ternura del mundo.

Sí, lo amaba aun sabiendo que él jamás podría correspondería. Era imposible después de lo que le había hecho. Tendría que aprender a aceptar que el hombre al que amaba, al que siempre amaría, no sentía por ella nada más que desprecio.

Notó una náusea que le revolvió el estómago como si una enorme mano estuviera estrujándoselo. Tenía que mantenerse ocupada, entretener su mente en alguna actividad que le impidiera pensar. Respiró hondo y se dirigió a la cocina.

«Maldita lluvia».

Las gotas caían a tal velocidad sobre el cristal del coche que los limpiaparabrisas no daban abasto. No era una buena noche para estar fuera, y menos aún en una estrecha carretera de montaña. Así que apretó bien las manos al volante y centró su atención en el asfalto que se extendía frente a sí. Definitivamente era una mala noche.

Entonces... ¿qué demonios estaba haciendo allí?

Se había dicho a sí mismo que iba hasta allí porque era su responsabilidad asegurarse de que todo estaba en orden. Llevaba toda la semana trabajando sin parar con el Grupo de Élite, con los que había investigado cada pista por pequeña que pudiera parecer.

La declaración de Emily y la cinta de su contestador confirmaban todo lo que le había confesado la semana anterior. Era cierto que había admitido haber mentido sobre su amnesia, pero a parte de eso,

todo lo que le había dicho sobre el caso era verdad. Westbrook y Gibbons habían sido muy exigentes en su interrogatorio con el fin de averiguar hasta el más mínimo detalle relacionado no sólo con los Caballeros Negros, sino con su vida en general.

Cuando había visto las cintas por primera vez, Dylan se dio cuenta de que los sentimientos que creía haber controlado seguían siendo tan fuertes como siempre. La rabia y la decepción se habían aferrado a su estómago como una fiera que se negara a perder una presa. Había visto las grabaciones una y otra vez y con cada visionado se había dado cuenta de que el enfado que sentía hacia Emily había ido disminuyendo.

Había visto en sus ojos el amor que sentía por su abuela, se lo había notado en la voz cada vez que pronunciaba su nombre y en las manos cada vez que se tocaba el anillo que Olivia le había regalado. Aunque no podía perdonarle que lo hubiera traicionado, quizá sí podía llegar a comprender por qué lo había hecho. Hacía varios meses su hermano Owen había sido secuestrado y, aunque él entonces había estado en Europa y no se había enterado de nada, sabía que habría hecho cualquier cosa para liberarlo.

Entonces no le habría importado la sospecha de su tío Broderick, que afirmaba que ellos dos en realidad no eran hermanos gemelos, sino que habían sido cambiados al nacer por los verdaderos herederos al trono que ahora vivían en Estados Unidos. El ADN no era lo que le importaba, ni lo que pudieran revelar los análisis de paternidad. Dylan sabía que habría sacrificado su propia vida con tal de salvar la de Owen, o la de cualquier otro miembro de su familia.

Vio a lo lejos las luces de la cabaña que lo guiaban como un faro en mitad del océano. Se le fue acelerando el pulso a medida que iba acercándose, pero se prometió permanecer impasible ante su presencia.

—Alteza —lo saludó el oficial que hacía guardia en la puerta y que por cierto estaba comiendo algo que olía muy bien.

—Tranquilo, Stevens —le dijo Dylan al ver que se cuadraba—. ¿Por qué no comes en el camión si es tu hora de cenar?

—Bueno, señor... es que... en realidad...

—¿Crees que podrás darme una respuesta antes de que amanezca?

El oficial tragó antes de continuar hablando.

—Es que la señorita Bridgewater me ofreció un plato de lo que había cocinado.

—Ya veo —respondió el príncipe frunciendo el ceño—. ¿Suele hacerlo a menudo?

—No, señor. Sólo esta noche.

—¿Le ha ofrecido algo más?

El oficial se quedó pensando unos segundos.

—Un vaso de leche y una galleta.

Leche con galletas, pensó Dylan enfadado. ¿Qué sería lo siguiente que les ofrecería, arroparlos en la cama?

—Lo siento, Alteza —se disculpó Stevens muy incómodo—. Sé que no debería...

—No se preocupe. Ahora vaya a terminar de comer al camión, ya lo avisaré para que prosiga con la vigilancia cuando yo me marche.

Stevens titubeó ligeramente y después asintió.

—Como usted quiera, Alteza.

Dylan observó con rabia cómo el oficial se iba corriendo al camión, después se dio media vuelta y llamó a la puerta.

No hubo respuesta así que volvió a llamar, esa vez con más fuerza.

No podía haberse ido a la cama todavía, apenas eran las ocho de la tarde.

De pronto Dylan sintió una punzada de preocupación; había hecho que Emily estuviera allí con tantos oficiales de guardia con el fin de que si los Caballeros Negros descubrían que habían fracasado sus planes de utilizar a Emily, no pudieran hacerle nada para evitar que testificara contra ellos.

Abrió la puerta principal con el corazón en un puño aunque en el interior parecía reinar la normalidad. El fuego ardía en la chimenea y en el aire había un delicioso aroma a comida, todo ello ambientado con la música de un CD de música irlandesa que le había regalado su hermana Megan. Al quitarse el abrigo y colgarlo en la percha tuvo la sensación de haberse metido en una novela; el marido que llegaba a casa después del trabajo.

Prefirió deshacerse de tal pensamiento inmediatamente, pero justo entonces oyó el sonido de la ducha y se quedó helado. Estaba duchándose. Estaba desnuda a sólo unos metros de él. Podía imaginarla de pie en la bañera, frotándose el cuerpo; sus pechos, su vientre liso, y aún más abajo...

También tuvo que alejar esa imagen de su cabeza. ¡Dios! Aquella mujer lo había embrujado. No sabía qué hacer para quitarse las ganas de irrumpir en la ducha y tomarla allí mismo, la apretaría contra las frías baldosas, pero la calentaría con su cuerpo.

Lo mejor sería irse a la cocina y satisfacer al menos uno de sus apetitos.

Emily cerró el grifo de la ducha y comenzó a secarse. Se echó una

loción de esencia de rosas y se cepilló el pelo todavía mojado para después secárselo con el secador. Una vez hubo terminado se puso el camisón de algodón azul que le había mandado Sallie junto con la bata corta a juego. Afortunadamente se encontraba mucho mejor después de la ducha, aunque seguía habiendo algo que no dejaba que su cerebro descansara. Llevaba demasiadas noches sin dormir preocupada por su abuela.

Y por Dylan.

No importaba cuántas veces se asegurara a sí misma que ya lo olvidaría, lo cierto era que no podía dejar marchar todos los recuerdos que tenía de él. Todavía no.

Así que había seguido su propio consejo y se había mantenido entretenida toda la tarde, tiempo durante el cual había puesto en marcha todas las enseñanzas culinarias de su abuela. Había preparado una ensalada de endivias con nueces y queso gorgonzola, carne asada con patatas al romero y tres docenas de galletas cuya receta era un secreto que todas las mujeres Bridgewater debían guardar celosamente. Su abuela siempre decía que cualquier mujer que supiera preparar esa carne y esas galletas tendría una buena oferta de pretendientes y, a juzgar por las veces que habían querido repetir los oficiales, debía de tener razón.

Pero ella sólo deseaba a un hombre... el único al que jamás podría tener. Y las posibilidades de que él fuera a comer algo que ella hubiera cocinado eran prácticamente nulas.

Salió del baño con la intención de terminar de desenredarse el pelo frente al fuego, así que una vez cerca de la chimenea, echó la cabeza hacia delante y comenzó a cepillarse desde el cuello, donde todavía quedaban algunos nudos. Deseó poder desenmarañar su vida con la misma facilidad.

La visión de Emily en aquella postura fue para Dylan como un golpe en el estómago. Parecía haber elegido el modo más certero de excitarlo, pero había entrado al salón tan absorta en sus pensamientos que era imposible que se hubiera dado cuenta de que él estaba sentado en el sofá. Así que allí se quedó observando la escena en silencio y con los dientes apretados. Bajo aquella fina bata se podía adivinar su magnífico cuerpo sin la menor dificultad y sus caderas se movían adelante y atrás con cada golpe del cepillo.

Dylan ya no podía aguantar la excitación.

—Emily.

Ella se puso recta antes de darse la vuelta y, cuando lo hizo, su rostro se llenó de sorpresa y pavor. Enseguida dio un respingo para apretarse bien el cinturón de la bata.

—Dylan —parecía estar sin aliento—. Alteza —dijo haciendo una extraña reverencia—. No sabía que estaba aquí.

—Es evidente —se habría puesto en pie, pero sabía que todavía no estaba preparado para hacerlo.

—¿Qué... qué está haciendo aquí? —seguía manteniendo el cepillo contra el pecho como si fuera un escudo protector.

—Siéntate, Emily. Y no sigas hablándome así.

Necesitaba que se sentara inmediatamente, si seguía allí de pie delante del fuego, no sabría si podría controlarse. Ya había pensado demasiado en ella en la última semana, recordando el tacto de su piel, el olor de su pelo. Su imagen había invadido sus días y sus noches. Debía sacársela de la cabeza lo antes posible y para eso había ido hasta allí esa noche, porque tenía la esperanza de exorcizarse.

Pero ahora se daba cuenta de cuánto se había equivocado.

Emily se sentó al borde de la silla que había frente a él, con la espalda recta y el rostro en tensión. Una vez más, Dylan se quedó mirándole las piernas sin poder controlar sus propios ojos ni sus pensamientos, porque volvía a dejarse llevar por el implacable deseo de acariciar aquel cuerpo, de sumergirse en él hasta lo más hondo. Entonces levantó la mirada hasta sus ojos y vio miedo, confusión... y algo más...

Deseo.

Podía reconocer la necesidad en su rostro porque era algo que ya había visto antes, cuando la había besado y le había hecho el amor.

No, eso no podía volver a ocurrir. Quizá siguiera pareciéndole muy atractiva, pero no podía volver a caer... Aunque si ella se le ofrecía, podría aceptar sólo para aliviar un poco la tensión.

—Me gustaría preguntarte si habéis averiguado algo sobre dónde tienen atrapada a mi abuela.

Dylan agradeció poder hablar de los problemas políticos en lugar de seguir pensando en su acalorada libido.

—Hemos cercado una zona pero no podemos movernos hasta que no sepamos el punto exacto. Si cometemos un error, los Caballeros Negros se enterarían enseguida y se nos escaparían.

Emily cerró los ojos angustiada. Ambos sabían qué le ocurriría a su abuela si los Caballeros Negros descubrían el pastel.

Dylan sabía que podría decirle palabras que la consolarían, podría decirle que no se preocupara por su abuela porque conseguirían rescatarla a tiempo, pero no lo hizo, no dijo nada y no sólo porque no estuviera seguro de que todo fuera a salir bien, también se quedó en silencio porque no quería hacerla sentir mejor. Todavía tenía en la boca el sabor de su traición.

—¿Por qué has venido? —le preguntó volviendo a abrir los ojos.

«Porque no aguantaba estar lejos de ti», fue la primera respuesta que le vino a la cabeza, pero no podía decírsela a ella. Y el hecho de darse cuenta de que eso era lo que sentía no hacía más que acentuar su ira.

—Tengo algunas preguntas que hacerte —dijo poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la chimenea—. En relación con el hombre que te llevó hasta la carretera. Dijiste que se llamaba Sutton.

—Pero si ya les he contado a Westbrook y a Gibbons todo lo que sé —respondió algo sorprendida de que le hubiera hecho tal pregunta.

—Dijiste que había estado allí contigo hasta que recibió una llamada.

—Sí. Pero no pude oír lo que dijo, ni tampoco sé con quién hablaba. Cuando colgó me dijo que me montara en la bici y cruzara la carretera.

—¿Fue entonces cuando te pegó?

Emily se llevó una mano al pómulo y bajó la mirada avergonzada.

—Sí.

«Maldito sinvergüenza».

—¿Por qué... no se lo dijiste a Westbrook y a Gibbons? —preguntó Dylan enfermo de rabia.

—Pues... no lo sé. ¿Es importante?

«Para mí sí». Estaba deseando encontrarse cara a cara con ese tipo.

—Todo es importante, Emily —afirmó con dureza—. ¿Hay algo más que hayas olvidado decir? Cualquier cosa.

—No... creo que no —respondió haciendo un esfuerzo por recordar.

—¡Piensa, maldita sea! —sabía que había gritado, pero no había podido evitarlo—. ¿Qué más has olvidado?

—Nada. No he olvidado nada más —esa vez su tono de voz era más seguro.

Al levantar la mirada, Dylan pudo observar que tenía los ojos húmedos de llanto no derramado, y sintió un estremecimiento que achacó al frío.

—No se me ha olvidado nada —dijo con más calma—. Lo amable que fuiste al tomarme en tus brazos y llevarme hasta el coche, ni la calidez de tu cuerpo junto a mí.

—Déjalo —le ordenó.

—También recuerdo lo emocionante que fue la primera vez que me rozaste la boca con tus labios. Me hiciste estremecer, cosa que no me había provocado ningún hombre.

Dylan oyó un enorme relámpago, pero no sabía si era fuera o

dentro de su cabeza.

Se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—Estás jugando con fuego, Emily. Déjalo ya o te prometo que lo lamentarás.

—¿Acaso no sabes que ya lo lamento bastante? —preguntó muy dolida—. Lamento tanto todo lo que he hecho. Todo excepto estar contigo, Dylan, eso no lo lamentaré jamás.

Algo se movió dentro de él, se le estaban retorciendo las entrañas y le dolía todo.

—Sé que me odias —continuó diciendo Emily angustiada—. Pero no creo que me odies tanto como me odio yo a mí misma por haberos mentido a ti y a tu familia.

«Pero si no te odio», estuvo a punto de decir, pero no dio con su voz. Tenía un martillo en la cabeza que ahogaba todos los pensamientos salvo los relacionados con Emily. No podía más, algo dentro de él le pedía a gritos que hiciera lo que tanto deseaba.

Se acercó aún más a ella y, estrechándola contra su cuerpo y contra su excitación, la besó en la boca apasionadamente. La levantó en brazos agarrándola por las nalgas y, sin dejar de besarla ni un momento, la llevó hasta el dormitorio y la tumbó en la cama. La miró unos instantes y comenzó a quitarse la ropa a toda prisa.

—Te deseo —confesó desesperado—. Pero tienes que entender que esto no significa nada para mí. Esto no cambia nada.

El dolor se dibujó en el rostro de Emily al oír aquellas palabras, pero Dylan se dijo a sí mismo que no importaba, que aquello no lo afectaba lo más mínimo. Se acostaría con ella y luego desaparecería para olvidarla.

Lo miró mientras se desnudaba y cuando luego se abalanzó hacia ella profunda y evidentemente excitado. Aquel hombre la atraía y la aterraba al mismo tiempo. Quizá debería haber puesto fin a todo aquello, pero probablemente ésa sería la última oportunidad que tuviera de amarlo. Comprendía que para él fuera algo puramente físico, pero para ella significaba mucho más. Estaba a punto de entregarle no sólo su cuerpo, sino también su corazón.

En cuanto lo sintió sobre ella, se abandonó a sus caricias y a su boca y dejó de pensar por completo. Sólo podía sentir aquellas manos deshaciendo el nudo del cinturón de la bata para después acariciarle y besarle los pechos. Un torrente de placer la arrastró por una senda desconocida que la hizo perder la razón.

—Te quiero —susurró ella entre gemidos.

No esperaba que aquellas palabras fueran a dejarlo inmóvil. Dylan levantó la cabeza y le clavó una terrible mirada.

—No digas eso —le pidió furioso—. No quiero que me mientas más.

Emily le tomó la cara entre las manos y la bajó hasta que sus miradas se encontraron. No serviría de nada volver a repetir aquellas palabras, no intentaría convencerlo porque sabía que no la creería. Así que decidió que lo mejor era acercarse más y más y deshacer su tensión a besos.

Después de aquello, él no tardó en penetrarla con un ímpetu que daba señal de su deseo por ella. Emily levantó las caderas para tenerlo más adentro. La liberación llegó con un grito que la partió en dos, así pudo entregarle su alma justo en el momento en que él alcanzaba el clímax. Se aferró a él con fuerza sabiendo que cuando la pasión se enfriara él dejaría de quererla a su lado. Así que se quedó allí sin dejar de darle besos en los hombros y en el pecho.

Cuando finalmente se alejó de ella, Emily no dijo nada, ni él tampoco. Dylan se vistió rápidamente y se marchó.

Oyó la puerta que se cerraba y pudo percibir un frío helador que no procedía del exterior sino de su corazón.

Capítulo Once

Vestidos de negro de los pies a la cabeza, los diez pares de hombres fueron rodeando la casa en silencio y aprovechando la oscuridad de la noche de luna nueva. Una vez en sus posiciones se quedaron esperando la orden de comenzar el ataque tal y como se había acordado.

Con la espalda pegada al tronco de un enorme cedro, Dylan esperó en silencio junto a los veinte hombres que había conseguido reunir en las últimas tres semanas. Había aprendido a tener paciencia durante los dos años que había estado entrenándose en Borowkia; sabía que la clave del éxito de la mayoría de las misiones era la estrategia llevada con calma. Le habían enseñado que había que planear la misión y después esperar y escuchar hasta que llegara el momento perfecto para actuar. Esas lecciones le habían salvado la vida en más de una ocasión.

—Estamos a la espera de sus órdenes, señor —dijo una voz a través del diminuto auricular que llevaba en el oído.

—¿Están todos en posición? —preguntó Dylan con calma.

—Afirmativo.

—Cinco minutos —apretó el botón de su reloj sabiendo que todos sus hombres harían exactamente lo mismo.

Cinco minutos.

Era mucho tiempo para un soldado que esperaba para atacar. Era toda una eternidad.

Toda su familia se había opuesto a que Dylan dirigiera aquella misión, pero él se había negado a dar su brazo a torcer. Cuando la agencia de inteligencia había conseguido localizar la mansión donde tenían a la abuela de Emily, Dylan se había dado cuenta de que no podía quedarse al margen. Los Caballeros Negros ya habían hecho demasiado daño a su familia... y a Emily, como para darles la más mínima oportunidad. Para cuando amaneciera, todos los miembros del grupo terrorista debían estar entre rejas o muertos.

Tres minutos.

Sabía que habrían tardado años en encontrar la guarida de los terroristas si no hubiera sido por la colaboración de Emily, que había llamado a su contacto cada pocos días y había conseguido alargar un poquito más cada llamada. El hombre con el que hablaba siempre se las arreglaba para colgar justo antes de alcanzar el tiempo necesario para localizar la llamada... hasta la semana anterior, cuando después de hablar con su abuela, Emily había informado a aquel tipo de que por fin había conseguido seducir al príncipe. Después había empezado

a describir el proceso de seducción con pelos y señales: había contado cómo se habían besado y cómo Dylan le había quitado la ropa poco a poco. Bien era cierto que tan detallada descripción había conseguido abstraer tanto a su contacto que habían excedido con mucho la duración normal de las llamadas.

Cualquiera podía imaginar lo que había sufrido Dylan oyendo aquellas excitantes palabras e imaginando la excitación de aquel miserable, por no hablar de todos los oficiales que habían oído la grabación.

Para él era una verdadera tortura porque al ver lo fácil que le había resultado a Emily mentir a ese tipo, recordaba lo fácil que le había sido mentirle a él.

No había vuelto a verla desde la noche que habían hecho el amor. Y habría sido él el que habría mentido si hubiera dicho que no había deseado verla. Más de una docena de veces se había dirigido al coche con la intención de ir a la cabaña, dividido entre el deseo de gritarle y el de besarla hasta dejarla sin sentido. Pero no se había permitido la debilidad de detenerse a analizar sus emociones. Además, no se fiaba de sí mismo cuando estaba a solas con ella porque sabía que seguramente volvería a rendirse a la tentación de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor. Así que había preferido mantenerse alejado de ella, ayudando a localizar la guarida de los Caballeros Negros y coordinando la misión que estaban a punto de poner en práctica.

Un minuto.

La adrenalina bullía en sus venas mientras contaba en silencio los últimos segundos y después salía de detrás del árbol al tiempo que todos los demás.

Los veinte hombres se movieron hacia el muro de la casa como si fueran uno solo. Si sus datos eran correctos, el turno de guardia estaba a punto de cambiar y tendrían oportunidad de entrar en el edificio antes de que nadie se percatara de su presencia o tuvieran tiempo de hacer sonar ninguna alarma. Seguramente tendrían unos dos minutos para encontrar a Olivia y sacarla de allí.

Ya en el interior de la casa, Dylan oyó una risa de alguien que estaba viendo la televisión en la habitación donde, si sus datos eran correctos, encontrarían a Olivia. En silencio y con la pistola en la mano, Dylan fue dirigiendo al hombre que iba con él hasta el final del pasillo, después él mismo llamó suavemente a la puerta. No esperó a que nadie abriera sino que se coló con la rapidez de una lagartija y cerró la puerta.

La señora estaba sentada dándole la espalda. Llevaba una bata rosa y zapatillas de estar por casa. Dylan echó un vistazo y cuando estuvo

seguro de que estaban solos…

—¿Señora Bridgewater?

Olivia pegó un bote al oír la voz de Dylan, se dio media vuelta y miró extrañada a aquel tipo armado y vestido de negro.

—¡Dios mío! Qué susto me ha dado, joven.

—Siento molestarla, señora —se disculpó Dylan intentando parecer tranquilo a pesar del ruido de disparos procedente del exterior—. Pero me gustaría pedirle que se vistiera y me acompañara.

—¿Para qué?

—Su nieta me ha pedido que la lleve a casa.

—¿Emily? —La expresión de su rostro cambió con sólo oír hablar de su nieta—. Pero si Frederick me dijo que ella ya estaba de camino y que llegaría mañana.

—Es que ha habido un cambio de planes, señora Bridgewater —dijo caminando hacia el balcón, que se encontraba abierto de par en par. Oyó un grito y más disparos. Cerró las puertas y se volvió a mirar a Olivia con una sonrisa—. ¿Le importaría acompañarme?

—Supongo que no —contestó la mujer poniéndose en pie—. Madre mía, hacía siglos que un hombre guapo no me sacaba de casa en mitad de la noche. No sé muy bien que…

Entonces se abrió la puerta y apareció un hombre armado con una Mágnum 357. Era Sutton. Dylan desenfundó su pistola inmediatamente y apuntó al tipo que la Inteligencia había identificado como Damek Cutter, un peligroso mercenario que llevaba tres años en las filas de los Caballeros Negros. Ése era el animal que había pegado a Emily, recordó Dylan mientras se lamentaba de que Olivia estuviera justamente en medio de los dos.

—Tírala —gruñó Cutter.

—Ni lo sueñes.

Entonces el mercenario cambió la dirección de su arma y apuntó a Olivia, que se había quedado lívida.

—Tírala o disparo a la señora.

«Maldita sea». Dylan sabía perfectamente que ese granuja era perfectamente capaz de disparar a la pobre mujer, así que no le quedó otro remedió que hacer lo que le había ordenado.

—Bien hecho, Dylan —dijo otra voz.

Cualquiera que no fuera de la familia habría creído que se trataba del mismísimo rey Morgan, ya que eran casi idénticos.

—Hola, tío Broderick —lo saludó secamente—. ¿O debería llamarte tío Frederick?

—¿Frederick es tu tío? —preguntó Olivia evidentemente confundida y sin dejar de mirarlos a ambos—. Frederick, exijo que me

expliques inmediatamente qué es lo que está pasando.

—Querida Olivia, eres tan ingenua —dijo Broderick meneando la cabeza con un suspiro—. Todo esto no es más que dinero y poder. Yo nací para tener ambas cosas, pero mi familia me arrebató todo lo que era mío, todo lo que debería haberme pertenecido, incluyendo mi título.

—Ahora podrás tener un nuevo título, tío, uno que de verdad merezcas —volvieron a oírse más disparos y rezó para que sus hombres llegaran a tiempo—. El de preso.

—Yo jamás iré a la cárcel —prometió Broderick—. Soy un Penwyck. ¡Un rey!

—Lo que eres es un secuestrador y un chantajista —contraatacó Dylan consciente de que eso lo enfurecería—. Has utilizado mujeres inocentes para salirte con la tuya.

—Cuando vi a la señorita Bridgewater en aquella foto de una cena benéfica, me quedé maravillado con el tremendo parecido que tenía con la muchacha de la que te enamoraste hace años, Katherine Demasse. Teníamos que infiltrar alguien en palacio y yo sabía que un nombre jamás lo conseguiría. Sin embargo una mujer bella... —Broderick sonrió ante lo que creía que era un plan brillante—. Ya ves, fue muy sencillo.

Dylan dio un paso hacia su tío, pero se detuvo al ver que Cutter volvía a apuntarle con la pistola.

—Casi tan sencillo como que un tribunal decida tú destino. ¿A cuánto crees que te condenarán por traición e intento de asesinato, por no hablar del resto de delitos?

—¡Ya está bien! —Exclamó Broderick con nerviosismo—. Sólo queríamos los diamantes. Al fin y al cabo nosotros los extrajimos de la mina, somos los propietarios legítimos.

—Los extrajisteis de manera ilegal de una mina que pertenece al gobierno de Penwyck —debía sacar a Olivia de allí cuanto antes, pero no sabía cómo hacerlo sin poner en peligro su vida—. Ya se ha decidido que se van a vender esos diamantes y el dinero se repartirá entre las sociedades benéficas de Penwyck.

—Seguro que en cuanto tu madre se entere de que tengo a su querido hijo, conseguiré todo lo que me pertenece en menos de veinticuatro horas.

Esa vez los disparos procedían del interior de la casa y eso hizo que Broderick se alterara.

—Mata a la vieja y trae a mi sobrino al helicóptero. Hay un piloto esperándonos.

Una veta de placer se encendió en los ojos de Cutter y en su boca

se esbozó una sonrisa mientras movía la pistola para apuntar a...

—¡Mi corazón! —gritó Olivia poniéndose la mano en el pecho.

Cutter y Broderick se quedaron paralizados viendo cómo la señora caía redonda al suelo.

Aquella pequeña distracción era justo lo que Dylan necesitaba; en una décima de segundo se sacó un cuchillo que llevaba en la bota y lo lanzó directo al pecho de Cutter. El mercenario se quedó con los ojos muy abiertos unos segundos, entonces movió la pistola. Dylan se agachó pero no pudo evitar el impacto de la bala en el brazo. Un enorme dolor le recorrió el cuerpo entero al tiempo que oía la bala estrellarse contra la ventana que había a su espalda, estallando el cristal en mil pedazos que se esparcieron por la habitación.

Broderick intentó huir pero ya había dos hombres en la puerta para impedírselo. Dylan corrió hacia Olivia olvidándose del intenso dolor del brazo.

—¡Señora Bridgewater!

—¿Ha acabado ya todo? —preguntó la dama dándose la vuelta en el suelo.

¡Estaba viva! Gracias a Dios.

—¿Está usted bien? ¿Y su corazón?

—Claro, estoy perfectamente —aseguró tranquilamente mientras se incorporaba—. Ha sido sólo una treta para ayudarte con esos granujas. ¡Dios mío, estás sangrando!

—Estoy bien —Dylan siguió sin hacer caso a las punzadas que ya le llegaban a la espalda y prefirió ayudar a Olivia a sentarse en el sofá.

Sin embargo cuando se puso en pie, todo empezó a darle vueltas y se volvió oscuro como la noche. Intentó decir algo, pero no podía oír su propia voz. Alguien le dijo algo.

Extendió una mano para agarrarse a algo, pero todo estaba lleno de niebla. Se acordó de Emily, que le tendía los brazos y lo miraba con dulzura. Intentó darle la mano, pero le pesaba demasiado, todo el cuerpo le pesaba demasiado.

Y entonces desapareció y no quedó nada más que oscuridad.

—Adelante.

Emily abrió la puerta para que entraran dos hombres uniformados que la miraban sin hacer el más mínimo gesto.

¡Dios! Había ocurrido algo malo, pensó con un escalofrío.

—Soy el teniente Randall Molson —se presentó el más alto de los dos—. Y éste es el sargento Quinten Cars.

Emily los saludó con un movimiento de cabeza.

—¿Quieren sentarse?

—No, gracias, señorita Bridgewater. No es necesario, pero si usted quiere.

—No —esperaba que las piernas pudieran aguantar la noticia que habían ido a darle—. ¿Por qué no me dice a que han venido, teniente?

El militar se quedó titubeando unos segundos y eso le dio motivos a Emily para imaginar lo peor.

«Por favor, que mi abuela y Dylan estén bien». Luchó contra las terribles imágenes que aparecieron en su cabeza como un bombardeo interminable. Tenían que estar bien, no podría soportar que les hubiera pasado algo.

Desde la última llamada a los Caballeros Negros, no había vuelto a recibir ninguna visita del Grupo de Élite. Cada vez que recordaba la llamada y a lo que había tenido que recurrir para hacer que durara más, comenzaban a arderle las mejillas. Aunque sabía que su detallada descripción del strip tease había funcionado.

Emily sabía que habiendo localizado la llamada lo siguiente era poner en marcha el plan de rescate; pero también sabía que cualquier plan relacionado con los Caballeros Negros era tremendamente peligroso.

Eso quería decir que Dylan estaría en peligro.

Por eso había pasado los últimos días yendo de un lado a otro de la cabaña como un león enjaulado, con la sensación de que estaba ocurriendo algo importante.

Y ahora aquellos hombres...

Respiró hondo y aguardó a que hablaran de una vez.

—Señorita Bridgewater, hemos venido para llevarla al aeropuerto, allí la espera un avión que la llevará a Marjorco, donde la recogerá un conductor que la acompañará a casa.

¿A casa? ¿Iban a dejarla libre?

—¿Y... mi abuela? —apenas podía hablar, tenía demasiado miedo a la respuesta.

La dura expresión del teniente se dulcificó un poco.

—La señora Bridgewater espera ansiosa su llegada.

¡Estaba viva! ¡Su abuela estaba viva!

—¿Está bien? —dijo intentando tragar el nudo que tenía en la garganta.

—Sí, señorita.

Emily estuvo a punto de abrazar a aquel hombre sólo para poder compartir la alegría con alguien.

—Gracias —susurró cerrando los ojos—. Muchísimas gracias.

¿Y Dylan?, se preguntó inmediatamente después. ¿Dónde estaba?

¿Por qué no había ido él a darle la noticia? Abrió los ojos y estuvo a punto de hacer esas preguntas en voz alta, pero enseguida encontró las respuestas ella sola. Dylan jamás la perdonaría ni olvidaría lo que le había hecho.

Era como si algo estuviera estrujándole el corazón. No volvería a verlo nunca más, no volvería a acariciarlo.

Se llevó una mano al vientre. Jamás lo sabría.

—Bueno… estaré lista en diez minutos —les dijo al teniente y al sargento. No tenía nada que empaquetar, nada de lo que había estado utilizando le pertenecía—. ¿Podrían esperarme fuera?

Ambos asintieron y desaparecieron inmediatamente. Sólo necesitaba estar sola unos minutos antes de marcharse de allí.

Caminó por la habitación medio atontada. Pasó la mano por la estantería de madera y se detuvo a mirar una foto en la que aparecía Dylan junto a su hermana Anastasia, los dos felices y sonrientes. Podía olerlo en cada rincón de aquella casa, podía notar su presencia.

Nunca podría olvidar aquel lugar que había sido al mismo tiempo su santuario y su prisión.

Si Dylan no hubiera sido un príncipe sino un hombre normal, habría luchado por él; le habría suplicado que la escuchara e intentara comprenderla, y sobre todo le habría pedido que le permitiera demostrarle cuánto lo amaba. Pero era un príncipe, un sucesor al trono, aunque ya le había contado que nunca se convertiría en rey.

Emily suspiró mientras negaba con la cabeza. Daba igual que fuera rey o príncipe, el caso era que una modesta maestra jamás podría estar a su altura. Algún día Dylan se casaría con una mujer de la aristocracia o de la realeza, tendrían hijos que se convertirían en príncipes y princesas. Continuaría con su vida y la olvidaría.

Sin embargo ella no podría olvidarlo en toda su vida, pensó con lágrimas en los ojos y volvió a llevarse la mano al vientre.

Jamás.

Capítulo Doce

—Solo es un rasguño, por el amor de Dios. ¿Podrías dejar de atosigarme?

Dylan se encontraba en la enfermería de palacio, muy enfadado porque su familia al completo, además de dos enfermeras, abarrotaban la sala. Si alguien volvía a preguntarle si quería que le ahuecasen la almohada o que le llevaran un vaso de agua, gritaría con todas sus fuerzas y los echaría a todos de allí. Bueno, a todos menos a su padre y a su madre. Ni siquiera él podría echar a los monarcas de una habitación.

—Lleva de mal humor desde que lo trajeron ayer —les susurró Anastasia a sus dos hermanas.

—Lleva de mal humor casi toda su vida —corrigió Megan con ternura.

—Te he oído —intervino Dylan—. Yo no estoy de mal humor, maldita sea.

—Claro que no, querido —opinó Marissa haciéndole una caricia a su adorado hijo—. A lo mejor no te vendrían mal unos analgésicos que te tranquilizaran un poco.

—No necesito ningún analgésico —mintió a pesar de que le dolía el brazo enormemente—. Y no necesito tranquilizarme.

El rey Morgan se levantó de la silla y se acercó a la cama de su hijo.

—Sólo llevas aquí veinticuatro horas. Prueba a estar cinco meses, entonces tendrás derecho a quejarte.

—No... si yo no... no me estaba quejando —aseguró entre dientes —. Ya me han examinado, así que no hay razón para seguir aquí.

—Hijo, te han dado quince puntos y has perdido un montón de sangre —le recordó Marissa arropándolo bien—. El doctor Waltham quiere tenerte en observación al menos un par de días más. Si es necesario, pondré dos guardias en la puerta que se aseguren de que no escapas.

Conocía ese tono de voz y comprendió que acababa de convertirse en un prisionero.

Le había herido el orgullo que le hubieran disparado y que ese disparo sin importancia le hubiera hecho perder el conocimiento durante unos minutos; pero teniendo en cuenta el éxito de la misión, sabía que no tenía razones para quejarse. Los Caballeros Negros al completo se encontraban en prisión y su tío también había sido arrestado. Había habido cuatro víctimas, todos ellos hombres de Broderick, y cinco heridos incluyéndolo a él. Olivia Bridgewater había

llegado a su casa sana y salva.

Y Emily…

Sabía que se había marchado de la cabaña y, siguiendo sus órdenes, dos hombres la habían llevado a reunirse con su abuela. Dylan no paraba de repetirse que se alegraba de que se hubiera marchado, ahora ya podría olvidarla para siempre y seguir adelante con su vida. Había muchas cosas que hacer en palacio y no iba a quedarle tiempo para pensar en una belleza de pelo negro.

No había mencionado su nombre ni una sola vez desde su regreso, pero era consciente de que su madre y sus hermanas sabían que no era tan indiferente a esa mujer como había tratado de fingir. Lo cierto era que lo último que deseaba era hablar de sus sentimientos por Emily con su familia. Sobre todo porque ni siquiera él sabía muy bien la naturaleza de esos sentimientos.

Según le habían dicho, no había preguntado por él antes de marcharse y era lógico porque, ahora que todo había terminado, ¿qué tenían ellos dos en común? Sencillamente, todo, y Dylan lo sabía.

Ninguno de los dos había sido sincero con el otro. A lo mejor iba siendo hora de que lo fueran.

Por si todavía no había suficiente gente en la habitación, se abrió la puerta y entró Owen acompañado de su mujer, Jordán, y de su hija Whitney, de cuatro años. Detrás venía un mayordomo con un carrito cargado de copas de champán.

¿Champán? Dylan le lanzó una mirada a su hermano y, por su forma de reírse, supo que estaba tramando algo. Sus sospechas se confirmaron cuando se dio cuenta de que también sus padres se reían.

El rey le hizo un gesto al mayordomo para que se marchara y lo mismo hicieron las enfermeras. Sólo quedó allí la familia y todos ellos con una copa de champán en la mano.

Estaba claro que estaban tramando algo.

Algo muy gordo.

Tenía que averiguar qué estaba sucediendo.

Emily se sentó en el sofá del salón con la mirada fija en las maletas que había preparado la noche anterior; había seis en total, tres suyas y tres de su abuela. En ellas estaba todo lo necesario para vivir unos meses en Estados Unidos. Olivia tenía allí una prima llamada Verónica a la que no había visto desde hacía veinte años. El caso era que tenía una granja en Connecticut y se había quedado viuda hacía dos años. Por eso cuando Emily la llamó y le preguntó si podía ir a visitarla, la mujer había recibido la noticia con verdadero entusiasmo.

Había sido una semana de locura para poner todas las cosas en orden para el viaje: los pasaportes, convencer a su jefa de que le diera un permiso sin sueldo de diez meses... Pero ahora ya estaba todo listo.

Ella también estaba preparada, se dijo a sí misma intentando convencerse, tenía que estarlo.

¿Qué otra opción tenía?

Se puso en pie y se dirigió a la puerta corredera que daba al diminuto jardín de la casa. Echaba de menos el aroma de los enormes rosales, y el laberinto de seto... Y tantas otras cosas. Añoraba demasiadas cosas. Pero sobre todo...

A Dylan.

Él era lo que más echaba de menos. Llevaba toda la semana pensando en él sin parar, pero lo más duro eran las noches, cuando la casa se encontraba en silencio y ella estaba en la cama sin poder dormir. ¿Cómo podría olvidar el tacto de sus manos en su piel? ¿Cómo podría no recordar lo bien que encajaban sus cuerpos cuando hacían el amor?

Estaba segura de que no volvería a experimentar un amor como aquél.

De vuelta al salón, se quedó mirando a los billetes de avión que había dejado sobre la mesa. Eran sólo de ida y tendrían que utilizarlos en menos de tres horas. Un vacío tremendo se estaba apoderando de ella.

En otra habitación se oía a su abuela cantando una vieja canción popular. Estaba tan contenta desde su regreso; parecía que la aventura con los Caballeros Negros no había hecho más que alimentar su vitalidad.

Volvió a mirar el reloj de la pared, el taxi llegaría en unos minutos, debería recoger los abrigos y dar una última vuelta por la casa para asegurarse de que no se les olvidaba nada. Tomó los billetes con un suspiro y echó otro vistazo al itinerario. Parecía que el papel le quemaba en las manos y el calor pasaba desde los dedos hasta el brazo.

¡Dios! Se le estaban borrando las letras del papel. Levantó la mirada y se dio cuenta de que estaba sudando y se le había acelerado el pulso... Entonces supo que no podía marcharse. Jamás podría alejarse lo suficiente.

Sería un terrible error marcharse en ese momento.

Antes de volver a cambiar de opinión, dejó el billete de su abuela sobre la mesa y rompió el suyo en mil pedazos antes de tirarlo a la chimenea. Al ver cómo se consumía el papel en el fuego, notó también cómo se deshacía el nudo del estómago.

Tenía que decirle a su abuela que tendría que visitar a Verónica ella sola y que volviera a casa cuando se sintiera preparada y con ganas. Justo entonces se oyó el timbre de la puerta. El taxi. Iría hasta el aeropuerto a acompañar a Olivia para asegurarse de que se subía al avión correcto, después volvería a casa y haría lo que tenía que hacer.

De un modo u otro, quisiese él o no, tenía que ver a Dylan. No sabía qué pasaría, lo que sí sabía era que no habría más mentiras.

Volvieron a llamar a la puerta y esa vez sí corrió a abrir.

Y se quedó helada.

Era Dylan.

Se le cortó la respiración y habría jurado que también su corazón se detuvo. Allí estaba él, ataviado con un abrigo negro, pantalones negros y una camisa azul que resaltaba el azul de sus ojos. Unos ojos que estaban clavados en ella. Emily hizo lo mismo porque era incapaz de hacer nada más.

¿Lo habría llamado con el pensamiento? Hacía sólo unos segundos había estado pensando todo lo que quería decirle y ahora se le había quedado la mente en blanco.

—¿Puedo entrar?

No había ningún tipo de emoción en su voz, ni en su rostro. Y ella seguía sin poder moverse.

—Emily —dijo con un ligero toque de enfado—. Me gustaría entrar.

Entonces parpadeó y se dio cuenta de que se había quedado allí como una tonta.

—Claro, Alteza —reaccionó por fin haciéndole una reverencia—. Pase, por favor.

Pasó a su lado sin mirarla, parecía estar en tensión. Al volverse a cerrar la puerta, vio a los cuatro hombres que lo esperaban junto a la limusina.

¿Por qué habría ido tan protegido? ¿Por qué estaría allí?

Su corazón comenzó a revolotearle dentro del pecho como si fuera un pajarillo tratando de escapar. Nadie le había dicho claramente que no tendría que ir a la cárcel, quizá fuera por eso por lo que estaba allí, para encerrarla.

Dylan miró a las maletas con el ceño fruncido.

—¿Te vas a algún sitio?

«Ya no», quiso decirle, pero algo la retuvo.

—¿Hay alguna razón por la que no deba hacerlo? —preguntó con precaución.

—No me has contestado.

—Mi abuela tiene una prima en Connecticut y se me ocurrió que,

después de todo lo ocurrido, una visita no era mala idea.

Dylan negó con la cabeza.

—Tú no puedes marcharte. ¡Dios!

Realmente era cierto que había ido a detenerla.

—Ya os conté todo lo que sabía, Dylan... Alteza —corrigió sin poder mirarlo a los ojos.

—¿De verdad? —dijo dando un paso hacia ella—. ¿Seguro que no hay nada que deberías haberme dicho antes de marcharte?

—¿Los Caballeros Negros han...?

—Maldita sea, esto no tiene nada que ver con los Caballeros Negros, que por cierto ya no existen. Se trata de ti... y de mí.

Emily levantó la mirada asustada. ¿Lo sabía? No, no podía saberlo.

—Vaya, parece que sí que hay algo —su voz se había suavizado un poco y él seguía acercándose más y más—. Puedo verlo en tus ojos. Emily, no aceptaré nada más que la verdad. Creo que me lo debes.

Eso era cierto. Le debía la verdad y mucho más.

—Tienes razón —admitió con un susurro.

—Cuéntame —le pidió tomándole el rostro entre las manos—. Dime qué sientes por mí.

¿Lo que sentía por él? ¿A eso había ido hasta allí? ¿Era eso lo que quería saber?

Un rayo de esperanza se hizo paso en su corazón aunque decidió no hacerle demasiado caso todavía; prefería no pensar que estaba allí porque ella le importaba.

—Yo... pensé que habías venido a arrestarme.

—¿A arrestarte? —preguntó meditabundo—. Bueno, no es una mala idea, si eso impide que te marches.

Emily respiró hondo, tenía miedo de estar malinterpretando lo que decía.

—¿Acaso te importa, Dylan? ¿Si me quedo o me marcho?

—Claro que me importa —comenzó a acariciarle la mejilla—. Y mucho.

—Pues iba a marcharme —se dispuso a explicarle con calma—. Pero acabo de romper mi billete y lo he tirado a la chimenea.

Dylan echó un vistazo y comprobó que, efectivamente, el billete estaba ardiendo entre los troncos.

—¿Por qué?

Emily se inclinó hacia él sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Porque te quiero.

Ya le había dicho aquellas palabras en otra ocasión, pero sabía que entonces no las había creído. Sólo esperaba que ahora fuera diferente.

—Dylan —aprovechó para continuar al ver que él no decía nada—.

Soy consciente de que en tu vida no hay sitio para mí…

No pudo seguir hablando porque tenía los labios de Dylan sobre su boca. Se quedó tan sorprendida que tardó un poco en reaccionar y abrazarlo con fuerza.

—Me quieres —susurró en su boca.

—Te quiero —comprobó que en su rostro había una enorme sonrisa. Respiró hondo y se alejó un poco de él. Necesitaba aire y espacio para continuar con lo que tenía que decirle—. Y hay algo más…

—¿Has visto mi sombrero azul, querida? Creí que lo había dejado encima de la cama pero… ¡Vaya!

Olivia se detuvo al ver al hombre que estaba en el salón junto a su nieta y entonces se le iluminó la cara.

—¡Qué sorpresa tan estupenda! Me alegro mucho de volver a verlo, joven. Emily, querida, no me habías dicho que conocieras a… —Olivia titubeó unos segundos y frunció el ceño al darse cuenta de algo—. ¡Vaya! Si no sé su nombre. Qué desagradecida soy.

Emily miró a su abuela, a Dylan y otra vez a su abuela; no entendía nada.

—¿Os conocéis?

—Claro que nos conocemos —afirmó su abuela alegremente—. Si te he hablado mucho de él, querida. Este es el joven que me salvó la vida.

—¿Qué… que te salvó la vida? —las palabras de Emily eran poco más que un murmullo. Miró a Dylan con los ojos abiertos de par en par—. ¿Tú eres el soldado que le salvó la vida a mi abuela?

—Hasta dejó que le dispararan por mí —le recordó Olivia mientras se acercaba a Dylan—. Agáchese un poco, joven, para que pueda darle un abrazo de agradecimiento. Aquella noche no tuve oportunidad de hacerlo en mitad de todo ese jaleo.

—Fue un honor para mí, señora Bridgewater —aseguró Dylan con modestia mientras recibía un fuerte beso en la mejilla.

Emily miró a Dylan y notó cómo la sangre se alejaba de su rostro y de toda su cabeza.

—Tú… te dispararon. Dios mío, Dylan. No lo sabía.

Sintió una fuerte náusea y estuvo a punto de caerse, pero él se apresuró a tomarla en brazos.

—Emily, querida. ¿Te encuentras mal otra vez? —preguntó su abuela alarmada—. Voy a buscar un paño húmedo.

Dylan vio cómo Olivia salía a toda prisa y después miró a Emily. Estaba pálida como la leche y parecía muy cansada.

—Te dispararon… podrías haber muerto —repitió de nuevo.

—Estoy bien, Emily. No fue más que un rasguño. ¿Qué ha querido decir tu abuela con lo de que si te encontrabas mal otra vez? ¿Has estado enferma?

—Dylan, por favor —dijo cerrando los ojos—. Déjame en el suelo.

—No hasta que no me respondas. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada —susurró—. Sólo que...

—¿Que qué? —preguntó impacientemente.

Emily abrió los ojos lentamente y lo miró sonriendo.

—Que estoy embarazada.

—¿Embarazada? ¿Vas a tener un bebé?

—Sí, normalmente ése es el resultado. Por favor, déjame en el suelo.

La llevó al sofá sin saber qué hacer ni qué decir, sólo la miraba extasiado. Un bebé. Su bebé.

Parecía que ya empezaba a recuperar la respiración.

—¿Y tenías pensado ocultármelo?

—Lo había pensado —dijo con un suspiro y apoyando la cabeza en el respaldo del sofá—. Sabía que me odiabas.

—Maldita sea, Emily, yo...

—Escúchame, Dylan, por favor —le pidió con voz débil—. Estaba segura de que jamás me perdonarías lo que os había hecho a ti y a tu familia. Tenía miedo de que pudieras rechazar a un hijo mío.

Dylan negó con la cabeza una y otra vez y después se pasó la mano por el pelo.

—No me importa lo que creyeras que sentía, no tenías ningún derecho a...

—¿Puedes dejarme terminar? —el color comenzaba a regresar a su cara poco a poco—. Te he dicho que lo había pensado, eso es todo. Pero sabía que no podía hacerlo. ¿Por qué crees que he roto el billete de avión? Sé que no importa lo que haya ocurrido o lo que tú sientas por mí, se trata de tu hijo y tienes derecho a decidir si quieres ser parte de su vida o no. Yo jamás te presionaré, pero espero que quieras participar.

—¡Encontré mi sombrero! —Anunció Olivia eufórica y después se quedó inmóvil al ver a Emily en el sofá—. ¡Vaya! El paño.

Y volvió a salir de allí.

Dylan apretó los dientes y resistió la tentación de estrujar a Emily entre sus brazos, así que se puso en pie, caminó hasta la chimenea y volvió al sofá.

—Nos casaremos inmediatamente.

—No —respondió Emily tajantemente y muy sorprendida.

—¿Cómo que no? Has dicho que me querías y vas a tener un hijo

mío. No puedo aceptar un no.

—No quiero casarme contigo por estar embarazada, Dylan.

—Por Dios, Emily. No te estoy pidiendo que te cases conmigo porque estés embarazada —aseguró llevándose la mano al bolsillo y sacando una cajita negra—. Te lo estoy pidiendo porque te amo.

Se arrodilló frente a ella y sacó de la cajita un anillo con un precioso diamante que la dejó sin habla.

—¿Me... me amas? —fue todo lo que pudo decir.

—Sí, te amo. Creo que te quise desde el primer momento que te vi, supe que me pertenecías, sólo a mí —le confesó tomándole la mano—. Hoy había venido a pedirte que fueras mi esposa... y mi reina.

—¿Tu reina? —Preguntó palideciendo de nuevo—. No comprendo.

—Mi padre ha abdicado y ha nombrado un nuevo rey.

—Pero... ¿y Owen?

—Hemos recibido los análisis del ADN, para mí Owen siempre será mi hermano, pero resulta que no es un Penwyck.

—Pero, ¿cómo es posible? —Emily estaba estupefacta—. Sois gemelos.

Dylan negó con la cabeza.

—Mi gemelo murió en el parto y fue sustituido por un huérfano, Owen había nacido el día anterior. Aunque te parezca frío, mi madre hizo lo que debía para mantener la estabilidad en el trono y en el palacio. Sólo ella sabía que mi tío había tratado de cambiarnos por otros niños, fue ella la que se encargó de restaurar el orden y mandar a los otros pequeños a Estados Unidos, donde fueron adoptados. Mi tío tenía la intención de utilizar lo ocurrido para hacerse con algo de control en Penwyck.

—¡Dylan, eso es terrible! —Exclamó apretándole la mano—. Pero Owen...

—Owen está contento con su mujer y su hija, además tendrá un cargo importante como comandante del Instituto de Inteligencia. Sabe perfectamente que todos lo queremos y nos da igual que lleve o no nuestra sangre.

—Y tu madre... ¡qué peso ha debido de arrastrar todos estos años!

Dylan sonrió al acordarse de la reina Marissa.

—Jamás la he visto tan feliz como ahora. Dice que está lista para disfrutar de unas larguísimas vacaciones junto a mi padre. También tiene intención de pasar mucho tiempo con sus nuevos nietos —añadió acariciándole la cara—. Le encantará saber que el tercero está en camino.

—¿Me han perdonado? —Preguntó con tranquilidad—. ¿Me has perdonado tú?

—No hay nada que perdonar —vio la preocupación en sus ojos y deseó besarla hasta que desapareciera—. Hiciste lo que debías para ayudar a tu abuela. En cuanto me tranquilicé, lo entendí todo. Lo cierto es que sin tu ayuda, podríamos haber tardado años en atrapar a los Caballeros Negros.

—Pero te dispararon, podrías haber muerto… Y todo por mi culpa.

—Estaba luchando por mi país y por mi familia —afirmó tajantemente—. Del mismo modo que a partir de ahora lucharé por ti. Por favor, vuelve a Penwyck conmigo.

Se le pidió mientras le ponía el anillo en el dedo. Sobre sus manos empezaron a caer lágrimas de felicidad.

—Te quiero.

—Pues cásate conmigo.

—Aquí está, el paño húmedo —era Olivia de vuelta, esa vez lo que la detuvo fue la imagen de Dylan arrodillado frente a su nieta—. ¡Madre mía!

Dylan se puso en pie y habló con solemnidad.

—Señora Bridgewater, querría pedirle la mano de su nieta.

—Cielos, hijo, sí que trabajas rápido.

—Sí, señora.

—¿Y tú qué dices, querida? —Dijo dirigiéndose a Emily—. ¿Quieres casarte con este joven?

—Sí, abuela.

Olivia miró a Dylan de arriba abajo antes de hablar.

—Bueno, joven, entenderá que no puedo permitir que mi nieta se case con cualquiera. ¿Puede usted asegurarle un buen futuro a Emily?

—Sí, señora, creo que sí —respondió sonriendo a su futura esposa.

Tres meses después se oyeron las campanas del palacio de Penwyck, que estaba lleno de flores por todas partes. Las sillas del salón principal estaban cubiertas de satén azul y de las columnas colgaban telas de tul blanco con pequeñas rosas.

Aquel día haría historia en Penwyck ya que se celebraban dos cosas: una boda y una coronación. Todo el pueblo de Penwyck estaba reunido alrededor de los televisores que emitirían las ceremonias.

Se oyó el sonido de veinte trompetas que provocó un silencio absoluto.

—Sus Majestades, el rey Morgan Penwyck y la reina Marissa Penwyck —anunció un empleado de palacio con traje de gala.

El rey Morgan, ataviado con la capa tradicional y la corona, apareció en el salón acompañado de su esposa, que llevaba un vestido

de noche azul, del mismo color que sus ojos. Ambos caminaron por la alfombra roja hasta el trono. Cerca de allí estaban sus hijos acompañados de sus respectivas parejas... y de otros quinientos invitados.

Volvieron a sonar las trompetas.

—Su Alteza Real, el príncipe Dylan Edward Penwyck.

La aparición de Dylan provocó un murmullo en el salón; llevaba los pantalones negros y la tradicional levita blanca con botones dorados y fajín rojo. Se acercó a sus padres y les hizo una reverencia. El rey Morgan dio un paso hacia él.

—Por decreto real, es mi honor y privilegio ceder la corona a mi hijo, el príncipe Dylan Edward Penwyck. Yo te corono, Rey Dylan de Penwyck.

—Dios salve al rey.

Los invitados aplaudieron y vitorearon al tiempo que volvían a oírse las trompetas. El rey Morgan le hizo una reverencia a su hijo y le colocó la corona y la capa real.

Una vez más, las trompetas dieron las salvas que anunciaban un nuevo rey y que fueron inmediatamente seguidas de la marcha nupcial. Todas las miradas se volvieron hacia la puerta, donde apareció una imagen que hizo que Dylan se sobrecogiera.

El vestido de satén blanco tenía unas mangas largas y acampanadas y una cola de varios metros. El tul blanco le cubría el rostro y las perlas besaban su cuello con delicadeza. Con el ramo en la mano fue acercándose a él lentamente, como si fuera flotando. Por un momento a Dylan se le olvidó respirar mientras la observaba anonadado.

Y parecía que el resto de los asistentes sentían lo mismo porque reinaba un silencio sepulcral.

Emily sabía que si no apartaba los ojos de Dylan, llegaría hasta el altar sin tropezar ni caerse. Tenía el corazón colmado de amor por su príncipe, su rey. Llegó hasta él y le hizo una reverencia. Él hizo lo mismo y le tendió la mano.

Juntos escucharon las palabras del cura, juntos hicieron sus votos y ambos supieron que aquello sería para siempre. Dylan le levantó el velo, le puso el anillo y la besó sin retirar la mirada de sus maravillosos ojos.

—Te quiero, Majestad —le susurró al oído cuando la ceremonia hubo terminado y seguían sonando las trompetas y las campanas.

—Y yo a ti, Majestad —correspondió ella.

Se dieron media vuelta y saludaron a la familia de Dylan, a Olivia, que no podía parar de llorar, y después al resto de invitados.

Caminaron por el pasillo tomados de la mano, como marido y mujer, como rey y reina. Justo entonces Emily notó la explosión de vida que llevaba dentro y tuvo que reprimir las lágrimas de alegría.

“Se lo diré esta noche”, pensó apretándole la mano. Sabía que estaría encantado de saber que no seria un niño sino dos.

Gemelos.

Fin